

Confieso que he vivido

Segunda Edición



Confieso que he vivido

Segunda Edición



El Servicio Nacional del Adulto Mayor, presenta:

**Concurso Literario Autobiográfico
"Confieso que he vivido", Segunda Edición.**

Publicado con financiamiento del programa
Envejecimiento Activo de SENAMA 2016.

ISBN Nº: 978-956-8846-11-4
Octubre 2016

Edición:
Eva Moreno, Macarena Moreno y Paula Rodríguez

Ilustraciones:
Sandra Conejeros.

Diseño y Diagramación:
MAVAL Editora e Imprenta

Confieso que he vivido

Segunda Edición



Contenidos

Presentación

Marcos Barraza Gómez	
Ministro de Desarrollo Social	6

Presentación

Rubén Valenzuela Fuica	
Director Nacional Servicio Nacional del Adulto Mayor	8

Primeros Lugares

Vendedor de limones. Arica y Parinacota	11
Confieso que he vivido. Tarapacá	15
Extraña vivencia. Antofagasta	21
Mi primer viaje en tren. Atacama	27
A la sombra de los recuerdos. Coquimbo	35
Confieso que he vivido. Valparaíso	45
Coqueteando con la muerte. Región Metropolitana	59
Compases de tango. Libertador General Bernardo O'Higgins	69
Camineros de antaño. El Maule	73
Diez años de retraso. Biobío	81
Años de infancia: empezando a ser, entre proyectos en guerra y paraísos perdidos. La Araucanía	85
Confieso que he vivido. Los Ríos	97
Confieso que he vivido. Los Lagos	103
Extraña verdad. Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo	113
Cómo matar al ave de Fénix. Magallanes y la Antártica Chilena	119

Menciones Honrosas	132
---------------------------	-----



Marcos Barraza Gómez
Ministro de Desarrollo Social

Este libro contiene relatos autobiográficos de personas mayores de todas las regiones del país, los que dan forma a un caleidoscopio vibrante y emotivo de una memoria que, al plasmarse en la página en blanco, se transforma en un patrimonio colectivo.

Siguiendo la huella del poeta Pablo Neruda, *confesar que se ha vivido* es un acto de autoafirmación, es testimoniar que, a la escala de cada uno, se ha sido actor y constructor de una historia común junto a millones de compatriotas. Es imprimir una huella de sentido en el inexorable flujo del tiempo.

El Ministerio de Desarrollo Social es una de las instancias articuladoras del Plan Nacional de Lectura 2015 - 2020, a través del Servicio Nacional del Adulto Mayor y el Sistema de Protección Integral a la Infancia Chile Crece Contigo, y hemos hecho extensivos sus principios y orientaciones al resto de nuestros servicios asociados.

El fomento de la lectura y la escritura es esencial para una democracia madura ya que potencia la reflexión, la crítica y el ejercicio de la ciudadanía. Por otro lado, estas prácticas activan la creatividad en toda época y además contribuyen a un envejecimiento activo y a la vigencia de las capacidades cognitivas.

El aporte que las personas mayores han realizado a sus familias, a la comunidad y al progreso del país debe ser reconocido y retribuido con las legítimas garantías de bienestar y protección, con pleno reconocimiento de su dignidad y derechos,

y con la apertura de cada vez más amplios espacios de participación social y cultural. Esta segunda versión del concurso “Confieso que he vivido”, que comenzó en la Región Metropolitana y este año amplió su escala a nivel nacional, apunta justamente en esa dirección.

Felicitemos, entonces, a los ganadores, a quienes recibieron menciones honoríficas y a los más de 800 chilenos y chilenas que se motivaron a participar y compartir con las distintas generaciones un testimonio de su propia historia. El entusiasmo manifestado y la calidad e interés de los textos recibidos constituyen un signo alentador, reafirmando nuestra voluntad institucional de seguir trabajando por un Chile diverso, plural y que se enriquece con la experiencia y visión de todas las generaciones.

Rubén Valenzuela Fuica


Director Nacional
Servicio Nacional del Adulto Mayor

El poder conocer las experiencias vividas en distintas etapas por las personas mayores es un privilegio que hoy hacemos realidad en esta recopilación de textos autobiográficos que hemos denominado “Confieso que he vivido”.

Este año hicimos la segunda versión del concurso del mismo nombre, incorporando en la iniciativa a todas las regiones, donde tuvimos una alta participación, pues las personas mayores están ávidas de expresarse, de contar historias y de traspasar sus vivencias a las nuevas generaciones.

Es por ello, que junto al Ministerio de Desarrollo Social y en el marco del Plan Nacional de la Lectura 2015-2020, donde convergen diversas instituciones, entre ellas, el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, incorporamos esta acción convencidos que este sería un canal de comunicación valioso y ampliamente utilizado por las personas mayores.

Con el Concurso Literario Autobiográfico “Confieso que he vivido” hemos querido relevar el rol de transmisor de experiencia de las personas mayores que son: pasado, presente y futuro. Las experiencias de vida que ellos guardan nos deben servir para tomar conciencia respecto del rol que hoy deben tener en nuestra sociedad. Tanto el concurso como el libro significan entregar un espacio de participación concreta, donde las personas mayores hacen el ejercicio de recordar, comentar



y escribir una experiencia que marcó sus vidas y que bien se puede asemejar por lo que están pasando personas de distintas edades en la actualidad.

De esta manera, el ejercicio se vuelve también un intercambio intergeneracional que contribuye al reconocimiento de las personas mayores en la sociedad, a generar empatía y a verlos como uno más, que tuvo un amor, que pasó momentos tristes, de desesperanza o alegría.

El lanzamiento de esta publicación coincide con octubre, el Mes del Adulto Mayor, período en que las personas mayores celebran participando enérgicamente en diversas actividades a lo largo del país, por lo tanto es propicio para que quede como un testimonio de las acciones desarrolladas en el marco del envejecimiento activo.





Primer Lugar
Región de Arica y Parinacota



Vendedor de limones

Autor:

Luis Alberto Toro Ossandón (63)

Comuna:

Arica

Era la década de los 60´s. Calama, “ciudad heroica”, como dice el himno de la ciudad, no está equivocado al recitar estas destacadas bellas frases en sus letras porque hay que tener alma de valiente y de héroe para luchar contra el inhóspito clima de la desértica y alta ciudad ubicada en el norte de Chile.

El viejo mercado, ante los ojos de mi corta edad, parecía un gran castillo con fuertes rejas metálicas a su entrada. El aliento salía de nuestras bocas semejante al humo de un cigarrillo, mientras el piso del mercado municipal estaba húmedo por el constante aseo y trapeo. Los rostros de mi amigo Juan y el mío se veían rojizos por efecto del frío que dominaba el ambiente.

Al costado de mis pies se encontraba un angosto y vacío cajón de madera que era usado como envase para transportar damascos. Pero en aquel momento servía como apoyo para un pequeño canastito de mimbre de un asa, cargado de limones de Pica que vendía a los transeúntes que entraban y salían por las puertas del mercado. Mi amigo Juan tenía una cajita de damascos que ofrecía a la venta, por docenas, en pequeñas bolsitas de papel.

Confieso que he vivido

Mientras yo al igual que él, con las manos entumecidas soportando el frío, mostraba algunos limones y junto a mi amigo gritaba a viva voz: *-¿Quiere limones, caserita? ¡P´a que se vea más bonita! ¡Son jugosos y sabrosos! ¡Pa`la rica límoná y se vea más encachá! ¡Cinco limones por un escudo!-*

Era el pregón que ya a corta edad -seis o siete años-, había aprendido para ganarme la vida junto a mis padres, un joven matrimonio llegado desde las oficinas salitreras donde mi padre, proveniente de la ciudad de Vicuña, trabajó en el oficio de perforista en las minas a tajo abierto y, también, como electricista de la mismas salitreras.

Al llegar a la ciudad de Calama nos quedamos a vivir en la casa de mi abuelo ubicada en la calle Lincoyán N°14, la cual estaba construida sólo de latones de tambores de aceite vacíos. El cambio era radical ya que la casa que teníamos era abrigadita: era de barro, piso de madera y una gran cocina que funcionaba con carbón de piedra o madera. En cambio, en Calama, llegamos a una casa de latones y piso de tierra, la cual a pesar de tener un calor humano por el afecto de mi abuelo, tíos y primos, era físicamente muy fría.

Tanto para mí como para mi padre, estar en la ciudad era novedoso. Él acostumbrado sólo a la vida de las minas y yo, nacido y criado en las salitreras. Mi madre, quien llegó a ser una novicia en un convento religioso, al cumplir su mayoría de edad decidió salir al mundo trabajando como empleada doméstica en casa de una adinerada familia alemana de Viña del Mar. En su calidad de empleada doméstica ya conocía varias ciudades y cuando mis papás decidieron irse de la oficina salitrera "*José Francisco Vergara*" para mejorar sus vidas, seleccionaron distintas ciudades: Arica, Ovalle, Copiapó, Antofagasta y Calama. Finalmente, eligieron ésta última para sus inicios, llevando dispuesta una meta que les podría cambiar la vida lograda hasta el momento. Fue entonces en que yo empecé a descubrir que existía otra manera de vivir en un mundo mucho más grande que mi pequeña, pero inolvidable oficina salitrera.

En la ciudad de Calama iniciaron una nueva vida como comerciantes ambulantes de frutas y verduras. En un carretoncito adaptado como un pequeño quiosco con toldo confeccionado de sacos harineros el cual se ubicaba en las esquinas de calle Vargas con Latorre. Con gran sacrificio y esfuerzo, adaptándonos poco a poco a las circunstancias y aprendiendo a convivir con una vida modesta, pero con una riqueza moral, espiritual y ética inquebrantable la cual es muy difícil encontrar hoy en día, y por lo cual nos sentíamos bendecidos por los cambios favorables que se fueron desarrollando en el tiempo.

Desde pequeño tenía muchos sueños para el futuro. Posiblemente algunos se cumplirían, pero antes debería pasar por distintas pruebas en el trayecto de mi vida... y la verdad es que, a mi corta edad, estaba muy cerca de una de las primeras de ellas.

Confieso que he vivido

Era medio día y me encontraba vendiendo en las puertas del mercado, junto a varios niños, dos o tres años mayores, y uno de ellos un mal competidor en las ventas.

Cerca nuestro siempre se instalaba un matrimonio de no videntes (ciegos). Que se ganaban la vida tocando acordeón y guitarra, quienes cantaban las canciones mejicanas del momento.

Cierta vez un muchacho conocido como Humberto se acercó de manera maliciosa al lado de esta pareja gritando cerca de sus oídos. Ellos reclamaron que estaban siendo molestados por un niño que se encontraba en la entrada del edificio comercial, sin saber que existían tres niños vendedores. Los parroquianos que escucharon el reclamo decidieron reprenderme sin consultar previamente quien de los tres había sido.

Al sentirme acorralado quise explicar mi inocencia, pero nadie escuchó. En estas circunstancias decidí tomar la ley por mis propias manos y levantando con fuerza la pequeña canasta se la puse de sombrero en la cabeza de mi ocasional enemigo llamado Humberto. En este preciso momento apareció mi padre, quien se dejó llevar por las apariencias y al ver que yo, su hijo, estaba golpeando al otro muchacho, me pidió explicaciones de modo muy severo, sin saber que era una víctima más de las acostumbradas fechorías de Humberto.

Entonces salí corriendo asustado mientras mi progenitor gritaba que regresara ¡Pero no retorné! Oculto tras el portal de una vieja casona lo vi pasar a lo lejos. No deseaba que mi padre, a quien tanto quería,... ¡me encontrara llorando mi pena!

Empezó a caer la tarde y el sol se dirigía a su acostumbrado descanso en el horizonte. Después de varias horas de estar oculto, y pensarlo una y otra vez, decidí enfrentar a mi padre y saliendo de mi escondite dirigí los pasos a casa.

Iba preparado para lo peor. A lo lejos los divisé a ellos "mis padres". Estos al verme corrieron a mi lado y grande fue la sorpresa cuando mi viejo me levantó y me dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, mientras decía: *-¿Dónde estabas, diablillo? ¡Nos tenías muy preocupados! ¡Ya sabemos toda la verdad!-*. Y junto a mamá, tomados todos de la mano, nos dirigimos felices a la protección y calor de nuestro pobre, pero maravilloso hogar donde se encontraba el abuelo junto a los hermanos de mi padre, y el que sería -con la imaginación de todos mis primos y la mía-, un gran castillo donde podíamos crear nuestras fantásticas aventuras y, pensando que al otro día estaría nuevamente vendiendo mis atesorados limones amarillos como el oro en las gigantes puertas del mercado medieval.





Primer Lugar
Región de Tarapacá



Confieso que he vivido

Autora:

Gloria Alicia Arriagada Campbell (67)

Comuna:

Iquique

Sábado 2 de octubre de 1948, 05:30 horas. Mi mami está ya con molestias en su barriguita y... ¿les cuento? Soy yo quien está en su vientre. A las 07:00 de la mañana les hice acreedoras a ella y al papi, de su tercer retoño. Ya estaban en casa Paty y Eduardo, mis hermanos mayores.

Ya adulta, fue muy importante haber llegado a la vida en el *Hospital Alemán* de Valparaíso, que en ese tiempo estaba en el cerro Cárcel. Aquí falleció, en 1908, el eximio poeta nacional *Carlos Pezoa Veliz*, que de modo anecdótico si hoy les preguntase a los jóvenes, e incluso a los jóvenes adultos, *-¿Quién es?-*, no dudo que algunas respuestas serían: *-¿Qué cantante es, regetonea o rapea?- -No lo ubico-*. En esos tiempos, era parte de los planes y programas en "Castellano", y recuerdo haber leído poemas como: *"Nada"*, *"Tarde en el hospital"*, entre otros.

Desde ese día y hasta el 17 de mayo de 1956 tuve una infancia muy feliz, incluso hermosa, y hoy, a los 67 años de edad, me llegan recuerdos que en el presente son bastante curiosos, como por ejemplo: que a las niñas nos vestían exactamente iguales que a los a los hombres, incluidos calcetines y zapatos, pero sólo las niñas usábamos aros.

Confieso que he vivido

Mis padres eran físicamente distintos: él, de cabello oscuro delgado, hermosos ojos verdes; y mi madre de tez blanca, macicita y casi rubia, de descendencia escocesa. Traje ello a colación como memoranzas, porque mi hermana Paty, de piel morena, de cabello negro y largo, delgadísima, es muy distinta a mi: y yo, una gordita rubia y muy buena para reír... ¿por decir lo menos, no?

Mi padre era Químico Industrial, con especialidad en aceites. Vivíamos a una cuadra de *Industrias COIA*, que producía aceites, margarinas, mantecas, y que se ubicaba en el sector costero de 13 Norte en Viña del Mar.

Él era el que tomaba las decisiones importantes que se relacionaran con los productos que se comercializaran y salían al mercado nacional. Por ello recibió el mote de *"el indicao"*.

Entonces, cuando había que decidir sobre aspectos técnicos como densidad, colores, acidez, etcétera, preguntaban: *-¿Dónde está el "indicao?"*. Y ahí aparecía tan recio, pero con gran humildad, Don Héctor Julio Arriagada Riquelme, nacido en Chillan Viejo un 20 de agosto de 1918, y con un gran parecido al ilustre prócer de la patria.

A raíz de esto, en la puerta de nuestra casa, se veía una placa, en donde estaba registrado su nombre y en la parte inferior: *"Químico Industrial"*. Entonces, sin saber el significado de ello, y con seis años, cursando primera preparatoria en el *Liceo de Niñas* de Viña del Mar, colocaba al lado de mi nombre *"Químico Industrial"*.

La profesora Laura Aliaga, que se caracterizaba por sus *"malas pulgas"*, me retó exageradamente delante de todo el curso y me hizo llorar, y mi reacción fue al pasar frente a ella, empujarla, lo que provocó su caída de bruceas al suelo, lo que desencadenó las risas de mis compañeras. Consecuencia: repetí de curso por mala conducta... en ese tiempo eso solía ocurrir.

En plena adolescencia junto a mi hermana Patricia nos matricularon en el *Liceo N° 3* de Playa Ancha. Mi hermana egresa de Sexto de Humanidades como la mejor alumna de su curso y, en uno de los números del acto de licenciatura, sin que mi hermana se percatara, aparezco disfrazada de hombre cantando el tema *"Carlos María"*, que interpretaba *Mario Clavel*, y cuya exitosa actuación fue muy aplaudida por toda la comunidad escolar.

Ambas nos licenciarnos con muy buenas calificaciones. Patricia ingresó al *Banco del Estado* de Valparaíso, y yo, comencé a estudiar Pedagogía en Castellano, en el *Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile*, en Playa Ancha.

Confieso que he vivido

Esta decisión fue muy importante para mí pues conocí a la persona que hoy es mi marido, desde hace 46 años y quien compartió conmigo la paternidad de nuestros cuatro hijos: dos varones y dos damitas.

En la universidad tuve muchas condiciones para el latín, tanto así, que me convertí en ayudante de la cátedra y Pedro, mi esposo, ayudante de la cátedra de Literatura General, lo que permitió realizar una permuta a la Universidad de Chile, con la sede en Iquique. Nos trasladamos a esa linda ciudad con nuestros dos hijos mayores: Glorita y Pedrito. En Iquique, nacieron los otros dos: Camilito y Jimenita.

Pero antes que nacieran, Pedro Aravena Trujillo, mi esposo, trabajando en la Universidad, lo detuvieron los miembros de la Dina mientras hacía clases.

Estuvo en el *Campamento de Prisioneros Políticos* hasta junio de 1974, y fue enviado en calidad de relegado a Casablanca, Región de Valparaíso, por dos años y medio.

Indudablemente no lo pasamos bien, pero en ese acogedor pueblo aprendimos a hacer dulces chilenitos de tal manera que cuando regresamos a Iquique a fines del año 1975, nos mantuvimos con la venta de estos deliciosos pastelitos y tortas de milhojas, ya que el encargado de la Dina no lo dejaba trabajar en educación porque -según él- era un peligro para la sociedad.

Afortunadamente, un año después, ese capitán de Carabineros fue dado de baja por una razón que desconocemos, por lo que mi marido pudo seguir trabajando como profesor de Castellano en colegios de Educación Media.

Durante ese período, mis cuatro hijos pudieron educarse muy bien. La mayor, Gloria, es chef de gastronomía; Pedro es abogado y actualmente Fiscal en San Bernardo; Camilo es periodista y trabaja muy bien en Antofagasta y, Jimenita, es profesora de Educación General Básica con mención en Inglés, en la Región de Coquimbo. Obviamente, esto lo logramos con grandes sacrificios, especialmente para mi marido ya que los sueldos de los profesores eran peor de lo que son en la actualidad.

Junto a ello, nos sirvió bastante que entrara a trabajar en una empresa turística que comprendía hotel, restaurant y la famosa discoteca *F'haros*. En breve tiempo y producto de mi compromiso, lealtad y, sobre todo, por mi honradez, su propietario, un joven emprendedor iquiqueño, me convirtió en administradora de todos los establecimientos comerciales, incluso me entregó un vehículo, el control y la administración de las cuentas bancarias y otras atribuciones vinculadas a la actividad empresarial.

Confieso que he vivido

Esto nos cambió la vida. Tuvimos una vida más holgada que incluso me permitió (en temporadas bajas de los locales), viajar por gran parte del país, así como, conocer los lugares más atractivos en el extranjero.

Demás está decir que ello ayudó a seguir los estudios superiores de todos los hijos con mayor tranquilidad y sin mayores contratiempos.

No obstante, mi entrega era tan agobiante (porque estaba a cargo de todo) que, paulatinamente y sin darme cuenta, mi salud se fue resintiendo hasta el punto de sufrir un accidente cardiovascular, un aneurisma cerebral que me mantuvo en coma por un tiempo bastante prolongado.

Desde luego que toda la familia y, especialmente mi esposo (que sí se hizo cargo de toda esta situación) sortearon una larga, pero satisfactoria recuperación. Todo ello, gracias a que estábamos registrados como *PRAIS, Programa de Recuperación de Derechos Humanos*, que por la *Ley Valech*, nos permitió viajar a Santiago para ser intervenida quirúrgicamente en el Hospital de Neurocirugía "*Alfonso Asenjo*", sin costo alguno para la familia, de lo contrario, esto no habría sido posible.

Lo simpático de todo esto es que se produjo un cambio violento en mi condición conductual. Por ejemplo, yo era extremadamente austera, como que me parecía muy mal que la gente gastara tanto en el *Casino de Iquique*; de no tener una vida de integración social que comprendía reiteradas reuniones con amigas de la tercera edad y otras situaciones menores, pero que no eran habituales antes de mi operación.

Pero una vez que tuve una "*normal*" recuperación y, después de que nuestros hijos terminaron sus carreras, mi marido empezó a estudiar la carrera de Psicología en la Universidad Bolivariana de Iquique, y se tituló en el año 2010 con el mérito de haber trabajado como profesor y haber estudiado su carrera la que tanto añoró desde joven.

Cabe destacar que también su carrera la terminó gracias al beneficio que le otorgara la *Ley Valech* para aquellos que estaban en dichas condiciones.

Esto ocurre en los últimos años. Los míos dicen que existen algunas otras secuelas, pero sin mayores consecuencias (creo yo).

Confieso que he vivido

Pero lo más significativo para mí, es sentir la máxima satisfacción participando en organizaciones sociales insertas en la tercera edad, como por ejemplo: ANECAP, Asociación Nacional de Empleadas de Casas Particulares, a la cual ingresé como ayudista, prestando mi aporte a ese grupo de nanas abnegadas que sirven en distintas casas del sector sur de Iquique. Además, en el Club del Adulto Mayor “Magisterio”, ubicado en la villa del mismo nombre, y donde estoy desde hace dos años y medio. Me he sentido realmente feliz de pertenecer a él puesto que aporta a todas las integrantes, grandes beneficios sociales de salud y, también, en el ámbito cultural. Por ejemplo, tenemos la asistencia de psicólogos, kinesiólogos; profesores de distintas especialidades, donde se incluyen nutricionistas, danza, (llamado baile entretenido), manualidades, personas que trabajan en Salud y se han preocupado de hacernos los controles, nos han enseñado a alimentarnos -incluso-, a cuidar de nuestra musculatura. También hay mucha diversión: juegos de azar como la Lotería, que es lo que más me encanta.

Nuestro Club ganó un proyecto concursable de SENAMA el que nos permitirá viajar al pueblo de *La Tirana* donde estaremos tres días, el que incluye el transporte y la estadía... todo gratuito.

No puedo dejar pasar sin decir que somos abuelos ya de 10 nietecit@s, los que nos quieren tanto como si fuésemos sus padres debido a que nos preocupamos mucho por ellos. El mayor de ellos tiene hoy 21 años y estudia Ingeniería en la *Universidad Católica* en Santiago. El que sigue, también en Santiago, estudia Kinesiología. Los otros cinco que siguen están en Educación Básica y Media, y de los dos menores, Luis Emilio, que tiene dos años, está en el Jardín Infantil y, la décima nieta, Gabriela, a quien conoceremos la próxima semana, tiene tan sólo un mes.

Podemos concluir -junto con mi esposo- que tenemos un buen pasar, desde todo punto de vista y que gracias a mi participación en los grupos de adultos mayores me siento plenamente feliz. Por lo mismo, puedo certificar que después de mi lamentable enfermedad no me debería arrepentir de nada de lo que aconteció posteriormente, por lo tanto: -*Confieso que he vivido... y bien*-.





Primer Lugar
Región de Antofagasta



Extraña vivencia

Autor:

Walter Ibáñez Donoso (62) “Lorenzo Iwel”

Comuna:

Antofagasta

Siempre andaba con la talla a flor de labios y a pesar de tener un par de décadas más de edad, Don Froilán se identificaba muy bien con nosotros. Dentro de las faenas laborales, él era nuestro capataz y ni nos dábamos cuenta como cumplíamos sus órdenes; el respeto que sentíamos por él pienso que se debía a su franqueza e innata jovialidad. La oscuridad de su tez y los rasgos de sus facciones toscas y porte andino, lo hacían denotar claramente que era nortino puro.

Lo que más recuerdo de él, fue aquella importante y extraña conversación que se llevó a cabo en el *Club Social de Empleados*, cuando por costumbre nos pasábamos a sacarle la “puntita al sueldo” y nos servíamos unas truchas asalmonadas del río Loa fritas en mantequilla acompañadas de un buen mosto. Por lo general, éramos cinco los comensales habituales en aquel antiguo y cálido comedor, a pesar de los seis grados –o más– bajo cero reinantes en el exterior, identificados sólo por el sonido del viento terroso y el enérgico vaivén de las ramas de añosos pimientos que se veían a través de los cristales de aquel restaurante, que hacían comprobar también lo inhóspito del clima chuquicamatino.

Confieso que he vivido

Siempre los temas de aquellas tertulias se relacionaban, irremediablemente, con nuestro trabajo minero. Pero aquella noche fue diferente. Recuerdo que todo comenzó cuando la conversación se centró justo en el sentido de la responsabilidad laboral de cada uno. Hubo diferentes divagaciones y chascarrillos en base al extenso tema.

Él, Don Froilán, se inspiró en los recuerdos y haciendo un pequeño historial de su vida, comenzó su relato: *-Yo, era re' cabro cuando comencé a trabajar en la Salitrera "María Elena" y entre capacho y capacho del incesante acarreo bruto del pesado caliche, soñaba con llegar algún día a casarme y que mi lúgubre pieza de soltero adquiriera un calor hogareño y no la frialdad con que me recibía al llegar agotado de cada jornada, ya que el desorden, la soledad y el silencio me tenían medio cabreado-*.

El larguirucho garzón de accionares reverentes, de alba camisa en la que resalta en su cuello una humita azabache, irrumpe momentáneamente la conversación con la finalidad de rellenar con vino nuestras copas.

-Yo lo entiendo Don Froilán, ya que pasé casi por lo mismo hace pocos años-, indicó Carlos, el más sentimental de los comensales. Él, esbozó una sonrisa y prosiguió con su historia: *-La verdad que no pasó mucho tiempo y logré casarme con una buena mujer. Pasó el tiempo, y al nacer nuestro segundo hijo, me entró toda la tincá de entrar a trabajar en Chuquicamata. Se ganaba un poco más de plata, y en la parte social y familiar, también se sabía que era mejor. Me habían contado que a medio día de los domingos, una banda integrada por varios músicos tocaba en el quiosco del centro de la plaza preciosas melodías después de la misa. Y qué no daría yo, por ser parte de esa gran concurrencia y pasearme a la sombra de esos enormes pimientos junto a mis hijos, mi esposa de mi brazo, con el suave sonido de su vestido de organza sobre un almidonado y caro can-can y, más que nada, el pretencioso lucir de mis brillantes zapatos de charol. Y lo logré, entré a trabajar en la mina de Chuquicamata y ¡cumplí con todos mis deseos!...*

Todos nos sentíamos felices con su historia, incluso Claudia, y el más exteriorizativo del grupo, se levantó de su silla y palmoteándole el hombro le dijo: *-Buena, capataz, ¡usted siempre se las trae!-*

Aprovechamos de hacer un salud a modo de celebración. Tintinearón nuestras copas al chocar entre ellas y sorbimos nuestro vino; pero Don Froilán mantuvo su copa por un momento en la mano, luego la levantó y pausadamente bebió unos sorbos, nos envolvió en la luz de una triste mirada y nos dijo: *-La verdad amigos, es que me*

Confieso que he vivido

cuesta un poco contar la historia de esa etapa de mi vida, una porque me da un poco de vergüenza por lo que pasé y la otra es que, es muy posible que ustedes no me la crean, por lo extraña que fue.- ¡Dele no más Don Froilán!, usted sabe que lo respetamos y queremos hartó- -¿Por qué no le vamos a creer?-, sentenció Claudia.

Don Froilán, tomó una actitud dubitativa por un momento, encendió -creo yo- como su quinto cigarrillo de la noche y expeliendo la bocanada de humo, decidió seguir su relato:

-En la corrida de casas en los "dos miles", cerca de la Pulpería N° 3, donde yo vivía en ese tiempo, fui el primero que compró una radio receptor y con mucho orgullo permitía que la vecindad escuchara el "Doctor Nugget", la "Tercera Oreja" y otras radionovelas de esos tiempos. Pero, me agarró fuertemente el vicio del juego, pasaba metido muchas horas en los garitos; ya no existían los paseos en la plaza, ni los zapatos de charol. La radio y otras cosas más tuve que entregarlas para pagar las deudas de juego. Fue tanto lo que me rebajé que hasta mis superiores perdieron la confianza en mí, debido a mis atrasos, fallas, irresponsabilidades y falta de coordinación laboral-.

El garzón se acerca nuevamente y comienza a retirar los platos vacíos de la mesa. Nosotros medios molestos por la interrupción, pero se nos compone el genio, cuando nos pregunta si queremos otra botella de vino, a lo que respondimos en coro que sí. Don Froilán, con los ojos fijos en el floreado mantel de mesa, en actitud melancólica prosigue su relato: *-Un buen día llegó a la sección de trabajo Josué Mandella. Era un hombre delgado, moreno, de sonrisa fácil, de facciones muy apacibles y cordiales; casi denotando un aire de inusual misticismo. Comenzó a entablar estrecha amistad conmigo y siendo él fanático por el ajedrez, me metió en el tema. Comenzamos primero a jugar en las horas de colación, me enseñó prácticamente todas las formas de ataque y defensa. Luego, no sólo jugábamos en el trabajo, sino que empezé a ir a mi casa y estábamos domingos enteros practicando jugadas de los grandes maestros-.*

-¿Y qué pasó con sus idas a los garitos y el juego, Don Froilán?-, preguntó Carlos.

La verdad que mis idas a los garitos disminuyeron sustancialmente. Fue tanto mi apasionamiento por este juego-ciencia, que mi reacción fue maravillosa en el momento que recibí el premio de campeón zonal. Josué, siguió metiéndome libros y prácticas en la cabeza, a tal punto que fui nominado por el club "Reina Negra" de Chuquicamata a un Campeonato Nacional de Ajedrez. A todo esto, ya había comprado, nuevamente, otra radio receptor y otros flamantes zapatos de charol y para la alegría de mi familia, había logrado otra vez la confianza de mis jefes.

Confieso que he vivido

A esta altura de la apacible noche sabatina aquella, el garzón retira los platillos del postre y ofrece los respectivos bajativos. Claudia le enciende el cigarrillo a Don Froilán, el que prosigue con su narración:

-Esos nuevos zapatos de charol fueron los que me acompañaron a Santiago, a jugar con todos los seleccionados de provincias y comunas de la capital. Recuerdo que fueron duras las contiendas, pero luego de varios días de competencia, con jugadores avezados y buenos, logré un excelente tercer lugar nacional; ¡ni yo me lo creía! Y a las finales, en una protocolar ceremonia con gente importante del ajedrez y autoridades deportivas nacionales, a este "negrito" le entregaron un diploma con hartas firmas, un bonito trofeo y un cheque más o menos significativo.

Casi atropellando la conversación el más querubín del grupo, le dijo: *-Yo no sabía que usted le pegaba firme al ajedrez, capataz-*. Don Froilán sólo lo miró paternalmente y siguió con su historia:

-Durante mi regreso en el tren "Longitudinal" que llegaba a la estación "Baquedano", después de dos noches y casi tres días aburridos e incómodos, con asientos de madera, gente durmiendo en los pasillos y un baño por carro que sólo lograba aguantar su capacidad de público el primer día, después de eso no quedaba otra que aguantar. Luego, esperar que pasara la micro "El Mercurio" y que con suerte, si es que no quedaba en panne, tardaba como seis horas en llegar, por esos caminos de tierra, con tramos larguísimos y polvorientos hasta Chuquicamata-. Claudia sonriendo burlescamente, interpela: *-O sea, Don Froilán, ¿en esos tiempos no existían los buses?*

-Así es Claudia, en esos tiempos no existían los buses y menos máquinas directas como hoy; incluso les puedo contar que las carrocerías de esas micras eran de madera, por lo tanto el polvo se colaba por las rendijas y al poco tiempo de viaje, los pasajeros parecían berlines empolvados-. Carlos con un tono reflexivo opina:

-¡Pucha!, que era complicado viajar por esos tiempos.-

Don Froilán, sonriendo, asiente con su cabeza y continúa sin hacer mayor comentario:

-La cosa es que tuve mucho tiempo para pensar y hacer un chequeo de mi vida. Sentí tanto agradecimiento por mi familia, y más que nada de Josué, por haberme sacado del maldito vicio del juego. Planifiqué la distribución del cheque ganado, pero más

Confieso que he vivido

me centré en aquella cena que haríamos en casa. Colgaría el diploma en la parte más importante de la pared de la sala y durante la comida regalaría el trofeo a Josué, a modo muy simbólico de expresar mi agradecimiento a su paciencia y dones de buen amigo-.

A estas alturas del relato de la historia, observé las facciones de los contertulios y noté que todos estaban muy pendientes de la charla de Don Froilán, diría, casi embelesados.

El capataz prosiguió: -Llegué a Chuquicamata y ya en la tranquilidad de mi hogar, le hice saber de mis planes a mi esposa. Lo que más me extrañó, fue que ella dijo no conocer a ningún Josué, pero no le tomé mayor importancia en ese momento.

Al otro día fui a trabajar a la mina. La Administración y los Sindicatos estaban presentes en los comedores de mi sección y me sorprendieron con un agasajo; palabras bonitas de los jefes y dirigentes, algunos obsequios, muchos apretones de mano, abrazos, felicitaciones, entrevistas, fotos. Pero, noté que Josué no estaba presente entre la gente que se había reunido en ese momento y luego que pasó un poco la euforia, pregunté por él y todos dijeron no conocerlo, incluso intuí algo raro en sus expresiones, ya que algunos, ante mi consulta, me miraron con notoria extrañeza.

Pensé en una broma colectiva por parte de mis compañeros de trabajo y apenas pude salir de los comedores, apresuradamente me fui a la oficina a consultar al jefe de personal dónde podría encontrar a Josué Mandella. Ante mi consulta, el jefe me miró con actitud interrogativa a través de sus gruesas gafas y me dijo: - Froilán, tu sabes que llevo muchos años en esta pega y no sé a quién te refieres, porque en las nóminas de trabajo, ¡nunca ha existido alguna persona llamada Josué Mandella!

Al terminar el extraño relato Don Froilán, se produjo un total y largo silencio entre nosotros, pero ya era más tarde de lo que acostumbrábamos a estar en nuestras opíparas tertulias de día de pago. Además, el garzón ya se encontraba de pie, cercano a la puerta de salida del restaurante, con su rostro denotando impaciencia y con su grueso chaquetón de castilla puesto. Nos miramos unos a otros, con expresiones que difícilmente se pudiesen determinar. No dijimos nada, absolutamente nada; unos sorbieron de sus copas lo que quedaba de vino, otros se levantaron de sus asientos y se colocaron los abrigos y nos despedimos. Sólo eso, nos despedimos cordialmente: *-Hasta otro día-*. Y me fui caminando a mi casa, con el cuello levantado de mi grueso chaquetón para capear en parte el frío de ese viento tan nuestro. Divagando sobre la historia de Don Froilán, pensando y planificando que tal vez fuese mejor que en la próxima reunión podríamos pedir otra marca de vino.





Primer Lugar
Región de Atacama



Mi primer viaje en tren

Autora:

Porfina del Carmen Alcota (74) "Adriana"

Comuna:

Copiapó

Esta historia comenzó el año 1950, cuando mi madre que era muy joven, y que siempre había vivido en el campo junto a su madre y hermanos sufriendo muchas necesidades, tomó la decisión de venirse a la ciudad. Ella me cuenta que lo hizo pensando en mi futuro. No quería que yo viviera y pasara las mismas necesidades que ella había vivido. Quería que yo tuviera otras oportunidades, otro futuro, que aprendiera a leer.

Fue así que un día le contó su idea a uno de los choferes que cargaban metal en la mina de *Lomas Balla* y le pidió si podía traerla hasta Copiapó. Sin que su familia lo supiera, un atardecer dejó la casa y emprendió la aventura junto a mí, sin conocer nada ni nadie en esta ciudad, estuvo caminando por las calles, durmió en la plaza tratando de abrigarme.

Confieso que he vivido

Fue como al tercer día que la encontró una señora y empezó hacerle muchas preguntas. Mi mamá le contó un poco de su vida y por qué se había venido. La señora después de escucharla le dijo: *-hijita vamos a mi casa, no puedes estar en la calle con esa niñita. Ya veremos más adelante si puedes trabajar de empleada doméstica en alguna casa particular-*.

-Pero señora yo no sé hacer nada, ni siquiera se cocinar-.

-Mire hijita en la vida todo se aprende, en tu situación vas tener que hacerlo para sobrevivir. Claro que una cosa te digo, las señoras no emplean a una persona con hijos, a esta mocosita vas a tener que dejarla en algún lado. Yo te voy a buscar trabajo entre mis amigas-.

Tal como la señora le prometió, días después le dijo: -Muchachita te conseguí trabajo donde una señora muy buena que conozco hace tiempo. Te tienes que portar bien, no me puedes dejar mal. Tiene tres hijos, tú trabajarías con cama adentro, pero no puedes llevar a esta niñita-. -¿Y qué puedo hacer?- . -Yo he pensado que puedes dejarla interna en las monjitas del Buen Pastor. Mañana te voy acompañar para hablar con ellas a ver si la pueden recibir, así trabajarías tranquila-. -¿Pero cómo es ahí? ¿Después no me la quitan?- -No niña, la puedes ir a ver los días de visitas-.

Las monjas me aceptaron. Al día siguiente la señora y mi mamá me fueron a dejar a una casa muy grande con unas tremendas puertas y ventanas con rejas de fierro.

A mí nadie me dijo nada, nadie me dijo que me separaría de mi madre, que conocería a muchas niñas y que, ya no sería libre como cuando vivía en el campo.

Desde un principio mi pena y mi amargura se convirtieron en rebeldía, todo lo que decían eran reglas y más reglas, yo no las aceptaba, menos las cumplía. El internado tenía colegio, y las religiosas me matricularon en primer año. No me iba muy bien, pero algo aprendía porque la profesora era muy preocupada por sus alumnas y no me retaba.

Confieso que he vivido

Así pasaron tres años y mi conducta no cambiaba. Un día me llamó la superiora a su oficina y me dijo: *-Adriana arregle sus cosas en esa caja, mañana viaja-*. No me dijo dónde ni porqué; tampoco supe si a mí mamá le habían avisado de mi traslado.

El día de mi viaje fue muy temprano, antes de la misa de siete. Tomé mi pequeña caja de cartón y me dijo la hermana: *-vas a viajar con la Anita-*. Ésta era una viejita que vivía en el convento, tenía su espalda encorvada, unas trenzas desgredadas y vestía rigurosamente de negro (con el tiempo supe que había llegado muy niñita al internado y ahí terminó su vida). Ella tomó mi caja y subimos a un coche que era tirado por caballos flacos. La mañana estaba muy helada, recorrimos algunas calles y llegamos a una casa de color rojizo con puertas negras muy altas, entramos a un ancho corredor de cemento con escaños de madera.

Anita, quien no había abierto la boca desde que salimos, dijo: *-Vamos a esperar que llegue el tren-*. Pasó mucho rato, hacía frío y me dio miedo preguntarle a dónde viajábamos.

De repente sentí un pitazo que me hizo saltar y casi se me sale el corazón, ya viene el tren y empezó el movimiento. Anita con un gesto y una mirada me dijo: *-vamos-*.

Había tanta gente con bolsas, canastos, maletas y todos hablaban al mismo tiempo. Parecía que todos estaban apurados, bajando y subiendo... de pronto me sentí sola y apretujada entre la gente, un tirón en el vestido me volvió el alma al cuerpo, ahí estaba Anita, no estaba perdida.

Esperamos un rato largo. el tren empezó a pitear y a moverse, yo jamás había viajado, ni siquiera conocía los trenes; los asientos eran duros y la caja donde llevaba mis pocas pertenencias puesta al centro de los asientos molestaban mis pies... no podía estirar mis pies ni mis piernas, pero me quedé callada, porque Anita parece que iba rezando y si la interrumpía me retaría, además que ella se sentó al lado de la ventana y puso su espalda apoyada en ella, si yo hacía algún movimiento, me daba un suave codazo.

Quieta como una momia y con lo temprano que me había levantado, ayudada por el movimiento del tren que parecía una cuna gigante, me fui quedando dormida y empecé a soñar... el sueño era maravilloso.

Confieso que he vivido

Soñaba que iba subiendo lentamente al cielo. De pronto, me encontraba entrando a las nubes que eran tan blancas y suaves como algodón. La sensación era que bajaba y subía, casi no avanzaba, no sabía si volaba o caminaba, por eso no me dijeron dónde viajaríamos ¡llegaré hasta donde Diosito!

¿Me encontraré con los ángeles?, pero cuando más cerca estaba del cielo sentía que de nuevo bajaba. En mi sueño pensaba: *-¿por qué es tan difícil llegar al cielo, tendré que portarme bien, rezar más?-*. De pronto, empecé a sentir mucho calor, entonces pensé: *-este es el infierno-*. Las hermanas me decían las niñas malas se queman en el infierno y yo para todos era una niña mala.

Desperté un poco asustada, ya no nos movíamos. Estamos detenidos y un codazo de Anita me hizo abrir los ojos: *-Por fin despertaste niña, has dormido todo el día, mira estás traspirando, aquí en el vagón hace mucho calor-*. Enseguida me pasó una botella con té y un pan con queso, me lo devoré rápidamente.

El tren continuó la marcha. En el carro había mucha bulla, la gente conversaba en voz alta, los niños pequeños lloraban, algunos fumaban, otros comían huevos duros, pollos cocidos y, otros, hasta tomaban cerveza.

Cuando empezó a oscurecer me di cuenta que habíamos viajado todo el día. Estaba cansada y con hambre. Una señora que iba en el asiento del frente acompañada de un caballero y un niño se dio cuenta que no llevamos nada para comer y me pasó un paquete de galletas. Yo no sabía si podría recibirlo, entonces miré a Anita, ella me indicó con un movimiento de cabeza que no y con mucha pena le dije a la señora que no y le di las gracias. Traté de acomodarme para dormir, pero no podía, porque sentía que varios iban comiendo y, además, se sentían olores muy ricos. Insistí en dormir a ver si podía seguir con ese hermoso sueño, cuando viajaba en las nubes, pero no fue posible. Los pasajeros también empezaron a prepararse para dormir. Hacía mucho frío y empezaron a sacar ponchos, frazadas y hasta almohadas. Anita también sacó un chal y tapó las piernas de ambas. De a poco todo fue quedando en silencio y lo único que se sentía era la bulla que hacía el tren... no me di cuenta cuando me dormí. Yo había cerrado los ojos porque le tengo miedo a la oscuridad y además estaba muy helado y, según comentarios que escuchaba de los pasajeros, viajaríamos toda la noche y llegaríamos al medio día al puerto de Coquimbo.

Confieso que he vivido

Lo más triste fue que no soñé en toda la noche. Cuando abrí los ojos ya era de día, estaba entumida. Al igual que yo mucha gente despertó y empezó de nuevo el bullicio y, al mismo tiempo, a abrirse los canastos y a esparcir sus buenos y malos olores. Yo arreglé mi cola de caballo, me ordené un poco y miré a Anita, ella estaba rezando su rosario matinal, no podía molestarla. En ese momento una pasajera de atrás, me tocó el hombro y me ofreció un pan con carne. Como Anita estaba rezando con los ojos cerrados, recibí el pan tratando que no se diera cuenta, estaba tan rico que lo comparé con el “mana” del cual las hermanas me habían hablado.

Cuando el sol empezó a alumbrar llegamos a un lugar donde el tren se detuvo. Un caballero de uniforme y gorra apareció en el carro, diciendo: *-señores pasajeros la parada es de 20 minutos, esta es la última estación-*. Anita bajó del tren, pero antes me dijo: *-no te muevas de aquí, ya vuelvo-*.

Se demoró un poco y volvió con una botella de té y un pan amasado calentito, y le pregunté: *-¿para mí? ¿Y usted?-* Muy calmada me respondió: *-yo voy ayunar, es una indulgencia-*.

El tren tocó un pitazo muy largo y continuó su viaje. Como mi compañera no hablaba, no me contaba que pasaría conmigo, ni cuando llegaríamos a destino.

El viaje continuaba, y yo pensaba: *-¿Cómo será donde voy a llegar? ¿Me tratarán mal? ¿Volveré a ver a mi mamá o terminaré con los años como la Anita, vestida de negro con trenzas y espalda encorvada?-*. A ratos dormía, a ratos miraba el paisaje o mejor dicho los cerros. De pronto, apareció el señor de gorra diciendo: *-Señores pasajeros, vamos a llegar a la estación de Coquimbo. Preparen su equipaje-*.

Cuando el tren se detuvo, era un caos. Todos sacaban maletas, bultos, dejando muchas basura en el vagón y, por fin, logramos bajar. Caminamos por un corredor de cemento hacia una puerta negra. Yo caminaba con mi caja muy cerca de Anita, de repente ella se detuvo frente a una religiosa que nos esperaba. Cuando la vi me di cuenta que era muy seria y sin saludarme dijo: *-¿Esta es la niña porfiada?-*.

-¡Hay Dios! Aquí me van tratar igual que en Copiapó-. pensé.

Confieso que he vivido

La monjita nos invitó a subirnos a un auto que nos esperaba. El trayecto fue corto. Llegamos a un edificio muy grande y en la antesala nos esperaba otra religiosa que me miró con cariño y, con una voz dulce, me dijo: *-¿Cómo estás hijita? ¿Qué edad tienes?-. -Me llamo Adriana, tengo 12 años-. -Eres bienvenida a este hogar, aquí vas a aprender muchas cosas bonitas-*, y enseguida me abrazó.

Estas palabras y ese abrazo cambiaron mi modo de pensar y también mi vida... en silencio me prometí: *-Aquí voy hacer otra niña-*.

Al día siguiente Anita regresó a Copiapó. Cuando se despidió, me dijo: *-Ojalá te portes bien aquí, porque allá no vas a regresar-. -Por favor Anita, si ve a mi mamá dele saludos-*, le contesté.

A mí ese mismo día me presentaron a mis compañeras como la copiapina, me hicieron un recorrido por los talleres, dormitorios y comedores. También me asignaron labores de aseo en los patios. Comparé lo que había dejado... no había comparación. Era todo muy lindo y ordenado. Por último, me presentaron a una niña mayor llamada Hilda quien sería mi guía durante un tiempo. A ella la quise mucho porque me daba muy buenos consejos, hasta el día de hoy la recuerdo.

El tiempo fue pasando. Me matricularon en cuarto básico y las clases eran en el mismo internado. En el colegio me iba regular, pero a los seis meses me enviaron a los talleres de bordados y zurcido invisible. Estaba tan feliz que sólo pensaba en superarme. A los dos años era jefa del taller de bordados y las hermanas siempre me ponían de ejemplo, me decían: *-Este año vas a terminar el sexto año y vas a poder ir a estudiar al Liceo Comercial, al igual que tus compañeras para que seas una profesional-*.

Yo pensaba: *-Qué feliz va hacer mi mamá cuando vuelva a su lado con un título y llevando tantos conocimientos-*. De ella pocas noticias tuve durante estos años ya que mi mamá no sabía leer y en esa época era difícil la comunicación telefónica. Pero el destino me hizo una mala jugada. Justo después de cuatro años, cuando me iban a matricular en el liceo, la hermana Superiora me llamó a su oficina: *-Adriana tienes que arreglar tus cosas este fin de semana. Una de tus compañeras viaja a Potrerillo. Viene su hermano a buscarla y tu mamá se comunicó con él para que te lleven a Copiapó-*.

Confieso que he vivido

Mi reacción fue: *-¡No quiero, no puedo! Estoy muy bien aquí. Dígale usted hermana que no me lleven. Para mí este es mi hogar-*.

La hermana me dijo: *-Mira Adriana, para mí tu llegada y estadía aquí fue un triunfo. Tú venías muy mal recomendada y hoy regresas siendo la mejor niña de los talleres. Estoy orgullosa de tus conocimientos-*.

Si usted supiera madre, que sus palabras y el cariño con que me recibió cuando llegué cambió mi rebeldía... se lo agradeceré siempre por haber cambiado mi vida. Esa noche lloré mucho, pero nada pude hacer. Tuve que regresar, pero esta vez no en tren, sino en auto.

El recuerdo más lindo que guardo de esos años es haber conocido en persona a la gran poetisa "Gabriela Mistral". Cuando nos visitó en el internado y ,además de recitarnos sus poemas, jugó una ronda con todas nosotras. Hoy me siento privilegiada de haber estado tan cerca de ella.







Primer Lugar
Región de Coquimbo



A la sombra de los recuerdos

Autora:

Grimaldina Inelia Araya Astudillo (82)

Comuna:

Ovalle

Desde pequeña me gustó trepar a los cerros, correr por sus cumbres y sentir el hálito del viento acariciando mi rostro, haciéndome sentir tan libre como él, yendo y viniendo sin detenerse. ¡Cómo amaba la soledad de esas alturas que me permitía soñar, hablar a solas conmigo, jugar con los rumorosos insectos y sentir el palpitar de la tierra oliendo a musgo mañanero!

Como nada es eterno, menos la felicidad, en 1941 aparecieron las primeras sombras en mi cielo de infinita libertad. Ese año mi madre vendió todo cuanto teníamos: unas cabritas, dos burros, nuestro rancho y unas cuantas semillas. Con este capital nos iríamos desde el Altar Bajo al gran mineral de Potrerillos, donde mi padre trabajaba.

Como a todo niño, nos entusiasmaba el hecho de ver a nuestro padre; viajar, conocer otros lugares. Tal vez, mejores que la humilde aldea donde habíamos nacido. Mi madre, consciente de nuestro nulo conocimiento de lo que no fuera el campo y, antes de abandonar el terruño, nos aconsejó que al llegar a la ciudad no debíamos

Confieso que he vivido

hacer preguntas hasta estar a solas, pero mi hermana mayor desoía los consejos, por eso siempre metía la pata.

El día que llegamos a la estación ferroviaria de Ovalle para embarcarnos al norte, cometió el más grande de los disparates. Al ver la locomotora gritó a todo pulmón: – ¡Mamita, mire!... ¡Esta cocina tiene ruedas y echa re tanto humo!

La gente reía de su torpeza. Mi madre abochornada sólo quería evaporarse.

Viajamos en el tren “longino”, en tercera clase, donde la gente aparte de la comida que llevaba para el viaje transportaba gallinas, gatos, perros, la jaula con el zorzal o cualquier ave cantora y, también, cargaban sus sueños y esperanzas.

Nosotras, aún pequeñas, no reparábamos en estas cosas y sólo disfrutábamos el placer de ir por primera vez en algo que no tuviera cuatro patas, orejas ni pelos.

El tren corría por colinas y llanuras para llegar a Coquimbo. ¡Cómo disfrutábamos viendo los rebaños de cabritas corriendo alegres como si nos despidieran con sus balidos! Pero mi hermana al divisar el mar brillando como una azogada palangana, de nuevo se le ocurrió gritar: – ¡Mamita, qué laguna tan grande!... ¡y hay re tantas bateas!-. De nuevo la gente sin poder contenerse, reía. Mi madre no sabía si darle una bofetada o hundirla de cabeza en los rollos de frazadas hasta asfixiarla.

Después de un rato el tren de nuevo emprende la marcha dejando con desidia el puerto para internarse por paisajes áridos y sofocantes. Yo que siempre fui muy inquieta ya estaba cansada de estar sentada en el incómodo y duro asiento de madera. Sin que mi madre se diera cuenta abrí la ventanilla y sentí el aire fresquito en el rostro. Lo estaba gozando cuando ¡zas! la ventana se viene abajo y siento el tirón de una mano providencial que me salvó de morir decapitada. Gracias a ese desconocido les puedo contar mis anécdotas.

Al llegar la noche y sin nada en que entretenernos, nuestra buena mamá tendía unas frazadas en el piso donde nos acostaba. La gente que pasaba al baño nos pisaba el pelo, las manos. Lo peor fue que, después de dos días de viaje, era como si todos estuviéramos en descomposición porque la hediondez se hacía insoportable.

Confieso que he vivido

Al llegar a Pueblo Hundido (hoy Diego de Almagro) me hirieron esos cerros arenosos y desnudos. La pena mordió mi pecho como un garfio y con dolor sentí extinguirse los aromas y murmullos de mi tierra. Allí los días caminaban despacio y la tarde agonizaba con infinita tristeza para morir sin colores tras los cerros ásperos y azulencos. Todo era tan triste... hasta los faroles irradiaban una mortecina luz que se diluía bajo el relente nocturno.

Para los jóvenes de la casa eso no era impedimento ya que igual visitaban los centros de diversión donde se bailaba la música de moda en aquellos años: tangos, congas, boleros y otros. Yo escuchaba con curiosidad los tarareos de aquella música y los chismes de los primos, quienes sin importarles quién los escuchara, decían que en las mamparas se exhibían hermosas muñecas de llamativas vestimentas. En mi inocencia les rogaba si podían regalarme una de esas muñequitas, porque yo en las Navidades sólo recibía unas de cartón que al bañarlas morían deshechas en el agua. Ellos sin disimulo, se burlaban de mi ignorancia. Con el devenir de los años supe que esas muñecas eran mujeres de carne y hueso, invitando al trasnoche y al placer sensual.

Cuando llegaba el tren longitudinal la estación se volvía un avispero. Los pueblerinos dejando de lado su habitual apatía, salían para ver la negra locomotora con su humeante chimenea que a cada resoplido lanzaba blancos ramilletes de vapor por su vientre ardiente acompañados de fuertes pitazos que el viento diseminaba por el pueblo melancólico y polvoriento.

Los andenes se llenaban de cansados viajeros que ya habían hecho dos o tres días de viaje quienes bajaban a estirar las piernas y a reponer energías con las sabrosas cazuelas de gallinas de ambarina enjundia.

Las impecables venteras de cofia y blancos delantales voceaban: *-¡Dulces, frutas, pan amasado y té calentito!*- Y las empanadas que ofrecían con este pícaro pregón: *-A las ricas empanaditas fritas/ que cuando las muerden gritan/ hechas por las manos 'e mi mamita/ y el lulero 'e mi taitita-*. Ante este humorístico modo de vender eran arrebatadas por los viajeros que risueños celebraban tan habilidoso ofrecimiento.

Confieso que he vivido

Después de muchas maniobras, la locomotora con su panza abastecida de agua y carbón daba los últimos pitazos para apurar a los pasajeros rezagados. A la señal del palanquero se ponía en marcha y arrastrándose como un pesado reptil se internaba por el árido desierto con destino al puerto de Iquique. Extenuada, parecía gritar: *-¡Traca- traca- traca! ¿Quién me ataja, con cuchillo, con navaja?-*. Y sofocada lanzaba bocanadas de humo que como un mal pintor tiznaba el límpido cielo, mientras sus enormes ruedas mordían los rieles. Sin prisa, engullían la distancia y con desgano iba dejando atrás los postes que parecían largas filas de frailes sosteniendo el alambrado telefónico, donde el viento con sus intangibles manos los pulsaba como un violín arrancándoles disonantes arpegios que se perdían por el yermo desierto.

Cuando mi madre se fue a reunir con el autor de nuestros días, con mi hermana quedamos internas en una escuela católica a cargo de una pechoña señorita, como de setenta años... Allí, ¡casi muero de hambre! Cómo sería que un día vi la puerta abierta de la sacristía y entré. Miré en la semioscuridad por todas partes y la buena suerte me llevó a una cajita repleta de hostias ¿Qué creen ustedes que hice? Me las comí todas; ¡Hasta las de la misa del domingo! De mi paso por esa escuela rescato la suerte de haber conocido al *Padre Negro*, un cura obrero, pobre. Lo vi trabajar y vi como sus laboriosas y morenas manos restauraban la derruida iglesia.

Al año de vivir en Pueblo Hundido nos fuimos todos a Potrerillos. Al llegar al mineral y ver el mismo paisaje gris y reseco, sentí un cataclismo sacudir mi pequeña alma. El norte grande había escamoteado el perfume de mis cerros Altarinos que me nutrían de lluvia y sol. También me robaba los atardeceres que como teas encendían los vértices del infiernillo. Fue terrible comprobar que el verdor sólo existía en mi mente... el inhóspito paraje nortino arrugaba mi corazón.

En Potrerillos se paseaba un sol sin alegría que con desgano alumbraba los montes andinos. Ese sol rubio y cálido que yo amaba se había quedado en mi tierra, madurando frutos y sementeras. Aquí daba la impresión de que, a pesar del intenso frío, a nadie hacía falta su calor porque en este mundo impersonal y materialista todos vivían inmersos en sus labores sin tiempo para mirar el cielo y sus cambios. Sólo les interesaba escuchar el pito de entrada para poner en marcha la maquinaria del progreso, que a sus oídos sonaba como una sinfonía.

Confieso que he vivido

En el mineral el invierno era tan riguroso que al llegar de la escuela mi madre nos metía en agua tibia para descongelarnos. Allí la tormenta era aterradora; el trueno pasaba rugiendo como una fiera herida y sus ensordecedoras pisadas hacían estremecer el cielo y sus ojos lanzaban culebrillas de fuego espantando a quién no estaba acostumbrado a ese violento lenguaje de la naturaleza. Después, las manos de la nieve y los bulliciosos granizos tapizaban de blanco el campamento y la fría montaña, colgando diamantinos collares en el cuello del cerro Vicuña.

Así se preparaba esta rica y metalífera tierra para recibir a la primavera que llegaba con las manos vacías, desprovista de pompas y galas; sin flores ni verdes, pero a cambio nos regalaba una cara limpia y fría.

En Potrerillos conocí a los *nuevos* nortinos que se mofaban con desprecio de los que llegaban del campo, pero muchos de ellos eran de su misma raíz. Mordaces y crueles los tildaban de *cerrucos*, *huanchurros*, *charrasqueados de huasiladia*. Claro, ellos habían olvidado que un día también corrieron con las *patas rajá* tras las cabras y que el único vehículo que conocían y los transportaba eran los burros (no quiero ofender a estas dulces bestias). *Los nortinos* ya no comían cocho, chuchoca ni porotos. Ese alimento era de gente ordinaria o para cerdos. También habían olvidado los chonchones y el desagradable hollín tiznándoles la nariz. Muchas de esas rurales y forzadas costumbres las habían sepultado bajo siete capas de tierra, porque ahora se avergonzaban de su origen campesino. Hoy se alumbraban con luz eléctrica limpia y clara como el alma de un recién nacido. Estaban tan acostumbrados a estas comodidades que creían haberlas disfrutado toda su vida.

En mis pequeñas manos aún conservaba la fragancia del campo y el hablar cantadito, moviendo a risas a los desmemoriados que ya habían olvidado su origen campesino del que por siempre me sentiré muy orgullosa.

Como es natural, la electricidad llamó intensamente mi atención. El primer encuentro con ella fue casi trágico. Me sentía atraída por esos globitos de vidrio que al anochecer se encendían iluminando la casa y los postes. Un día vi el zoquete colgando sin el mentado globo y, como era muy curiosa, quise descubrir su secreto: saber cómo y de dónde venía la luz. Me subí a una cama altísima y, en mis ansias de descifrar el misterio, me empiné hasta alcanzar esa cosa. Metí mi pequeño dedo y: -Ay, ay- gritaba: -¡Me mordió, me mordió!- Caí de la cama. No sé si por el

Confieso que he vivido

dolor o porque la descarga eléctrica que me tiró lejos. Ésta fue una muy dolorosa experiencia para entrar al mundo civilizado.

Yo era una niña pequeña que tenía mucho por descubrir y aprender, pero lo sucedido a mi paisana Jova fue de película. Llegó con su hija a Ovalle y en la noche al apagar la luz no supo cómo hacerlo. Sin éxito, soplabá: *-Puf, pa puf-*, y nada. *-¿Niña, cómo se apaga esta payasá?-*. La hija tampoco supo cómo hacerlo. Tomó un zapato y le mandó el "guaracazo" a la ampolleta y, así, encontró la solución.

La casa donde llegamos a vivir por un corto tiempo era de los tíos de mi papá. La dama creyó oportuno introducir a esta pequeña rústica al mundo civilizado y como primera lección, me llevó al cine. Al entrar a la sala exclamé fuerte: *-¡Tía, en esta radio se ven los monos!*- Como ven, me estaba anticipando a la TV. La verdad, me agradó la película de vaqueros y bandidos; mirar esas mujeres bonitas, al apuesto y valiente jovencito quien siempre ganaba a los cuatreros y yo de inmediato lo consideré mi héroe (tan chica y ya...) Bueno, tanto me gustó que empecé a ir sola al cine. En mi curiosidad quería descubrir el misterio de esas personas encerradas en el lienzo. Me daba el trabajo de pararme frente al telón y lo miraba por todos lados; de costado las imágenes se veían planas. No entendía cómo entraban a esa sábana blanca los artistas. Muchas preguntas a las que luego más cultivada encontraría respuestas.

En una ocasión llegó una compañía teatral donde cantaba la Negra Linda (Ester Soré) ¡Por cierto que tomé palco! Estaban tan empeñados en refinarme que no perdían eventos ni ocasión al que no me llevaran.

Al darme cuenta que los artistas entraban por una puerta lateral creí hallar las respuestas a mis interrogantes. Lo que no logré descubrir fue cómo se aplanaban hasta quedar como hoja de papel dentro del bendito telón.

En esta campaña educativa entraba un joven sano de espíritu; limpio... más bueno que el pan cocido en horno de barro. *General* era su apellido y yo rogaba y rogaba a mi tozudo padre para conseguir el permiso para llevarnos con mi hermana al cine. Él le decía con mucho respeto: *-Por favor, deje ir a las niñitas, ¿no ve que se educan y aprenden modales?-* Quizás le parecíamos unas pequeñas salvajes. Después de

Confieso que he vivido

muchos ruegos lograba el permiso y nos íbamos felices a ver la película. Pero mi padre como era muy desconfiado, nos retrasaba a propósito y se encargaba que siempre llegáramos al final de la función.

Mi afición al cine no fue en vano ya que de lo que vi saqué lecciones. Estábamos en plena *Guerra Mundial* y los noticiarios mostraban los horrores del conflicto. La muerte guadaña en mano, estaba en todas partes segando vidas en el mar, en los aviones, en tierra. En los campos de concentración verdaderos esqueletos vivientes eran incinerados en los hornos crematorios. Sus huesos servían para fabricar botones y su piel para fabricar pantallas de lámparas. Al ser una niña, esto se grabó a fuego en mi mente marcándome de por vida. Por eso rechazo en todas sus formas la violencia y la guerra, la que como un ávido vampiro se bebe la sangre y el alma de los hombres y los pueblos.

Así se fue desarrollando mi nueva vida en el gran mineral donde, a medida que crecía, me imponían reglas y horarios que debía respetar. Todo mi libre y bello pasado se quedó oculto en los más profundos escondites de mi memoria.

Tantas cosas que se perdieron con el traslado, tantas costumbres que se quedaron olvidadas en este nuevo y civilizado mundo. Recuerdo que en mi casa campesina siempre estaba la tetera hirviendo en un caldero lleno de chispeantes brasas y un mate caliente... allí esto murió. Cómo olvidar cuando mis padres querían tomar mate. Mi mamá llena de picardía le decía: *¡Tomemos mate viejo, caliente! / No hay leña vieja, rajá / pero hay un palo viejo, hueco, / pero la'cha no está vieja, afilá.*

Todo era risueño antes de llegar a Potrerillos y con la mudanza todo cambió. Las costumbres allí eran tan diferentes a las nuestras. Aquí no se acostumbraba a velar a los angelitos sentados con un par de alas blancas, con una flor entre los dedos y otra sellando sus labios por donde había escapado el último soplo de vida. Tampoco se despedía al angelito con un canto a lo divino para hacer más fácil y rápido el tránsito hasta donde el Padre lo esperaba. Allí esto era motivo de burlas. ¡Porque ellos ahora pertenecían a ese *nuevo y civilizado mundo!*

Mis padres por siempre guardaron muchas de nuestras tradiciones y, quizás, esto los hacía parecer locos ante los potrerillanos. Cuando se celebraba un santo mis viejos salían a las doce de la noche con una guitarra a dar un esquinazo a un compadre o

Confieso que he vivido

a un amigo. Mi madre cantaba muy bien, tenía una voz llena de matices. Empezaba el esquinazo de esta manera: *-Es aquí o no es aquí / la casa de palacio real/ está aquí mi doña rosa/ que la vengo a saludar-... y me tocaba ir a dejar las "cuelgas",* que consistían en frutas y bollos de huevo (nadie se endeudaba y para nuestra felicidad no existían las multitiendas). En mi tierra se estilaban estos regalos sin ostentación. Esta era una bella y (hoy), olvidada expresión del campo chileno.

Allí no se sentía el despertar de la hierba ni el concierto de los grillos y las cigarras... Quizás, buscando mi perdida libertad y el caminar libre por mis cerros, me hacía visitar con frecuencia el cementerio donde recorría en silencio las tumbas leyendo los epitafios. Quién sabe si buscando un poco de belleza miraba por largos minutos las coronas con flores de papel o de lata, aunque sin vida ni aromas, al menos irradiaban colores.

En la planta de la *Andes Cooper Minig* sólo se oía el punzante rechinar de las maquinas en los talleres y el pito de entrada y salida de los trabajadores.

Había dos altas chimeneas que como centinelas dominaban el campamento y por sus sucias bocas expelían un humo asfixiante cargado de ácido sulfúrico rompiendo gargantas y pulmones. Pero cosa curiosa, por decir lo menos, nadie se atrevía a protestar por este grave atentado a la salud.

Potreros, un paraíso. Un bello recuerdo para muchos, pero para las personas como nosotros fue un verdadero infierno, porque jamás tuvimos una casa confortable donde vivir: Ahí se sufrían las más crueles desigualdades sociales. Los gringos en el campamento americano vivían en confortables mansiones rodeadas de jardines, con comodidades y lujos sin ningún contacto con *"los indios"*. Los empleados, un poco menos cómodos que *los "rubiecitos"* y, los obreros, hacinados en tres piezas sin importar cuán numerosa fuera la familia... Y estábamos nosotros, los dejados del sistema, *los agregados*. Vivíamos en el patio, en un cuartucho estrechísimo donde con dificultad cabía una cama y una pequeña mesa. Nuestra familia constaba de cinco hijos y el matrimonio, todos apilados en ese cuartucho. Para cocinar mi madre hizo una hornilla de barro en un rincón de la escalera. Como no podíamos seguir uno encima del otro nos hacían camas en el subterráneo de la casa. Cuando a la dueña de la vivienda se

Confieso que he vivido

le antojaba lavar el piso quedábamos como ratas mojadas ¡Qué recuerdos tan ignominiosos! Siento que aún me golpean con dolor.

Mi padre era muy estricto. Muy *ríspero* como se dice en el campo, pero su corazón no se había endurecido con tantas vicisitudes. Siempre estaba abierto como una flor derramando el dulce aroma de la solidaridad, la que desde chicos nos inculcó. Cada día nos mandaba a ver detrás del canal de relaves por si había un cesante oculto para invitarlo a almorzar. A tanto llegó su deseo de ayudar al prójimo que compró una carreta con un mular con el propósito de ayudar a los que subían bordeando los cerros en busca de trabajo para que pudieran resistir hasta lograr un contrato en la compañía. De repente salía un aprovechador, como Don Carlos D, al que acogió con su hijo Raúl, un pequeño como de siete años. Como dijo ser carpintero le prestó todas las herramientas para que pudiera trabajar, pero un día el hombre se fue llevándose todo. Mi padre no se desalentó. Estuviera donde estuviera, sus manos estaban dispuestas para apoyar a los demás. A pesar que la vida con él no fue muy amable... como una niña juguetona, continuamente le estaba haciendo trampas, hasta que un día logró derrotarlo.

Dicen que el triunfo siempre será del más fuerte y es una gran verdad, porque llegó el momento que le asignaran una casa a mi papá, pero el capataz, sin respetar lo que en justicia le correspondía, se la entregó a un pariente recién casado. La furia de mi pobre viejo no tuvo límites. Incapaz de encontrar una solución ante este atropello renunció a su trabajo. Le dieron cinco días para reflexionar antes de tomar una decisión. Él consideró que no había nada que pensar. Era tanta su rabia e impotencia que no le importamos ni siquiera nosotros y se canceló. Era noviembre, por lo tanto perdimos el año escolar.

Al escuchar la irrevocable decisión de mi padre lloré con angustia y, a mis catorce años, comprendí que mis sueños de ser maestra se esfumaban como una estela en el mar. Mi vislumbrado y codiciado futuro quedaba para siempre sepultado bajo la fría nieve de Potrerillos.

Desde ese momento crucial y doloroso ha transcurrido mucho tiempo el que ya ha empalidecido los recuerdos. Para rehacer esos años de mi vida he ido remendando uno a uno los retazos del pasado, pero todo (como en un libro) está escrito en mi rostro ajado, donde en cada poro, en cada arruga, se puede leer una historia de alegría o desencanto.





Primer Lugar
Región de Valparaíso



Confieso que he vivido

Autor:

Hernán Fernese Urbina Zamora (71)

Comuna:

San Felipe

Nací el 24 de diciembre de 1943 en el sector de La Pampilla, comuna de Calle Larga, Provincia de Los Andes, Quinta Región. Mis padres, Manuel María (9/9/1906) y Rosalba de las Nieves (26/8/1926). Mis abuelos paternos fueron Tristán y Petronila, y los maternos Adán y Cosio. Probablemente, a mis amables lectores les llamarán la atención los nombres un poco raros, pero así se usaba en aquellos tiempos. Por lo tanto, podríamos concluir que los nombres son según la época en que vivimos.

Mi madre, a todos sus hijos los dio a luz en la casa. No se iba al hospital y la atendían vecinas o familiares. Nuestra casa había sido construida por mi padre, quien era maestro carpintero. No sabía leer ni escribir y en la construcción le ayudaron algunos amigos. La vivienda consistía en una sola pieza de unos veinte metros cuadrados (5 x 4); tenía piso de tierra y era de un solo ambiente. Sus murallas estaban hechas con cañas de “curahuilla”, recubiertas de barro. El techo era de caña de trigo apretado con alambre. No teníamos luz eléctrica, ni agua potable. Nos abastecíamos de una acequia que pasaba por el fondo del sitio y que venía de un canal que pasaba por los potreros vecinos. Como el sitio era de unos siete

Confieso que he vivido

metros de frente por unos veinte de largo, al final de él, estaba el baño que consistía en un pozo negro. La situación económica era mala, más bien no teníamos casi nada. Vivíamos hacinados en esa casa que servía de dormitorio, comedor y cocina: éramos doce personas. Así es, éramos diez hermanos más nuestros padres y, ¿Por qué éramos tantos? Por lo siguiente: mi padre era viudo de N.A., con quien tuvo un hijo de nombre Manuel Nemecio, quien aún vive y es un ex carabinero en retiro.

Mi madre era separada de M.C.H. con quien tuvo cinco hijos de los cuales murió un niño, sobreviviendo cuatro hijas: María de las Nieves (17/12/1937), Olga del Carmen, Luisa Josefina (21/06/1939) y Emilia de las Rosas (21/06/1941) todas C. Z.

Mi madre separada y mi padre viudo formaron pareja y se mantuvieron unidos por aproximadamente 60 años, hasta su fallecimiento. En esta unión tuvieron diez hijos, de los cuales fallecieron dos (Luis y Agustín) y sobrevivimos ocho; el suscrito, Hernán Fernese, Sergio Eduardo (20/01/1946), Ana Ester (22/01/1949), Agustina del Tránsito (05/10/1950), Patricio Enrique (12/07/1952), Ángel Ramón (02/10/1954), Cristina de las Mercedes (07/04/1956) y Guillermo Daniel (03/12/1958); todos U.Z.

Me acuerdo de mi hermanito de nombre Luis, pues yo tenía unos cinco o seis años cuando él falleció y fue velado en mi casa. Lo vistieron de blanco y le pusieron alas blancas (seguramente de cartón), y lo sentaron sobre una mesa y alrededor le colocaron flores blancas. Después de velarlo una noche, al día siguiente fue llevado en una urna (caja de madera hecha por mi padre), también de color blanco y fue enterrado en el cementerio de Los Andes. Se hacía en esta forma porque la tradición campesina decía que los niños fallecidos eran unos "angelitos." Mi padre fue solo y lo llevó en la micro que pasaba dos veces al día frente a mi casa. Nuestra vida fue muy sacrificada. En aquellos tiempos como es lógico no existía TV ni radios a pila, por lo tanto, en mi casa no existía ninguna comodidad. Se cocinaba haciendo una fogata en el suelo, mi mamá nos mandaba a recorrer potreros y el cerro "Patagual" para recoger palos y/o ramas para hacer el fuego y cocer los alimentos que ella cocinaba, los cuales generalmente también eran escasos; mi padre ganaba poco sueldo y, aparte, a veces lo malgastaba. Por otra parte, mi madre hacía algunos trabajos como lavar ropa ajena o algunas labores agrícolas. También, nos mandaban junto a mi hermano Sergio y, a veces Emilia, días completos, y durante varias semanas a visitar a mis abuelos maternos (Josefina y Adán) que

Confieso que he vivido

vivían en el sector de Valle Alegre, a unos 6 kilómetros de distancia, que como es obvio lo hacíamos a pie, siendo aún niños de ocho, diez y doce años, por camino de tierra, sin luz eléctrica. Todos los días volvíamos cuando ya había oscurecido, con los temores propios a la oscuridad. Mi abuelo era agricultor, arrendaba o tomaba en “mediería” algunos terrenos y los cultivaba con hortalizas, maíz, curagüilla, incluso cáñamo y nos obligaba a trabajar en esas labores con él. Mi madre nos incentivaba en esas labores, porque así mi abuela nos regalaba frutas y verduras que eran necesarias para el sustento de nuestra familia.

Mis estudios primarios los hice en la *Escuela Pública N° 8* de Calle Larga, que era una casa relativamente grande que contaba con tres salas, un corredor bajo techo y un patio de tierra. En las salas funcionaban dos o tres cursos distintos simultáneamente. Ingresé a estudiar a primero el año 1951, a la edad de ocho años, en mi sala también funcionaba el segundo año, por lo tanto, escuchábamos las materias de segundo, por eso yo no hice el segundo año, sino que me pasaron directo a tercero, porque según mi profesora (señora Beatriz Eufemia Díaz Montenegro, quien felizmente aún vive), yo estaba muy adelantado. Los demás cursos los pasé sin problemas con los primero lugares, incluso con premios por ganar concursos de composición y poesía. Por gestiones realizadas por mi profesora, ingresé el año 1956 al Instituto Comercial de Los Andes. Mi padre no quería, pues necesitaba que saliera a trabajar al campo para ayudar a la mantención de la familia (yo tenía 13 años), pero insistí en que quería seguir estudiando y me aceptaron, pero como la situación económica familiar era mala, me costó tener regularidad en los estudios.

Los primeros dos años me ayudaban mis profesores primarios, especialmente la señora Beatriz Díaz, quien fue mi apoderada y la señora Eva Navarrete, directora de la escuela primaria. El primer y segundo año en el Instituto Comercial de Los Andes (la carrera duraba siete años), los pasé bien, seguí en tercero, pero ahí me costaba porque mi padre o estaba enfermo o no tenía trabajo y en mi casa no había siquiera para la alimentación, menos tenían para comprarme los cuadernos y darme para los pasajes de la micro y el colegio me quedaba a más de 5 kilómetros, en la ciudad de Los Andes. Fue así como después de las vacaciones de *Fiestas Patrias*, en 1958, no fui más al colegio y me fui a trabajar en actividades agrícolas (tenía 15 años). Acompañaba a mi madre que trabajaba en esas labores. Era triste verla como sufría y yo a su lado trabajando también para ganarme algunos pesitos y

Confieso que he vivido

ayudar a la mantención del hogar. Realizábamos labores como recoger nueces, deshijar curagüilla (ralear cuando las matas aún eran pequeñas), arrancar cáñamo, sacar la maleza en los surcos con hortalizas (se hacía con azadón), ayudar a cortar la curagüilla (se cortaba con echona) y sacudirla para sacarle la semilla. Ésta daba un polvillo que hacía picar todo el cuerpo (con la rama se hacen las escobas). También trabajé hilando tabaco (éste produce una resina muy amarga, es como una grasa que impregnaba el cuerpo y la ropa, por lo tanto todo lo que comíamos, en el mismo potrero, era amargo), que consistía en cortar las hojas y pasarlas con una aguja grande, a través de una pitilla de unos tres metros y después colgarlas en los troncos para secar las hojas y así varias otras actividades, que se realizaban con pala, azadón, horqueta (para amontonar pasto), echona (hoz) para segar pasto y trigo. La mayoría de estos trabajos los realizábamos agachados, por lo que se producía un gran dolor diario en la espalda y piernas.

En esos tiempos (1958) yo era acólito en la Parroquia de Calle Larga, ayudaba a las labores de las ceremonias religiosas. El cura era don Ricardo Rodríguez, quien al ver la situación económica, donde prácticamente no teníamos nada y, muchas veces en mi casa no había almuerzo (a lo mucho una taza de té con un pan, o bien, una agua de menta silvestre) nos consiguió a mí y a un amigo enviarnos a estudiar agricultura al Instituto de Educación Rural de Malloco. Por supuesto yo no quería, porque me iba a separar de mi familia, pues era primera vez que me alejaría. En esos tiempos ni siquiera conocía Santiago, ni Valparaíso, ni tampoco San Felipe. Nunca había salido, pero me resigné porque si mi vida iba a ser de obrero agrícola, mejor era que me capacitara. Fue así como estuve tres meses en Malloco sin ir a mi casa; echaba de menos a mi madre, padre y hermanos. Prácticamente todos los días me escondía en el baño a llorar. En la noche me tapaba bien y lloraba hasta quedarme dormido, fue muy triste esa estadía. Cuando había transcurrido como un mes de estar en Malloco y, debido a las cartas que le enviaba, fue mi padre y mi hermana Emilia a verme. Fue como un sueño pues precisamente estaba en el patio al que llegaba el camino de entrada al instituto pensando en mi familia, muy apenado, cuando los veo entrar... fue algo indescriptible. Ahí lloramos juntos y le pedí a mi padre que me llevara de vuelta, pero no lo aceptó porque el cura se iba a enojar. Además, era "bueno" que aprendiera las cosas que ahí me enseñaban. En realidad tenía varias asignaturas, por ejemplo: porcintecnia, que trataba lo relacionado con la crianza y mantención de cerdos; ahí aprendimos a castrar;

Confieso que he vivido

fruticultura, aprendimos a regar, ralear y podar, especialmente matas de duraznos; cestería, todo el tratamiento del mimbre y recuerdo que yo fabriqué una maleta; mecánica, aprendí a manejar un tractor (Ford Ferguson) y arar; horticultura, todo lo relativo a hortalizas, etcétera.

Una vez que regresé de Malloco, a fines de marzo, me puse a trabajar en labores agrícolas; pero el director del Instituto Comercial, Don Manuel Díaz Paredes (Q.E.P.D.) me había mandado un recado: que fuera a hablar con él, pero no le hice caso. Estando trabajando de nuevo me mandó a llamar, pero tampoco fui. Hasta que llegó un día a mi casa el inspector, Don José Toribio Pantoja Lepeley (Q.E.P.D.) quien me insistió que fuera a hablar con el director. Recién ahí lo hice, me sinceré con él y le conté toda nuestra miseria y él me llamó la atención porque no le había contado acerca de mi situación económica antes de retirarme. Me ofreció eximirme del pago de matrícula, ayudarme con los útiles y trataría de ver el problema de los pasajes a través de un Comité de Bienestar financiado por los profesores. Así ocurrió y volví a fines de abril de 1959 a estudiar y repetir el tercer año del Instituto Comercial. A pesar de llegar con dos meses de atraso a estudiar de nuevo, ese año obtuve el tercer lugar.

Seguí estudiando en el Instituto Comercial de Los Andes con la ayuda económica que me daba el Comité de Bienestar formado por los queridos profesores. Además que se me eximía del pago de matrícula y me ayudaban con los útiles escolares y la mantención de la beca de desayuno y almuerzo en el colegio (a la cual no tenían derecho quienes repetían curso). Me entregaban el día sábado el dinero de los pasajes para toda la semana siguiente para viajar de Calle Larga a Los Andes, lo que era una gran ayuda, pero como en mi hogar seguía la situación económica muy mala, mi querida y sufrida madre me pedía "prestado" ese dinero para "parar" la olla y después no tenía como devolvérmelo. Al final, tenía que irme casi todos los días a pie hasta Los Andes, 5 kilómetros, con zapatos rotos (le ponía papel de diario por dentro) y de madrugada (cinco y media a seis de la mañana) muchas veces con mi padre, que también iba a buscar trabajo a la ciudad.

Como llegaba temprano, me sentaba en la Plaza de Armas de Los Andes y me ponía a estudiar, esperando la hora de entrada al colegio y disfrutar de ese reconfortante desayuno y, después el almuerzo que me lo servía con ansias, pero

Confieso que he vivido

al mismo tiempo con pena, pensando que ni mi madre ni mis ocho hermanos que vivían con nosotros, tenían esos alimentos, a veces, ni siquiera un pan. Por lo tanto, me sentía injustamente “privilegiado”.

Ahora, ¿por qué esos privilegios? Seguramente porque como los profesores estaban todo el día en el colegio, eran bien tratados, muy respetados y de gran sensibilidad social; nos conocían, eran nuestros consejeros (se decía que el colegio era nuestro segundo hogar). A veces uno sentía como que era el primero, se nos ayudaba a quienes teníamos buen comportamiento. En mi caso, no era alumno de excelentes notas, pero era muy participativo en todas las actividades, especialmente en la actividad del día lunes (acto matinal) en que hacía las veces de locutor o leía un discurso o un poema; a veces, hacía algún sketch. Recuerdo que también fui actor en el grupo de teatro del colegio. En este caso, recuerdo tres obras que me marcaron: la primera por su fastuosidad y más de cien actores, fue “Bernardo O’Higgins”. Aquí se contaba toda la vida y obra del prócer y la presentamos en dos funciones en el Teatro de Los Andes, con la asistencia de autoridades y la *Banda Instrumental del Regimiento Guardia Vieja*. Usamos trajes de la época, y yo hacía el papel de un diputado con levita y una pechera blanca (hecha de papel, por supuesto) y la levita la hicieron nuestras madres con tela de saco harinero la que tiñeron de color negro. La segunda obra fue “El Periodista” que se presentó también en el *Teatro de Los Andes* como culminación de un curso de teatro de invierno dictado por la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile (una profesora me regaló la inscripción en dicho curso). La obra en sí me “marcó”, pues prácticamente era un monólogo en que yo tenía el papel protagónico y consistía en un relato que hacía el periodista acerca de lo importante de su profesión y cómo el periodista con sus informaciones movía al mundo porque él era el único importante, la demás gente eran sólo autómatas que actuaban por inercia. Empezaba así: *-Permítanme presentarme, soy Periodiiistaaaa...-*. La tercera obra que me impactó fue “El Fantasmita Pluff”, que era para niños y fue presentada en varias funciones por el Grupo Experimental de Teatro del Instituto Comercial de Los Andes, (GREXTICLA). La presentamos en el colegio y se refería a la vida de un niño fantasma que vivía en un barco pirata cuyo capitán tenía una pata de palo y un parche negro en un ojo y era muy “malo”, pues perseguía al fantasmita para matarlo y éste se escondía en un baúl. Por supuesto que a mí me correspondió hacer el papel del capitán pirata y debía dar las órdenes a los piratas con voz lo más ronca que se pudiera,

Confieso que he vivido

por ejemplo: *-Leeeven aaanclaass, aalcen las veeelaaas-*. Cuando terminaba la función salía a saludar a los niños asistentes y éstos se asustaban de mi apariencia porque el pirata no quería a los niños.

Sigo recordando... el querido ICLA, en que seguí estudiando. El año 1960 pasé bien el 4º y el 5º. El año 1961 tuve problemas. La enseñanza era muy completa; en 5º año teníamos 17 asignaturas o ramos, clases todo el día de 08:00 a 19:00 horas, (salvo los miércoles y sábado que sólo teníamos clases medio día). Recuerdo castellano, matemáticas, contabilidad, dactilografía, taquigrafía, química, física, productos comerciales, comercialización, filosofía, estadística, derecho usual, legislación comercial, legislación tributaria, derecho del trabajo, entre otros. Como es lógico, sólo nos dedicábamos a estudiar (yo tenía 17 años). De acuerdo al reglamento en quinto año debíamos definir, según las notas, a qué especialidad pasábamos. Teníamos dos alternativas; secretariado administrativo o contador general. Para el primero debíamos tener nota final 6.0 en castellano, 5.5 en dactilografía y taquigrafía (me parece). En cambio, para contador general, debíamos tener 6.0 en contabilidad, misma nota en matemáticas y parece que en estadística y todos los demás ramos nota cuatro como mínimo. Por supuesto, yo cumplía los requisitos para secretariado administrativo, pero “machistas” que éramos pensábamos que eso era para mujeres. Además quería ser contador general y...aquí viene lo lamentable, no me dio la nota en contabilidad ni tampoco en matemáticas, a pesar de tener todos los ramos “azules”. Debía repetir el curso o irme a secretariado, pucha un año más. Por otra parte, perdía todos los derechos de beca de desayuno, almuerzo, movilización y otros. ¿Qué hacer? ¡Hablar con el director! Así lo hice, y una vez más, el querido director y los profesores demostraron su sensibilidad social, su caridad y solidaridad y estuvieron de acuerdo en que a pesar de ser repitente conservaría todos los beneficios, pero debería, además de estudiar, seguir siendo secretario del Comité de Bienestar que financiaban todos los profesores de su sueldo para ayudar a los alumnos de escasos recursos y yo desde mi cargo, discretamente, debería detectar casos similares al mío e informarlos para que les ayudaran. Por supuesto, que la ayuda era de tipo material, nunca en las notas. Además, debía seguir con mi obligación de hacer clases de recuperación los miércoles en la tarde a alumnos de cursos inferiores, generalmente de 1º o 2º año, labor que venía cumpliendo desde hacía dos años.

Confieso que he vivido

Por lo tanto, repetí el 5º, en el año 1962 (Campeonato Mundial de Fútbol en Chile). Pasé con buenas notas a 6º y me eligieron vicepresidente del curso. Pasé a 7º, donde me eligieron presidente del curso. A todo esto, en los años anteriores (desde 5º) nos autorizaban para que durante los recreos realizáramos actividades para reunir fondos para la gira de estudios en 7º. Vendíamos helados y/o sándwich de pan amasado con paté (se nos agotaban en un ratito); hacíamos veladas, presentaciones teatrales; hicimos un baile amenizado por la orquesta de San Felipe *Los Reales* y llenamos el patio y salón del Cuerpo de Bomberos de Los Andes un día sábado.

Finalmente, pudimos en diciembre de 1964 viajar en gira de estudios a la ciudad de Valdivia, que aún conservaba muestras de la destrucción que ocasionó el terremoto y maremoto del año 1960.

Egresé de la especialidad de Contador General -en diciembre de 1964-, pero nunca falta el pero... Ese año en matemáticas nos pasaron los logaritmos y, ¿adivinen? reprobé. Quedé para marzo y ahí sí aprobé y tuve que hacer mi memoria de Tesis algunos años después. Título: "El Índice de Precios al Consumidor".

Pero a estas alturas ustedes se preguntarán: ¿Bueno, y su corazoncito? Aquí vamos... Como yo era muy activo y colaborador en actividades de toda índole, desde participar en actividades artísticas en veladas de la escuela primaria, incluso siendo ya estudiante del Instituto Comercial, pasando por ser dirigente del Club "Húsares" de Calle Larga, tenía el cargo de "concertador de partidos" hasta socio fundador de un club de básquetbol, un club de ajedrez, árbitro oficial de fútbol y otras actividades como ayudar en trámites en la ciudad a vecinos, por lo que llamaba la atención de más de alguna "pendorcha", pero siempre hay un pero... Me duraban poco por mi situación desmedrada sobre todo en el vestir (zapatos rotos, pantalones parchados).

Pero siguen los peros... Como realizaba clases de recuperación de matemáticas a alumnos de cursos inferiores y en el año 1960, un miércoles en la tarde, llego a hacer clases. Los alumnos estaban formados (colegio mixto) y los hago entrar. Una alumna se queda en la puerta, no quiere entrar. Entonces le digo: *-¿Y usted señorita, no va entrar?-. Contesta: -No, porque no vengo a tu clase-. -¿Entonces retírese o la mando a la inspectoría!-. -¡Mándame!-* Así lo hice y la castigaron, parece que con una anotación negativa y citación a la apoderada.

Confieso que he vivido

Por supuesto que esa alumna me tomó odio y quiso vengarse, pues pertenecía a un grupo de alumnas que se creían las lindas del colegio y, además, contaban con recursos y eran amigas de los "carlotos" (niñitos de padres con plata, que vestían a la moda con chaqueta de cuero y algunos tenían motos o motonetas). Estudiaban en el *Instituto Chacabuco*, y tanto ellas como ellos, miraban por sobre el hombro y casi con desprecio a quienes éramos pobres.

En ese tiempo yo pololeaba con una niña menor que yo, humilde, de mi barrio (en esos tiempos el pololeo era solo tomaditas de mano sin que nadie nos viera). Bueno la niña que mandé a la inspectoría me tomó tanto odio que buscó la manera de vengarse de mi afrenta. Incluso hizo una apuesta con sus amigas diciendo que me haría terminar con mi polola, y así ocurrió. Ganó la apuesta y no me miró más (corría aún el año 1960), y empecé a fijarme en ella, pero no pasaba nada.

En el año 1961 con una amiga de ella le mandé saludos y -según la amiga- ella me los correspondía, pero no era verdad. Después me enteré.

Un día salí de un examen al patio (diciembre 1961) y había una sola persona en el: era ella y estaba vestida de luto. Me acerqué y le pregunté que le había pasado. Me contestó que había fallecido su abuelita, por eso no dio el examen. Desde ese momento nos saludábamos hasta que un día (ya transcurría el año 1962), una profesora me regaló dos entradas para un concierto de piano en el Liceo Max Salas, la invité y aceptó, después la fui a dejar cerca de su casa, en el centro y le robé el primer beso.

Esa alumna díscola, esa niña mimada y creída. Esa joven que me miraba por sobre el hombro; esa araña vengativa, aún me tiene en sus redes. El veinte de diciembre del 2015 cumplimos 50 años de casados por el Registro Civil y el 25 del mismo mes, cumplimos los mismos años de matrimonio religioso.

El pololeo en esos tiempos era difícil, los padres, especialmente las madres, no les daban permiso a sus hijas para pololear a tan temprana edad. Ella 16 años, yo 19, por lo tanto, nos veíamos y conversábamos en el patio del colegio en los recreos. No se permitía ni siquiera tomarse la mano. Así transcurría nuestra vida. Durante ese año 1962 del Campeonato Mundial de Fútbol en Chile cuyos partidos, junto a

Confieso que he vivido

amigos, los escuchábamos por la radio que tenía el dueño del almacén del barrio, quien nos autorizaba para que escucháramos frente a su ventana, pero en la calle. La mamá de mi polola se enteró del pololeo de su hija Blanca, por lo que tomó la decisión de cambiarla de colegio.

El año 1963, a contar del mes de enero tuve que hacer el servicio militar. Me había presentado voluntario desde dos años antes y me llamaron en esa fecha hasta mediados de abril al Regimiento de Infantería Reforzado N° 18 "Guardia Vieja" de Los Andes. El primer mes estuve acuartelado, sin permiso para salir, pero ella igual me fue a ver en bicicleta sin permiso, pero su madre se enteró y la castigó.

Para mí el *Servicio Militar* fue muy duro. Como era muy flaquito, la instrucción física que nos hacían era insoportable, pero había que cumplir y bien, so pena de ser castigado, dejándonos sin salida el fin de semana.

En febrero de 1965, más envalentonados porque ya estaba egresado y recién había cumplido la mayoría de edad (21 años), pedí de nuevo "audiencia a mi suegrita" a través de la interlocutora (no muy válida) Blanquita. Ella aceptó recibirme y empezamos a contarle que "como ella sabía", estábamos pololeando y queríamos pedirle permiso para seguir, pero con su autorización.

Nos hizo un par de preguntas sobre si estaba trabajando. Le contestamos que sí (mentirita piadosa) y nos interrumpió e hizo la pregunta que nos cayó como un mazazo: *-Muy bien y... ¿Cuándo se casan?-*.

Por supuesto que ni siquiera pensábamos casarnos, hasta unos tres años más, por lo menos. Bueno, nos miramos con Blanquita y ella, tan impulsiva como siempre, sin consultarme, contestó.

En diciembre de este año, o bien, para la pascua (no me acuerdo bien, por efecto del susto, seguramente), tuve que repetir lo que ella dijo y resulta que ni siquiera hacía la práctica profesional, menos iba a tener trabajo tan pronto.

¡Uf! Qué susto, qué torpe decisión, qué difícil panorama. Fijamos fecha: el 20 de diciembre casamiento por el Registro Civil y 25 de diciembre por la Iglesia Católica,

Confieso que he vivido

Apostólica y Romana. Mi futura suegra, señora T.H.F, nos ofreció financiar la fiesta de matrimonio, con vestido de novia incluido. En realidad era lo único seguro que teníamos.

Pero, ¿por qué diciembre?, se preguntarán ustedes. Porque debía ser dentro del año, además a diciembre faltaban más de nueve meses para que no se pensara que nos casábamos “por apuro”, lo que habría sido muy feo y recibiríamos la repulsa de la sociedad.

Ante tal situación, tuvimos que apechugar. Ella seguía asistiendo a clases (hasta un par de días antes de casarnos), “por el qué dirán” y yo trabajando en cualquier cosa, especialmente labores agrícolas, pero un poco más en la oficina de la Cooperativa Multiactiva que funcionaba en la iglesia de Calle Larga, pero ad honorem (sin sueldo) como ayudante del Gerente. Al mismo tiempo, ayudaba en algunos trámites a los pequeños agricultores que pertenecían al Comité Agrícola, quienes me pasaban algunos pesos para los pasajes hacia Los Andes y algunas monedas sueltas para mí. Paralelamente, le pedí a nuestra profesora señora H.V. que me consiguiera algún lugar para hacer la práctica profesional y me mandó a hablar con un ex alumno con oficina instalada al frente a la Plaza de Armas de Los Andes, F.S. quien me tuvo en su oficina aproximadamente unos dos meses, de abril a junio o julio. No me pagaba sueldo, pero me pagaba los pasajes y me daba el almuerzo en su casa.

En el intertanto, como los amigos agricultores conocían muy de cerca mi situación, uno de ellos, R.C., me contó que un abogado familiar de él se estaba instalando con una oficina en San Felipe, en el edificio de la *Intendencia de Aconcagua* y necesitaba una persona para trabajar. Fui a conversar con él, se llamaba J.B.B. Me dijo que le dejara los papeles que tenía y me pidió otros para que entrara a trabajar el 1 de agosto de 1965 en el cargo de auxiliar para hacer el aseo y abrir y cerrar la oficina que constaba de dos ambientes, uno con piso de madera en el que había que pasar virutilla, encerar y sacudir con un paño. En esos tiempos no conocía San Felipe y me enteré que dicha oficina correspondía al Servicio de Bienes Nacionales, dependiente del Ministerio de Tierras y Colonización y, la jefatura directa nuestra estaba en Valparaíso.

Confieso que he vivido

Inicié mi trabajo el día señalado y mi rutina consistía en abrir a las 08:00 horas, hacer aseo y cerrar a las 18:30 hrs. Al mediodía había un lapso de hora y media para salir a almorzar. En ese horario era imposible ir hasta Calle Larga, no había tiempo porque la movilización era escasa, además que demoraban el doble de ahora porque, entre otras cosas, eran pocos los caminos pavimentados. Por otra parte, sí había dinero compraba algún sándwich y me sentaba en la plaza a servírmelo, o bien, lo hacía en la misma oficina que a esa hora estaba cerrada. Cuando contaba con dinero para el pasaje iba a almorzar a Los Andes a casa de Blanca, total, ya era oficialmente el novio. Cuando ya me hice conocido viajando, junto a otro colega, (Adrián Gómez Martínez Q.E.P.D.) quien trabajaba en una oficina de contabilidad, conversamos con el dueño de una micro que hacía el recorrido Los Andes-San Felipe y conseguimos que nos diera crédito. Viajábamos sin pagar y a fin de mes, cuando nos pagaban el sueldo, le pagábamos los pasajes del mes.

A todo esto, participé en un concurso el que gané, y a contar del 1º de enero de 1966, pasé a la planta administrativa. Además, en diciembre de 1965 conseguí que el Servicio me arrendara una casa “terremoteada” y me vine a San Felipe a vivir con mi esposa.

El primer semestre de 1966 fue muy difícil, pues con el cambio a la planta administrativa, el Decreto se demoró seis meses para que me pagaran el nuevo sueldo.

A pesar de las vicisitudes, en esa casa de la avenida Maipú íbamos construyendo nuestra familia, nuestra prole: Sergio Omar, Hernán Mauricio, María Teresa y Robinson Santiago, a quien lo trajimos de Los Andes para que viviera con nosotros y estudiara en esta ciudad. A pesar de las carencias que teníamos, éramos felices con nuestros hijos en esa casa terremoteada, luchando contra los ratones con muebles hechizos y patulecos que intenté construir. Nuestras entretenciones eran ir a la Plaza, a veces el fin de semana al *Estadio Fiscal* pero, generalmente, los fines de semana nos íbamos donde mi suegra a compartir con la familia y, también, donde mi familia en Calle Larga. Viajábamos de San Felipe a Los Andes en micro, o bien, en tren que era más barato.

Por muchos años fuimos arrendatarios. Fui presidente por más de diez años de una Cooperativa de Viviendas, y el año 1979 logramos nuestra casa propia con subsidio. Al año siguiente (4/8/1980), nació mi hija menor, Carla Alejandra, mi actual socia

Confieso que he vivido

en la oficina. De mis cuatro hijos, tres son contadores y una profesora, magister en Educación. Tenemos diez nietos varones y un bisnieto, también varón.

En el trabajo estaba bien evaluado, todos los años con nota siete, en lista uno de mérito. Éramos muy unidos y trabajadores en ese servicio. Me eligieron delegado de la oficina ante la Asociación de Empleados del Ministerio, por lo tanto, debía asistir a reuniones gremiales. Siempre he sido gremialista, pero más el hecho de haber estado en el año 1973 en comisión de servicio en la Intendencia de Aconcagua, fue suficiente para que en el gobierno de la Dictadura Militar me exoneraran del servicio y quedara cesante. A esas alturas, si bien los sueldos de los empleados públicos no eran buenos, por lo menos teníamos la seguridad de una cantidad que recibíamos todos los meses. Pero, nuevamente volvió la frustración de quedar sin recursos económicos.

Con mi esposa tuvimos que salir a trabajar en lo que fuera. Ya éramos una familia de seis personas, por lo tanto, fuimos comerciantes ambulantes. Salíamos en micro y a pie a los sectores rurales a vender ropa usada que nos conseguíamos, tejidos de La Ligua y otros. Caminábamos mucho. Fueron tres años muy malos, pero con esfuerzo y sacrificio pudimos salir adelante, porque además como ya tenía el título de Contador General, conseguí hacer clases en el mismo colegio (ICLA) que me eduqué durante ocho años. También en CFT y, posteriormente en la *Universidad de Aconcagua*, sede San Felipe, porque el año 1995 entré a estudiar Contador Auditor Vespertino y me titulé en el 2001. Desde ese año hasta el 2013 ejercí la docencia en esa entidad.

Paralelamente, a esta resumida historia de mi vida, he sido dirigente de instituciones de San Felipe, como tenis de mesa, Consejo Local de Deportes, Club Unión San Felipe, Cooperativas de Crédito de Viviendas, Centros de Padres, Club Libertad, Asociación Protección de Menores, entre otros y, por supuesto, he ejercido mi profesión de contador general independiente, con oficina instalada.

El 3 de agosto del 2014 fui distinguido por el alcalde y Consejo Municipal como ciudadano benemérito de la ciudad.

El Colegio de Contadores de Chile, me hizo un reconocimiento por 50 años de ejercicio de la profesión de Contador.

El año 2015 cumplimos 50 años de casados, tenemos cuatro hijos, diez nietos y un bisnieto.

CLUB del
Adulto Mayor





Primer Lugar
Región Metropolitana



Coqueteando con la muerte

Autor:

Juan E. Valenzuela Vargas (80)

Comuna:

La Cisterna

I

No pienso que sea relevante para quienes tomen conocimiento de este relato, pero para mí sí. Es que fue deprimente al abrir la puerta de salida de la casa, me sentí envuelto por un techo cerrado de nubes oscuras y oscilantes, siempre en movimiento y goteando sobre las cabezas; los sombreros y los rostros de quienes sobrevivían en la intemperie. Era el 28 de septiembre de 1973.

Había transcurrido quince días de “el golpe”, igual número de noches y era necesario enfrentar lejos del hogar familiar, para evitar ser detenido por las fuerzas represivas. Ese día completaba una semana alojando en la casa de mi tía quien –a regañadientes– me recibía con retos, señalándome que mis precauciones eran exageradas, pues ella veía en la “tele”, como los personeros del nuevo régimen declaraban que nadie con sus manos limpias de sangre sería molestado.

Confieso que he vivido

Mi tía ya había pasado los sesenta años. Toda su vida la pasó encerrada pedaleando en la máquina de coser confeccionando prendas de vestir para distintas empresas que la retribuían mezquinamente por su trabajo. Sin embargo, ella las consideraba su fuente de vida y a sus gerentes, o representantes, como benefactores que le permitían criar a sus hijas. La mayor, de unos 35 años, ya pisaba congruentemente en las huellas de su madre. Compartía sus creencias, su gratitud por quienes la explotaban y, de vez en cuando, sumaba alguna idea a la serie argumental con que mi tía me impulsaba a presentarme ante las autoridades de facto. Ya había elegido su destino, sería la heredera de su madre, ayudándola en sus quehaceres presentes y dispuesta a asumir la conducción de los trabajos cuando llegare el momento. Un hombre, una familia no aparecían en sus ojos cuando se miraba al espejo. Todo su ser estaba irremediablemente anclado en el pequeño taller de costuras.

Mi otra prima, un par de años menor, había estudiado en un liceo nocturno y contraído matrimonio con un compañero de colegio. Las escasas visitas al lar materno, hablaban a las claras de su alejamiento total del paradigma familiar.

La noche anterior mi tía me había manifestado que, si alguien iba a preguntar por mí, ella no dudaría en declarar mi presencia allí y mi compromiso con el gobierno del presidente Allende, en mi condición de alcalde de una de las comunas importantes de la capital: *-Tú mismo me has contado que, por ser alcalde, tu, como profesor de escuela pública, tienes derecho a seguir cobrando tu sueldo aunque, te encargues sólo de la municipalidad-*.

-Así es-, le respondí. *-Bueno, entonces, ¿cuál es el problema? Tú no mataste a nadie, no escondiste alimentos, nada fuera de la ley. Ya está bueno que te presentes ante los militares-*.

Recordaba ese ultimátum de la hermana de mi madre, la misma que me regalaba "un cinco" para comprar un tritón, cada domingo cuando nos visitaba en las campiñas de La Cisterna y la acompañábamos con mis hermanos a tomar un tranvía para su regreso.

De pie en la acera norte de la calle Copiapó, en Santiago, dirigí la mirada hacia la izquierda. A media cuadra, en Santa Rosa, se veían los portones del regimiento

Confieso que he vivido

de tanques, el mismo que había protagonizado el alzamiento frustrado del 29 de junio de 1973. Ahora, se veía protegido por un gran contingente de guardias y numerosas patrullas recorrían los sectores aledaños.

Caminé en dirección a la calle San Diego para dirigirme a Buin. Allí estaba la Dirección local de Educación, servicio del cual dependía la escuela rural de Culitrín, donde yo era el director.

Las nubes continuaban con sus amenazas, mientras en mi interior una profunda inquietud me embargaba. ¿Con qué realidad me encontraría en la oficina?

Subí al bus y, cosa extraña, encontré asiento libre. Desde allí observé a los otros pasajeros, todos cabizbajos, mirando el piso y en completo silencio, como si un yugo incommensurable e invisible hubiese abatido las frentes de todas esas personas, sencillas en su mayoría. El viaje se desarrolló con altibajos, varias veces fue interrumpido por detenciones para que grupos de militares armados observaran a los viajeros, aunque sin bajar a ninguno.

A escasa distancia de la plaza de Buin se encontraba la oficina de Educación. Descendí del bus y me dirigí a ella, me detuve frente a la puerta y bajé el escalón que lleva a esa especie de subsuelo donde funcionaba la repartición. De inmediato, divisé al inspector escolar nombrado por el gobierno derrocado. Sentí un gran alivio pues empezaba a sentirme, al menos, junto a personas de mi sector. No obstante, con gran sorpresa divisé de pie en un rincón de la oficina con los brazos cruzados y expresión hierática a la monja Mariana. ¿Quién era esa mujer? Ya lo diré más adelante.

-*Buenos días, señor inspector*-, dije mirando al funcionario. Este, irguiendo su cabeza, como reconociéndome, sin contestar a mi saludo, murmuró: -*Ah, es usted señor Valenzuela, un momento*-. Cerró el cuaderno en que estaba anotando y se dirigió raudo a las dependencias interiores. Sugerentemente, la monja Mariana se apresuró a partir tras él.

Experimenté un extraño sentimiento de duda al ver esta insólita confluencia. Una especie de frío en las vertebras, pero ajeno a la helada temperatura ambiental compartida con una señora de aspecto muy humilde que, sentada en un banco de madera se asociaba conmigo, como únicos actores de ese drama de la espera por respuestas que podrían ser vitales.

Confieso que he vivido

Prometí dar a conocer a la monja Mariana. Estuve casado y nacieron tres hijos: dos niñas y un niño. Quebrada la vida familiar, el tribunal me entregó la tuición de mis hijos. Imposibilitado de atenderlos en mí casa durante los días laborales y atendiendo a las buenas referencias que escuchaba sobre el internado para niños de La Paloma, ubicado en las cercanías, para que estudiaran allí de lunes a viernes. ¿Quién dirigía el internado?: ¡La monja Mariana! A su cuidado entregué a mis hijas durante dos años. Ellas me hablaban de tratos crueles increíbles. Después de saber sus conductas pienso que las niñas decían la verdad.

Como consecuencia de la municipalización de la Educación Pública esta persona fue nombrada directora de Educación de la comuna de Paine.

II

No habían transcurrido más de diez minutos desde que el inspector y la monja desaparecieron tras los anaqueles colmados de archivadores y cuadernos, cuando la pequeña puerta de entrada a la oficina se abrió de un golpe. Con gran estrépito apareció una figura ancha que no lograba introducirse en la sala, pues el tamaño de su metralleta, el volumen de su bandolera y el espesor de sus atavíos lo frenaba. Pero, lo que más impresionaba eran sus ojos enrojecidos y los espumarajos en las comisuras de sus labios. La expresión de aquel rostro, más que maduro, era la síntesis del odio incontenible, delator de la presencia de afanes destructivos contra quienes no se sometieren al nuevo régimen.

-*¡Entréguese prisionero de guerra!*-, me espetó furibundo. Yo era, sin duda, el destinatario de la encendida frase.

-*Yo no estoy en guerra con nadie*-, le respondí. -*Sólo he venido a recuperar mi puesto de trabajo, como lo estipula la ley*-.

El oficial se movía de un lado a otro furioso al no poder entrar pero logró, al menos, acomodar su metralleta de manera que pudiera apuntarme.

Confieso que he vivido

-No crea que me va a empalicar con sus palabrerías. Ustedes los de la Unidad Popular son campeones para engañar y decir mentiras a la gente. Pero a las Fuerzas Armadas no nos van a hacer lesos. Así que vamos andando. Estamos en guerra con ustedes-

Al moverse el oficial, dejó ver a varios otros carabineros integrantes de la patrulla que lo acompañaba desde la vereda, sin posibilidad de acceso al recinto. Todos portaban carabinas Mauser e impresionantes fornituras.

Sin prisa, accedí al escalón de ingreso y luego los policías me rodearon apuntándome con sus vetustas carabinas y me hicieron subir a una camioneta descubierta, con una tabla adosada a la cabina en forma de asiento. Allí me instalaron, sin decir palabra, y ellos se ubicaron en los bordes de la carrocería. Ante una orden del oficial, todos me encañonaron. Luego, el Jefe, al sentarse, a guisa de copiloto en la cabina, gritó al conductor: *-¡A Lonquén!-*

Ese nombre significaba muy poco para mí, sólo una zona campesina con muy pocos habitantes. Allí había ido yo, algunas veces, a jugar fútbol dominguero con (no contra) algún club local, con el compromiso de que ellos nos devolverían la visita. En toda ocasión, el anfitrión, al margen del resultado deportivo, "atendía" al visitante. Sólo había en mi conciencia recuerdos de excelentes comidas, canciones y sana convivencia con los lugareños. Jamás, ni por asomo, pasó por mi imaginación una sombra de las increíbles bestialidades, de los horrendos tratamientos a los trabajadores de esa y otras zonas aledañas que perpetrarían los esbirros de la dictadura.

Resignado a mi suerte, escuché la partida de la camioneta y los bruscos balanceos en el camino. Vi que enfiló hacia la plaza de Buin para tomar el sentido de marcha hacia Lonquén. Empezamos a tomar la vía de acceso al camino y, cuando estábamos por dejar la plaza, sorpresivamente apareció un vehículo, parecido a los actuales furgones escolares, que se interpuso en la marcha. De él bajó un militar joven, sin distintivos de grado, quien se acercó a la camioneta y preguntó: *-Oiga, señor, qué pasa. Veo que usted lleva a una persona detenida y con un despliegue de fuerza como si fuera un enfrentamiento. Cosas como esta hacen mal a la imagen del gobierno-*

Confieso que he vivido

Iracundo, mi captor le gritó: *-¡Llevo preso al alcalde de San Miguel y esta gente es muy peligrosa!-*

En tanto, cinco soldados bajaron del vehículo militar premunidos de grandes armas automáticas y se situaron detrás del militar, como para respaldar sus asertos.

Al escuchar ese diálogo, me puse de pie, aparté los cañones de las carabinas y grité: *-¡Yo no soy alcalde de San Miguel, soy de La Cisterna!-*

Ante esto, el militar se me acercó y preguntó: *-¿Cómo dice señor, usted no es alcalde de San Miguel?-*

-No señor, soy de La Cisterna-, respondí.

-¿Qué hace por acá entonces?-

-Sucede que soy director de la escuela de Culitrín y, según, la ley, debo retomar mis funciones. Por eso me presenté a la Dirección de Educación-

Sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación, el militar volvió junto al jefe de los carabineros y lo conminó: *-Señor, usted ni siquiera sabe a quien lleva preso-*

-El prisionero, como usted lo llama, es alcalde de La Cisterna, no de San Miguel y es director de escuela en esta zona ¿Usted piensa investigarlo como profesor o como político?

-Como político, bramó el interpelado-

-Ah sí-, repuso su interlocutor. *-Si es investigado como político, eso le corresponde a los aviáticos, pues La Cisterna está en su zona. Nosotros nos hacemos cargo del prisionero y lo enviaremos donde corresponde-*

Luego, dirigiéndose a mí: *-Señor tenga la bondad de bajar. Nosotros lo llevaremos a que clarifique su situación-*

Confieso que he vivido

No me hice repetir la invitación, de un salto estuve en el suelo y me cambié de vehículo.

Los militares, que habían escuchado la conversación, me trataban con respeto y hasta con afecto, tratando en todo momento de hacerme sentir bien.

III

Después que la camioneta se hubo alejado, también nos pusimos en marcha. Entonces supe que nuestro rumbo era la Escuela de Infantería de San Bernardo. Como vehículo del Ejército, pasábamos los puntos de detención sin problemas. Llegamos a la altura de la maestranza de San Bernardo. Nos detuvimos, pues había allanamiento del recinto y el tránsito vehicular era muy intenso. Superada esta demora, en pocos minutos llegaríamos a las proximidades del regimiento. Tras un breve conciliábulo entre el oficial que se veía como jefe y otro uniformado que lo trataba con evidente respeto, este último fue caminando hasta la puerta del edificio militar y tardó algunos minutos en regresar. Cuando lo hizo, dijo al que mandaba: *-Ya se fue (y dijo un nombre que no entendí) así que se puede entrar-*. Efectivamente, en la guardia, nuestro vehículo se detuvo y fue inspeccionado por los efectivos en servicio. Antes de ser preguntado, quien comandaba nuestro grupo explicó: *-Este civil que viene con nosotros. Es un director de escuela quien necesita esclarecer su situación laboral. Como no tenemos información sobre eso, lo trajimos hasta aquí-*.

Él se acercó a nosotros en forma "voluntaria" y recalcó la última palabra. Entramos en el patio de la Escuela de Infantería. El propio militar me condujo hasta el interior del edificio y, al final de un corredor con salas en ambos lados, me hizo pasar a una pequeña oficina donde había un escritorio, una silla y un estante con libretas y papeles sueltos, además de una especie de pequeño sofá.

-Espere aquí-, me dijo con voz tranquilizadora. *-Voy a cerrar con llave por su seguridad-*. Acto seguido, alzó su mano en breve saludo y se retiró. Desde el interior, escuché el graznido de la llave girando en la chapa desaceitada y, quizás, mordida por el óxido.

Confieso que he vivido

Me dejé caer sobre el sofá y empecé a reflexionar sobre los últimos episodios de mi vida, pero sin dimensionar los tremendos alcances que podrían tener en mi futuro inmediato. No sé cuánto tiempo estuve tratando de ordenar mis pensamientos, pero de ese estado me arrancó violentamente un gran estrépito en el corredor: ruidos de carreras, imprecaciones, choque de cuerpos contra las paredes, lamentos, etcétera. Súbitamente, una voz estentórea dio una orden. Todo quedó en silencio. Así pude escuchar cómo se abría la oficina contigua a aquella donde yo estaba y una voz autoritaria gritando: *-¡Pase el primero!-*

Entre quejidos, algunos sollozos y ruido de golpes muy recios contra las paredes:

-¿Dónde están las armas? Contesta baboso, o te vamos a moler las bolas-.

Una voz desfalleciente respondió: *-No habían armas en la maestranza. Teníamos las herramientas para nuestro trabajo de arreglar los trenes-*.

-Dime la verdad, pobre mierda, ¿dónde están las armas, quiénes les enseñaban a manejarlas-.

Golpes, gritos de dolor, insultos procaces para bajar la resistencia anímica, etc. Y luego, la decisión, dependiendo del tenor de las respuestas o del talante del interrogador. Lo más frecuente era *Cerro Chena*, es decir, el prisionero era enviado al centro de reclusión en el cerro de ese nombre. Otro destino era el Estadio Nacional y el de otros, sólo se sentía el arrastrar de cuerpos por el suelo. Esto se repitió por horas y horas.

Era el tiempo en que se incubaban la *Caravana de la Muerte*, el *Plan Z* y tanta otra iniquidad contra quienes estuvieron por la dignidad nacional, el derecho a que los chilenos disfrutaran de las riquezas de su tierra y por una democracia justa y verdadera, con igualdad para todos los habitantes.

Por lo vivido y escuchado desde mi encierro, pasadas varias horas, sólo vi oscuridad y me quedé dormido. Desperté por la luz de una linterna sobre mis ojos. Ante mí, estaban unos conscriptos, me llevaban café y pan con queso. Me dijeron: *-Lávese la cara, el oficial necesita hablar con usted-*. Les di las gracias e hice lo que me

Confieso que he vivido

dijeron y los seguí hasta la oficina respectiva. Era el mismo que me había rescatado de manos de Carabineros cuando me llevaban hacia las minas de Cal de Lonquén. Me miró con simpatía y ordenó retirarse a los soldados. Se puso de pie y me dijo: *-Señor, aquí no podemos hacer nada por usted, vaya usted mismo al Ministerio de Educación para que le informen. Lo acompaño a la puerta-*.

Salimos y cerró detrás de sí, y caminamos hacia la salida de la Escuela de Infantería. Allí, donde nadie podía escuchar nuestro diálogo, me confidenció: *-Sepa, por favor, que aquí en las fuerzas armadas no todos estamos de acuerdo con lo que está pasando, pero no podemos hacer más, usted sabe el por qué-*. Asentí con mi cabeza y estreché con fuerza su mano tendida. En ese apretón expresé mi gratitud imborrable por haber salvado mi vida de la muerte horrible a que me habían condenado burócratas desleales, religiosos hipócritas y cancerberos desquiciados.

Al dejarme en la salida, el oficial de nuevo me dio la mano y reiteró: *-Que le vaya muy bien señor, pero yo, si fuera usted no iría al Ministerio, ni a ninguna parte, pues la cosa viene durísima. Buena suerte, señor, somos todos chilenos-*.

Empecé a caminar el par de cuadras que distan desde mi prisión momentánea hasta la vía donde pasaba la movilización colectiva hacia el centro de Santiago, dudando, sin poder evitarlo, que estuviera liberado. Habíamos tenido información de la Ley de Fuga, en que se hacía caminar al prisionero y que se le asesinaba por la espalda, pretextando un intento de fuga. Todos mis sentidos aguardaban el efecto de una bala por la espalda.

Después de ese nuevo coqueteo con la muerte, llegué a la vía pública. Las murallas de concreto me protegerían de las balas. Incrédulo, retrocedí y mire hacia el Regimiento. Las veredas y la calzada estaban desiertas. Sólo entonces, creí.



Primer Lugar

Región del Libertador General Bernardo O´Higgins

Compases de tango

Autor:

Filiberto Contreras Martínez (81)

Comuna:

Rancagua

Recordar es volver a vivir. Detenido en los umbrales de nuestros años dorados vamos con esfuerzo evocando el pasado antes que se diluyan como la niebla, por los caminos del tiempo.

Por la década de los 40´s, Rancagua era una estrecha ciudad de no más de 50 mil habitantes. En este crisol social se fundió una sociedad activa y pujante. Con hombres trabajadores de campo, la industria, comercio; intelectuales, políticos y poetas, que le fueron dando una personalidad propia a este Rancagua que nos vio nacer.

En el Rancagua de mi infancia me recreo en la evocación para encontrarme en la pieza que era mi hogar cuya alma la constituía mamá, y quien la arrendaba en un cité en la calle Cáceres 640. Éste era un barrio popular con pequeños boliches, carbonerías, verdulerías y uno que otro depósito de vino (fábrica de curaos). La calle era de tierra con veredas de piedra, polvorientas en verano y un barrial en invierno.

Confieso que he vivido

Como niño yo tenía mi propio mundo, sin preocupaciones, salvo la responsabilidad como estudiante. Era alumno de la escuela que hoy se llama *Francisco Tello Gonzalez*.

Además de ayudar a mamá en tareas pequeñas y algunos mandados, estaba próximo a cumplir nueve años. De mi papá poco puedo decir, ya que por ese tiempo estaba separado de nosotros. Por ello, entre mamá y yo crecían fuertemente los lazos de amor filial. Mamá trabajaba como pantalonera en la *Sastrería Ocariz*, que se ubicaba en Independencia, frente al pasaje Cillero. Gracias a esto nos sustentábamos, pero mi mamá tenía que sacrificarse más allá de sus límites. Lo cierto es que éramos felices. Contaba con su afecto y cariño y yo correspondía con afecto y obediencia.

En ese tiempo teníamos clases todo el día: en la mañana de 09:00 a 12:30; en la tarde de 14:00 a 17:30 horas.

Para mí, ya a las nueve de la noche el día estaba terminando y había que ir a la cama ya que a las diez de la noche se suspendía la luz eléctrica. En cambio para mamá aún no tenía fin. Mamá continuaba su labor de costurera usando una vela. Lo cierto es que yo me dormía con el acompasado traqueteo de la máquina de coser y el tarareo de un tango que mamá muy calladita entonaba acompañando su vigilia, que por algunas horas más la tendrían ocupada terminando su labor.

Al despertar al día siguiente, mis sentidos percibían el aroma de carbón recién encendido. Sobre la parrilla, en el brasero, los tiestos hirviendo con la tetera del té, el agua, el lechero, todos lanzando al espacio sus aromas los que se unían al pan recién horneado y que, al evocarlo, vuelvo a sentir.

Mamá estaba de pie preparando el desayuno y sobre el respaldo de una silla un pantalón perfectamente planchado, listo para ser entregado. Su vigilia estaba ahí, en una labor terminada que, camino a la escuela, entregaría en la casa particular del Sr. Ocariz, patrón de mi mamá.

Como juegan los recuerdos en la mente, los sentidos se muestran activos al impulso de la evocación.

Confieso que he vivido

Es entonces que vuelvo a ver la luz mortecina que irradiaba la vela, sentir el traqueteo de la máquina de coser, el tarareo de mamá de su tango preferido que creara un ambiente especial que llegaba a mí en medio de la placida penumbra penetrando y anidándose en mi ser, conformando una plañidera melodía que niño alguno a podido disfrutar antes de dormirse.

Me gusta el tango, lo disfruto. Quizás, por sentir esa dulce y agradable sensación de estar cerca de mamá en aquella humilde pieza, que era tan mía cuando era mía mi vieja.







Primer Lugar
Región del Maule



Camioneros de antaño

Autor:

José Raimundo Gaete Verdugo (72)

Comuna:

Cauquenes

Allá, por el año 1974, nos encontrábamos trabajando en el fundo “*El Guindo Mangarral*”, camino a Quirihue, sector sur de la provincia de Cauquenes. Ahí estábamos ejecutando trabajos de saneamiento del camino; realizando salidas de agua por la proximidad al invierno ya que en esta zona cuando llueve hace estragos en los caminos de tierra. Ese día hubo un cambio de clima muy raro: a las diez de la mañana empezó a llover de forma torrencial y, después de almuerzo, comenzaron los truenos y relámpagos por lo que decidí regresar a las 16:00 horas, aproximadamente.

La lluvia insistente y caudalosa no dejaba que el limpia vidrios del camión trabajara normalmente, por lo que el conductor del camión no tenía visibilidad para manejar. Al llegar al terraplén, en el sector del Tequeral, el chofer -Don Aroldo Silva-, me dijo que la corriente del agua corría el camión de la calzada, a lo que atiné a decir: -*Acelere compadre, acelere*-. Logramos pasar medios atravesados con el camión, pero logramos entrar al puente *Tequeral* (próximo a Cauquenes) con dificultad, debido a lo angosto y antiguo.

Confieso que he vivido

Al llegar a Cauquenes nos esperaba la jefatura provincial, quien nos ordenó cargar sacos con áridos en el monte redondo (calichera cerca de Cauquenes), y llevarlos al camino Cauquenes a Chanca por la vega, sector puente el vertedero, debido a que se había producido un socavón de peligro para el puente.

Después de observar el inmenso caudal de agua que vaciaba la compuerta del tranque y chocaba en forma espectacular en el *Puente El Vertedero*, parados en un extremo le dije a los "Robertos" Ávila y Cortés: *-Salgamos de aquí luego-*, porque la vibración que se producía hacía presagiar que el puente no resistiría mucho.

Fue así que salimos de ese lugar y los convidé con señas a revisar el terraplén del tranque. No se podía hablar debido a que el torrente del agua producía un ruido estruendoso y no dejaba oír. La idea de revisar la cortina del tranque era importante, ya que si se producía alguna fisura en el terraplén debíamos avisar a Cauquenes.

Cuando estábamos sobre la cortina del tranque, una gota de agua entró en mi oído derecho y con la fuerza del viento penetró tan fuerte que pareció que este había explotado... cosa curiosa. Sucesivo a esto, sentí otro ruido espantoso, se había reventado la compuerta del tranque y el puente sucumbió debido a la fuerza del agua...el no haber salido oportunamente habría provocado ser arrastrados entre los bloques de cemento y fierros.

En Cauquenes el pánico era terrible ya que por alto parlante se avisaba que los habitantes de las partes bajas de la ciudad debían abandonar sus hogares y subir a la parte alta de la ciudad, donde estaba la iglesia San Alfonso y el lugar del galpón que se utilizaba como sala de teatro.

La lluvia era torrencial. Hasta las partes altas, sin escurrimiento de aguas, estaban inundadas. Para qué decir las bajas: el río Tutuvén y el Cauquenes con su máxima capacidad, se había desbordado hasta las vegas y, también, había inundado a las bencineras *Copec* y *ESSO*; las calles Carrera, San Martín, y Villalobos, en sus partes bajas, estaban todas inundadas. *El Rucaray*, un restaurante, tenía un metro de

Confieso que he vivido

agua. Cauquenes estaba aislado: los terraplenes, el puente Cauquenes, Tutuvén y Quella, socavados y con peligro de pérdida, pero resistiendo.

Ya de noche, en el sector de Purapel, los agricultores despertaban con el agua sobre sus camas y los productos agrícolas mojados en sus graneros; el ganado y los cerdos ahogados, las aves en los gallineros observando el paso del agua, ya sea desde los árboles o arriba del tejado de las casas... era impresionante ver cómo flotaban en el agua los animales que no pudieron salvarse. También quedaron viviendas en el suelo debido a que se remojaron los oriundos, lo que impidió posteriormente habitarlas.

La Gobernación y la Municipalidad de Cauquenes dispusieron la entrega de casas prefabricadas y la Dirección de Vialidad Provincial aportó con un camión para su traslado y un equipo de operarios, un maestro y un capataz para realizar el levantamiento de estas viviendas de emergencia.

Bajaron las aguas. Todo volvió a la normalidad tan rápido como cuando empezó este torrencial aguacero, pero había una inmensa preocupación de la autoridad ya que el camino de Cauquenes a la costa estaba interrumpido hasta Chanco, Constitución, Pelluhue, Curanipe y Tregualemu (toda la zona costera).

El camino Cauquenes a Chanco y Constitución era intransitable. La jefatura Provincial y Regional solicitaron al nivel central (Santiago), una Comisión para que realizara los estudios pertinentes para generar una alternativa vial a la costa por Tabolguen (puente Tutuvén).

Realizaron una poligonal, la que me fue entregada para ejecutar la construcción del camino anhelado, el que sería por la pre-cordillera costera y aprovechando sectores del camino antiguo. Muy importante fue la donación de los terrenos por los propietarios, en toda su extensión del camino: Sr. Mario Lavín, Sr. Fernando Seguy, Sr. Guido Pozo, Sr. Juan Canales, Sr. José Villa Nueva, Sr. José Canales, Sra. Fresia Urrutia, entre otros anónimos que con su donación aportaron dar solución al país y al retraso de la comunidad de la Provincia de Cauquenes.

Confieso que he vivido

Para mí fue una responsabilidad de suma importancia el haberme designado como el encargado de la construcción de dicho camino. En la totalidad de su longitud, la Dirección de Vialidad recibió del MOP todo lo necesario para construir el camino programado.

Todo fue muy comprometedor. En ese entonces, mi jefe directo, Don Atilano Aravena Hernández, me comunicó que tenía instrucciones que entre los meses de abril a mayo del año 1974, este camino debía inaugurarse, así que había que cumplir con lo encomendado y... a trabajar.

El jefe provincial era Don Carlos Pinochet Horby; en el mando medio estaba Don Jorge Gerbier Marín; a cargo de la maquinaria provincial, el Sr. Luis Ramírez Pastene. Vialidad tenía sección de maquinaria completa, mecánicos diesel y bencineros, tornería, fragua, etcétera.

El tener cuatro bull-dozer rusos, un michigan frontal, más un td-8brasileño, y con operadores decididos a demostrar su experiencia adquirida en relación a la construcción de caminos, más los ayudantes de operadores quienes habían realizado cursos de especialización en Santiago, sólo me quedaba armar una logística de trabajo que fuera estratégica debido que no contábamos con camiones tolvas para algunos sectores. Fue así que este nuevo camino quedó en un alto porcentaje en terreno apropiado producto de su dureza y, cuando no teníamos material para terraplenes, tuve que recurrir a la estrategia de subir algunos bull-dozer al cerro y bajar material del costado del camino para confeccionar los terraplenes deseados. Todo gracias al cuidado y astucia de los operadores de no desplazar las orugas de la maquinaria, porque una pana de esa naturaleza no nos permitiría avanzar... y el tiempo corría apresuradamente.

Fue así que, inexplicablemente, me encontré con todo el tránsito de vehículos que iba a la costa ya que lo habían desviado del camino Cauquenes a Chanco, al camino en construcción Tabolguen puente Tutuven debido a que se había iniciado la tan anhelada noticia de la construcción del puente *El Vertedero*.

Confieso que he vivido

Aproximadamente, en la mitad del camino, fuimos invadidos por los veraneantes. Además, por la novedad, aparecieron periodistas, informadores radiales y otros señores. Para ello la solución era destinar un bull-dozer para construir accesos improvisados de salidas para el tránsito en diferentes puntos del camino, y quien estuvo a cargo de esto fue el operador Don Ambrosio Alarcón Peña, quien cantaba el tema de Roberto Carlos, *Un millón de amigos*. Gustoso los guiaba con una huella hasta salir del camino en construcción:

Donde dormíamos y nos alimentábamos fue en la casa de Don Fernando Seguy, (nuestro campamento). Alrededor de 20 personas dormíamos en catres de campaña. Un operario nos preparaba la comida: Don Miguel Vergara Sanhueza, quien nos mantuvo alimentados y sanos a todos los obreros permanentes y que, por nuestra calidad de planta, nos sentíamos orgullosos de realizar esta obra.

Don Mario Lavín tenía un criadero de aves fabuloso en un galpón gigante, donde también mantenía la producción del vino y chicha de uva de su cosecha, en grandes pipones de madera. Además tenía un criadero de cerdos el que nos parecía muy divertido, porque veíamos a los cerdos tambalearse después de haber consumido los orujos (lo sobrante del racimo de uva después del proceso del vino). También, no faltaba la garrafa de chicha dulce con harina tostada; los pollos, los huevos frescos, las verduras y las frutillas de la huerta de la Sra. de Don Humberto y los pavos, que en alguna ocasión especial aparecieron.

No crean que no tuvimos inconvenientes. En alguna oportunidad unas rocas inmensas obstaculizaban el avance del camino. Fue así que con la fuerza del poder de dos bull-dozer las desplazábamos y, algunas rocas, tuvimos que tronarlas con explosivos. Estos trabajos lo realizaron los operarios Juan Parra Quero, Remigio Leiva (de ayudante), Don Ornar Gutiérrez Cáceres, quien fue supervisado por mi. Lo más complicado fue que al llegar a la propiedad de Don José Villanueva Gaete, un piso de roca en la calzada del camino, el bull-dozer michigan reventó una pieza del cardan y se paralizó en la calzada. Por otro lado, el repuesto no se encontraba en las bodegas de la Dirección de Vialidad de Cauquenes y había que solicitarlo al extranjero. Con la panne del bull dozer significaba paralizar las obras lo que atrasaría el proceso y... llegaría el invierno.

Confieso que he vivido

Don José Manuel Pérez Escalona, hijo de camionero y a los 28 años operador experimentado en construcción de camino (y compadre de palabra), le encargué la misión de iniciar la faena: abrir con un bull-dozer ruso con pala de 4.50 metros de ancho, casi sin frenos. Conjuntamente le solicité a los operadores Luis Ibáñez Carrasco, de la comuna de Chanca, y Alfredo Mora Henríquez, iniciar el trabajo de construir el corte; maquinaria, inteligencia y la madre naturaleza. La demás maquinaria estaba distribuida en distintos sectores y, el bull-dozer americano, a la espera del repuesto para entrar en acción.

Casi en la mitad del corte en construcción y después de dos semanas, llegó el repuesto tan esperado y los expertos mecánicos se pusieron a trabajar. Osvaldo Codocedo y su equipo de ayudantes: el operador Osvaldo González, trabajaba el bull-dozer frontal con un rendimiento extraordinario, como asimismo los demás operadores. En esta faena, la Dirección de Vialidad perfeccionó a los ayudantes (que después fueron operadores titulares): Eloy Faúndez y Manuel Urrutia, quienes trabajaron en el nivel central y regional a través del país, de norte a sur.

El equipo de maestros de alcantarillas de fe corrugado tenía que avanzar con gran rapidez en sus trabajos o serían alcanzados por el equipo de maquinaria. El armado de tubos corrugados hasta dos metros de diámetro era complicado. Todo se hacía a mano sin apoyo de maquinaria como, asimismo, la carga y descarga de los materiales, y también el roce y despeje de la faja. El estancado se realizó con sólo una huincha de 20 metros y dos ayudantes. Cuando llegamos al camino de Chanca por la vega, sentimos más que satisfacción personal; estábamos orgullosos por lo realizado, pero teníamos que volver a terminar 3 kilómetros.

Recibí en esa época la visita de Don Jorge Gerbier Marín (Q.E.P.D). Mi función era Conductor de Obras las que Don Jorge fue a visitar para hacerme entrega de los planos del camino, y me dijo: *-Si te sirven para lo que queda de trabajo, utilízalos-*. De algo sirvieron, porque el trazado tuve que cambiarlo, al igual que en tramos anteriores.

Confieso que he vivido

Como pernoctábamos a las orillas del tranque Tutuvén y la casa de Don Fernando Seguy estaba como a 100 metros de distancia, en dicho tranque quedaron pozones profundos y los operadores Chanquinos y Cauqueninos, quienes eran pescadores experimentados, y como una manera de acortar las noches pescaban pejerreyes de hasta de 50 centímetros de largo, los que eran saboreados en las comidas o al almuerzo.

Resultado de todo este relato, construimos un camino en tiempo récord...nos comimos todos los pollos de Don Arturo Lavín, tomamos toda la chicha, nos hicimos de grandes amigos y amigas y, para más, las autoridades de aquella época nos hicieron una cena en reconocimiento a la labor realizada...todos contentos en la Provincia de Cauquenes.

Por intermedio de este relato, con 51 años de servicio en la Dirección Provincial de Vialidad de Cauquenes, rindo un homenaje a los camineros de antaño, los que la mayoría están fallecidos y dieron gran parte de sus vidas al Ministerio de Obras Públicas con esfuerzo y lealtad, ¡Viva Chile!







Primer Lugar
Región del Biobío



Diez años de retraso

Autora:

Elena Eugenia Muñoz Osorio (71) "Elenwal"

Comuna:

Chillán

Lejos un aullido de perros hostiliza el silencio de la madrugada.

En la noche otoñal, amarillenta y fría la carretera avanza a lo largo de kilómetros, ondula, trepa y desciende en una inacabable y retorcida faja de cemento bruñido. Los árboles que la bordean gimen su inminente desamparo invernal y en las cunetas se apilan, a copia de remolinos, las hojarascas; a intervalos largos se divisan las vacilantes luces de algún hogar campesino. A esa hora, la carretera sin mucho tránsito de rodados, conmueve esta soledad.

Hernán va dejando atrás pueblos y ciudades dormidas ya... Temuco, Gorbea, Loncoche, Lanco, Los Lagos...Mira obstinadamente hacia afuera como si viera pasar por el aire nítidas y precisas, todas sus efemérides, todos sus acontecimientos. El pasado se le incorpora con todo lo que tuvo hasta ahora, de desaliento y de fe, de coraje, de renuncia y de triunfo, intenta a tirones que sea recordar, repasar, reconstruir... Dentro de la mente, se dice, cabe todo, recuerdos de lo que vivió y sintió en estos diez años de matrimonio.

Confieso que he vivido

Suave, blando, rítmico se oye el latido del motor ¡Noble compañero! Allí dentro de la cabina se siente bien mientras sus manos conducen por inercia aquella tremenda mole.

La luna allá arriba platea esta inmensidad callada y quieta, soñolienta y triste, sobre la misma desoladora y fría soledad de la carretera.

Imposible parar el pensamiento a pesar del dolor que se siente en la espalda después de tantas horas manejando...quisiera dormir y no pensar ni recordar ¿Fueron estos largos años de llegar esporádicamente al hogar que enfriaron el amor? Ignora el tiempo que transcurre, tiende el brazo buscando sus cigarrillos, mira hacia afuera para no mirarse así mismo, no consigue (ni lo pretende) deletrear el mañana, desde hace unos meses sabe que el mañana es incierto, ya no se pregunta por qué y hasta cuándo durará esta agonía, únicamente se pregunta cuál y cuánta es la culpa que le corresponde para llegar a esta ruptura.



Confieso que he vivido

Mira la noche, mira la carretera y se dice que esta noche es igual a las últimas cien noches, vividas como cien eternidades, tratando de entender la verdad de la separación.

-*La vida, nada más que la vida*-, murmura con una voz que sólo el oye. Se pregunta si no erró el camino, cuenta sus años e intenta adivinar los que le quedan... aún le quedan años para enmendar el camino: -¿solo? ¿él solo? no, ¡solo no!-, porque la soledad es un sueño sin alas.

Recuerda a su hija con emocionada esperanza y se dice que el hombre, como el árbol, retoña y una sola idea germina ahora... ¡llegar! Únicamente si llega se convertirá en camino fácil el camino de regreso, sólo si llega podrá seguir alimentando sus sueños, este sueño con diez años de retraso.







Primer Lugar
Región de La Araucanía



Años de infancia: empezando a ser; entre proyectos en guerra y paraísos perdidos

Autor:

Jorge Hernández González (75)

Comuna:

Temuco

Antes de nacer

Antes de nacer está la historia de otros, otros que permitirán que nazcas a la vida, seguramente llenos de incertidumbres y esperanzas sobre el nuevo ser: tus padres, los padres de tus padres y todos aquellos que construyeron materia sobre materia, idea sobre idea, con cantos, poesía, risas y dolores el mundo que yo iba a recibir o que debía recorrer. ¿Qué mundo era ese? A 75 años desde entonces, veo grandes desastres y desencuentros humanos: terminaba la Guerra Civil de España con el grito atroz de Guernica y sus miles de derrotados muertos o exiliados. Y antes de salir de ese espanto, toda Europa se desangraba de nuevo y el Océano Pacífico estallaba isla tras isla. Hitler, Mussolini, Hirohito por un lado; Stalin, Roosevelt, Churchill por el otro. Pero yo nacería en Chile, físicamente lejos de estos desastres, mas, sufriendo igual las miserias de la guerra y esa batalla

Confieso que he vivido

entre los dogmas que tenían como lema o “el crecimiento de la riqueza de las naciones, a través del liberalismo económico”, o “la sociedad nacional-socialista del Reich de los 1000 años” o “la Tierra, como paraíso de toda la humanidad sin la explotación del hombre por el hombre”, todos con objetivos claros, precisos y motivantes, aunque su consecución para cada uno de ellos parece que exigía el fin de los oponentes, vistos con el sesgo de hasta “escoria humana”: los pobres del mundo, los proletarios unidos para los primeros; las razas inferiores, el humanismo utópico para los segundos; los representantes del opio de los pueblos, o los crueles burgueses que se enriquecían a costa del trabajo de los sin pan, para los terceros.

El nacimiento

Era octubre de 1940, en la periferia de la ciudad de Santiago. Mis padres habían llegado del mineral El Teniente, Sewell, con una hija de un año en los brazos -mi hermana mayor- y yo, aún en el vientre materno. Mi padre, don Jorge, después de vivir una breve primavera con la empresa norteamericana, había quedado cesante a sus 24 años por apoyar causas laborales de los mineros del cobre. Ya en Santiago, siguió su lucha por mayor justicia social y contra los grupos fascistas chilenos, ahora junto a mi madre, doña Virginia, de 19 años, pero bajo la mirada preocupante de mi sufrida e incansable abuela materna, doña Glasfira, de 51 años, quien desde niña ningún día dejó de trabajar, cocinando, cosiendo, lavando, planchando, sembrando la tierra, criando hijos y nietos, enseñándome a leer y a hablar francés, cuidando enfermos, expulsando a demonios invisibles de los hogares, rogando a Dios por los suyos y por Chile, enseñando todo lo que sabía hasta el mismo día de su muerte, en el invierno de 1977. Cuando leo “La Mamadre” de Neruda no puedo dejar de acordarme de ella.

Pero vamos de una vez a mi nacimiento. Mi madre está con síntomas de parto y no hay cama disponible en ningún hospital; de noche vuelve a casa... hay corte luz en todo Santiago y el parto es inminente; de madrugada, con el abnegado apoyo de un carabinero se va en busca de la única matrona del barrio, pero ésta se niega a asistir, alegando que lo más probable sea una falsa alarma y que no está para perder el tiempo en sus horas de descanso; entonces el agente del orden ejerce toda su autoridad para obligarla a atender el parto, amenazándola incluso con llevársela detenida si no cumplía con su labor de inmediato. Y así, gracias a ese

desconocido carabinero, empecé a asomarme al nuevo mundo de la existencia como correspondía, bajo los terribles dolores de mi madre, los cuales despertaron a mi tío Pancho, de solo 9 años, quien pudo ser testigo presencial de mi nacimiento escondido tras las cortinas de una ventana, transformándose, ya adulto, en mi fuente de información más directa de cómo vine al mundo, mejor que una película.

Primera infancia

Esta primera etapa de mi vida coincide con los tiempos del mayor desastre bélico de la humanidad. Aunque comencé mi existencia sobre la Tierra en un mes de octubre de la primavera de 1940, en un Santiago tranquilo y algo provinciano, en Europa los alemanes aterrorizaban bombardeando día y noche ciudades y puertos ingleses, entre ellos Liverpool, en los días que también nacía John Lennon, un grande de la música, autor de "Imagina", canción que se transformaría posteriormente en una de mis favoritas por su contenido, melodía y circunstancias.

Los primeros años los viví en Santiago y después en Curanilahue, pueblo de mineros del carbón en la provincia de Arauco. En Chile, era la época de los gobiernos radicales de centro-izquierda, con Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos. En este escenario, recuerdo haber vivido con mis abuelas, materna y paterna, a veces solo, a veces con mis hermanas, a veces con mis padres y a veces sin ellos. Pero, como es natural, mis recuerdos son vagos o puntuales: se me viene a la memoria, mediados del año 1944, a mi abuelo materno enfermo en cama, o paseando por el patio envuelto con un chalón botándonos nueces de un nogal, o defendiendo a mi hermana de casi 5 años, su regalona, por las travesuras o maldades que ésta hacía a una tía abuela algo corta de genio. Semanas después, tendría la última visión de mi abuelo, pero ahora tras un vidrio de un negro y largo ataúd. Años después, supe de su vida por los recuerdos que con orgullo hacían de él, mi madre o mis tíos, de su "Taita", de un hombre correcto, siempre trabajando o aconsejando, respetado por sus compañeros de labores. Había pertenecido cuando joven a la guardia del palacio de gobierno, que después se había enrolado para trabajar en las pampas salitreras para llegar finalmente a las minas de cobre de "El Teniente", ahí en Sewell donde la silicosis terminó por tapiar sus pulmones, debiendo volver a Santiago a la vieja casa de amplios patios de su madre, para morir poco después, a los 52 años de edad.

Confieso que he vivido

En otros momentos, recuerdo, sentado en plena calle San Alfonso, ver pasar el bajo y ruidoso vuelo de “grandes” aviones hacia o desde Los Cerrillos o contemplar las llamaradas de un gran incendio en la esbelta iglesia de San Alfonso, la misma que había acogido a mi padre cuando niño recién llegado de San Carlos, para servir de monaguillo después que mi abuela paterna, por desavenencias conyugales, vendiera sus propiedades y perdiera todo el dinero tras ser robada o embaucada, posiblemente por los mismos compradores de sus tierras (algo común en esa época) y se viera obligada a emigrar a la capital junto a sus tres pequeños hijos.

En esos años, también supe lo que era un terremoto: vivíamos en la calle Arica, cerca de la Alameda. Ahí mi abuela materna arrendaba una casa de gruesas paredes de adobe. Y en una madrugada se movió el suelo, retumbó toda la casa, cayeron pedazos de murallas y tejas del techo. Aún tengo patente los angustiosos gritos de mi abuela llamando a mis padres, que esa noche estaban lejos de ese lugar, para que le ayudaran a salvarnos del posible derrumbe del viejo inmueble. Estaba vivo en ella la experiencia del gran terremoto de Chillán algunos años antes, donde mi bisabuela paterna había quedado casi totalmente enterrada y que al momento de su rescate, totalmente cubierta de polvo, solo se supo que era ella cuando abrió sus grandes ojos azules. Pero, en este fuerte temblor de Santiago, no pasó nada grave. En los días siguientes, como es costumbre en Chile, todos comentaban lo sucedido, incluso yo con tres o cuatro años de edad. Al respecto, mis familiares de entonces celebraban mucho mi explicación del fenómeno telúrico cuando decía: “¡Abuelita! ¡Yo vi al terremoto... iba en un auto negro sobre los techos de las casas!” Seguramente antes me había llamado la atención algún vehículo pesado y ruidoso por las calles adoquinadas del barrio, muy común en aquellos tiempos... Era mi primera aproximación a este tipo de fenómeno natural, el que después tantas veces tuve que explicar a mis alumnos “más científicamente”, ya como profesor de Geografía.

Calle Arica hoy, pobre y casi igual que 70 años atrás, parece que sólo han crecido los árboles, el comercio y el tráfico vehicular. Cada vez que paso por ahí hacia el terminal de buses se me vienen a la memoria esos primeros recuerdos de mi vida, sin poder eludir el último de ellos en ese lugar, cuando mi abuela probablemente no pudo pagar el arriendo y fue lanzada a la calle con todos nosotros... Veo a la intemperie mi ropa, catres, mesas, sillas, un cuadro con la foto de mi abuelo

materno como guardia de palacio apoyado a una semidestruida muralla de adobe, mi abuela discutiendo con unos hombres de terno y sombrero, y mis hermanas y yo sin poder entender nada, pero con una primera sensación de que el mundo que considerábamos nuestro, no era nuestro.

Aunque si había esperanza de humanidad; sería el año 1945 la gente marchaba y cantaba, mi abuela, mi madre y mi tío Pancho se veían felices. Entonces supe que una bandera roja flameaba en un lejano y gran edificio europeo, que había muerto un tal "Hitler"... que había una gran "marcha de la victoria", que algo nuevo empezaba. Y desde entonces, y por varios años, resonaron cantos de esperanzas y de acción en las plazas o en las grandes avenidas de la ciudad.

"Joven en pie, ¡levántate ya! La noche terrible pasó, nuevamente ya el sol lanza rayos de luz, en un cielo claro y azul. Forjad, forjad, forjad, juventudes libres forjad".

Segunda infancia. De Santiago al sur

A pesar de esos días de victoria, la situación económica de Chile y del mundo era desastrosa. Mis padres, como muchos otros, sufrían la cesantía y ya éramos cuatro hermanos. Pero vino la propuesta salvadora de un tío de mi padre que tenía la concesión de un economato o pulpería en la zona del carbón y necesitaba una persona joven, seria, honrada, sin vicios para la administración de su empresa y que además fuera confiable para unos mineros organizados y conscientes, en su mayoría, de su "lucha de clases". Llegamos entonces, un día del año 1945 a Curanilahue, a vivir a la casona del tío-abuelo ubicada en lo alto de una colina desde donde se observaba la estación de ferrocarriles y el centro del pueblo. Recuerdo sentirme ahí como vivir en un mundo de opulencia, con el sol entrando por todos lados, con varios empleados de servicio, subiendo y bajando de los árboles en un amplio jardín junto a mi hermana mayor era, en fin, como mi primer paraíso. Pero los problemas para mis padres no tardaron en llegar.

La crítica situación socio-económica de los mineros del carbón los llevaba a continuas huelgas que involucraban serios conflictos de abastecimiento en el economato. Y mi padre y mi madre se pusieron del lado de los trabajadores en huelga, incluso recibiendo a dirigentes del conflicto en la gran casona de mi tío

Confieso que he vivido

abuelo, quien desesperado por la crítica situación trataba de convencer a mi padre para que abandonara sus ideales socio-políticos: “¡Hazlo por tus hijos! ¿O es que no te interesa su futuro? ¿O crees que ‘los pobres del mundo’ te los van a educar?” le decía con mucha convicción y a lo que mi padre respondía: “Sí, ese será mi problema; y ya veré cómo lo solucionaré, pero siempre con dignidad, con la dignidad de los hombres libres de la futura sociedad humana...”, futura sociedad que por aquellos tiempos muchos la veían a la vuelta de la esquina.

Días después, con un invierno muy lluvioso, debíamos abandonar “la colina del paraíso” para bajar a vivir a una casa de dos pisos cerca del río Curanilahue. Una noche, nuestra madre nos despertó muy preocupada y nos hizo subir al segundo piso: el agua del río había subido y entraba por todas partes, lenta y silenciosamente, sin ser invitada por nadie. Para mí, la inundación era todo un espectáculo, ver flotar ollas y jarros, o mirar por la ventana el río transformado ahora en una amplia y oscura laguna haciendo de cada casa islas de madera o barcos encallados, con sus pasajeros en el techo y en las ventanas superiores, esperando ser salvados. Ya con la luz del día vino el rescate; recuerdo botes con ancianos y mujeres con guaguas en sus brazos; nosotros, por estar un poco más lejos del río, el mismo alcalde, don Santiago Fierro, nos sacó a caballo, nadando en algunas partes, experiencia que después de 70 años nunca más conocí personalmente.

Año 1946, año de elecciones presidenciales. En las calles, muchos cantos y acordeones entonando “Galopa Gabito, galopa no más...” o “Quisiera ver a Cruz-Coke colgado de un farol, con media lengua afuera pidiéndonos perdón...” Y ganó “Gabito”, el candidato de mi familia, de la izquierda chilena. Entonces, todo era triunfo y poder. Incluso ahora, un primo de mi padre, un joven abogado nacido en la casona de la colina, le solicitaba que intercediera con ciertas autoridades gubernamentales para lograr un cargo de juez, abogado que, unos 40 años después, llegaría a ser Ministro de la Corte Suprema de Chile, desarrollando una extensa y fructífera carrera en el Poder Judicial, eso sí ya totalmente alejado de mi padre. El triunfo presidencial era como volver a un nuevo paraíso, ahora más amplio donde todos se saludaban, se ayudaban, bailaban y cantaban. Veía una gran sociabilidad en los quehaceres diarios; por las tardes, la pequeña señora Juanita con un gran canasto sobre su cabeza invitaba a sus vecinas a cocer pan a un horno comunitario “¿Va a ir a cocer paaan?” gritaba a medida que subía, cojeando por un defecto en su pierna,

Confieso que he vivido

por empinadas y polvorientas calles veraniegas. Como niños, recorríamos todo el pueblo en patota con nuestros vecinos, los Vallejos, desde sacando “pancoras” en el río, hasta robando hermosas manzanas verdes en sitios de los cerros cercanos, o asistiendo al culto evangélico donde como premio nos regalaban muchas y ricas guindas agridulces, las mejores que recuerde haber comido en mi vida alguna vez; y también estábamos presentes en el *Mes de María*, esta vez nosotros llevando flores que cortábamos en la plaza del pueblo, especialmente lo que llamábamos “pastito de la Virgen”, que nunca más he vuelto a ver, a pesar de tenerlo presente en mi memoria. Nuestros amigos, los hermanos Vallejos, se jactaban ante nosotros que su “papito” había sido nombrado Gobernador de Chanco; pero nuestro padre, al ver la envidia que eso nos causaba, nos decía que él había sido nombrado “Jefe de Plaza”, en alusión a un alto y temido cargo militar en épocas de conflictos sociales en la zona; pero, en realidad, su cargo era jefe de aseo y ornato de la municipalidad local que, entre otras responsabilidades, se preocupaba de mantener en buen estado la única plaza del pueblo.

También era tiempo de entrar al colegio; ese, mi primer año, creo que fui un desastre como estudiante. Me desesperaba por no saber leer, en un libro ilustrado, la frase “el gato juega con la pelota”; no me agradaba el estar con niños desconocidos o con profesores que nos daban órdenes que a veces no entendía. En una ocasión, fui castigado brutalmente sin saber por qué. Era una clase de matemáticas, en algún momento del día anterior el profesor Fritz había dicho que había que traer una regla, cosa que no escuché u olvidé. Cuando llegó a mi pupitre, me preguntó: *-¿Y tu regla?*-. A lo que inocentemente respondí: *-Yo no tengo regla...-*. Bastó que dijera eso para propinarme una serie de palmetazos, tirones de pelo e incluso puntapiés; luego, se subió a mi pupitre para saltar a otra fila. Mientras lloraba desconsoladamente, observaba totalmente desconcertado la sucia huella de su zapato sobre ese, mi primer banco y cuaderno escolar. Pronto, este profesor parece que se arrepintió de lo que había hecho; me llamó adelante para preguntarme quién era mi papá, a lo que respondí, aún entre sollozos, que era “el Jefe de Plaza” (!!). En ese momento no entendí su radical cambio de conducta: me limpió la cara con su pañuelo, me sentó en primera fila, me pasó otro cuaderno y la cuestionada regla, explicándome sólo a mí lo que había que hacer; incluso movió un pesado pizarrón para que viera mejor. Fue la última vez que lo vi como mi profesor; una lástima, pues ya lo sentía como una persona amigable y que cuando lo veía de

Confieso que he vivido

lejos en la calle, con mi pequeña pandilla, le gritaba "¡Hola Profesor Frito!" y él sólo sonreía, sin dar la cara, como con vergüenza.

De repente, todo cambió para mis aún jóvenes padres. El Gobierno de Chile ya no era su Gobierno. Y mi padre un día fue arrestado en la misma plaza que tanto cuidaba. Policías de civil allanaban nuestra casa en la calle Sargento Aldea; mi hermano menor, de dos o tres años, los enfrentaba preguntándoles dónde estaba su papá, ¡quiero que me lo devuelvan ahora! les decía, según contaba mi madre años después. Pero mi padre, no volvería jamás a Curanilahue. A sus 31 años, fue llevado a la isla Quiriquina y de ahí al campo de concentración de Pisagua, dejando sola a mi madre y sus cuatro hijos, de entre tres y ocho años de edad. Volvía la "noche terrible, la patria en tinieblas" para aquellos que luchaban por un mundo socialmente más justo, para todos. Nuevamente se cantaba La Morena, de la guerra civil española: *-Dime dónde vas Morena, y a las tres de la mañana, dime dónde vas al alba...-*.

A lo que la Morena (mi madre en este caso) respondía: *-Voy a la cárcel del Norte, a ver a los compañeros que los tiene prisioneros esa canalla fascista-*. (es decir, el gobernante que los había traicionado, para tomar otra posición ante el comienzo de una posible nueva guerra en el Mundo).

Y en los momentos de mayor angustia mi madre cantaba Canto a la Pampa: *-Canto a la pampa, la tierra triste, réproba tierra de maldición, que de verdes jamás se viste, ni en lo más bello de la estación...-*.

O también Copihue Rojo, que había popularizado la gran cantante lírica Rayen Quitral: *-Soy una chispa de fuego... Yo soy la sangre araucana que de dolor floreció-*.

Y pronto la situación nuestra se hizo insostenible en ese pueblo minero, a pesar de la solidaridad de muchos de sus habitantes, la mayoría de escasos recursos económicos.

De nuevo a Santiago

Antes de partir, fuimos a despedirnos de toda la gente que queríamos, de la señora que cuidaba la iglesia de las guindas, de don Ramón, el carnicero; la última visita fue a la señora Nieves, vecina de la calle Sargento Aldea y dueña de un pequeño almacén donde nos abastecíamos de todo lo esencial y, que muchas veces cuando se descuidaba, le sacábamos dulces y chocolates desde unos hermosos y tentadores frascos que estaban en el mostrador, pero que jamás nos reprendió, ni nos acusó a nuestros padres. Con lágrimas en sus ojos, me abrazó y me regaló dos pesos para el viaje, en esos tiempos una fortuna para mí. Y partimos a la estación de ferrocarriles. Ya sentados en el tren, me di cuenta de otra situación: solo viajábamos mi hermana de ocho años, yo de siete, mi otra hermana de cinco y algunos de los hermanos Vallejos, el mayor de unos ocho o nueve años. Todos íbamos a cargo de un caballero que nunca supe quién era. Del largo viaje, en un vagón de tercera, solo recuerdo la parada en la playa de Laraquete, a donde más de una vez nos llevaron nuestros padres a bañarnos en sus tranquilas aguas y a comprar grandes y exquisitas jaibas coloradas. Al día siguiente, al atardecer, llegábamos a la humosa y pintoresca Estación Central de Santiago, donde nos esperaba la tía Irma para trasladarnos donde nuestra abuela materna, que vivía junto a sus dos aún adolescentes hijos menores en una típica casa para inquilinos, en un tranquilo y hermoso fundo de Barrancas, casi al final de la calle San Pablo.

Yo y mis hermanas estábamos felices de volver donde nuestra querida y hacendosa abuela, así como estar con nuestros jóvenes tíos, compartiendo verdaderamente (comparando con la agitada y ruidosa zona minera) una paradisiaca vida de campo, donde abundaban las flores, los sauces, los arroyos, las aves, los parrones, y recorriendo potreros y bosques de eucaliptus con los dos primeros perros que tuve como fieles amigos: el valiente Toribio y la muy dulce Perlita. Felices ayudábamos en todos los quehaceres del campo: buscando hinojo para los conejos, regando por inundación la chacra donde crecía el maíz, los porotos, los melones y la verdura, llevando a unos chillones chanchitos a beber al arroyo, recogiendo "leñita" para iniciar el fuego, participando en la vendimia en el fundo de don Juan, llevando la colación a mi tío Tomás o yendo a buscar la galleta y la leche que diariamente entregaba el fundo a sus inquilinos, que trabajaban desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche, por treinta pesos mensuales de la época, más las regalías por supuesto. Todos los días, despertábamos antes

Confieso que he vivido

del amanecer, antes que el canto de los gallos, por el despertador humano del fundo, un viejo capataz que a caballo recorría muy temprano las casas de los inquilinos. En la nuestra, gritaba dos o tres veces: -¡*On Chumaaá! ¡On Chuumaaá!*-, a lo que mi tío respondía en voz baja y semidormido: -¡*Sí hueón!*-, y después con voz más fuerte: -¡*Ya voy On Segundo!*-,

Pero, este tercer paraíso no podía continuar. Mi madre trabajaba confeccionando funda para muebles en la lejana Ñuñoa, junto a una familia de emigrantes húngaros y muy rara vez podía visitarnos, porque en su tiempo libre realizaba arriesgadas actividades partidarias clandestinas denunciado el campo de concentración de Pisagua o ayudando a esconder a sus compañeros perseguidos policialmente. Mi padre, aún en Pisagua, mandaba cartas a mi tía Irma preocupado por nosotros al saber que no íbamos a la escuela, especialmente de mí que iba para los ocho años y aún no sabía leer, a pesar de los intentos de mi abuela por enseñarme, a través de un diario o *El Peneca*, revista que a veces traía mi tío Pancho cuando viajaba a la ciudad; su orden era sacarnos de nuestro “paraíso” terrenal y repartirnos en casas de parientes lejanos que vivían en Santiago y que se habían ofrecido para ayudarnos. A mí me llevaron a una pequeña casa de un matrimonio ya anciano, muy creyente; me hacían rezar hincado dos veces al día, rogándole a la Virgen para que mis padres abandonaran sus ideas políticas y fueran libres otra vez. A pesar de que el matrimonio era muy amable conmigo, ahí fue donde sentí con fuerza la terrible angustia de estar solo: sin mis padres, sin ver a mi abuela, ni a mis tíos, ni a mis hermanos, además de no estar haciendo nada de nada en ese oscuro invierno de 1948. Me sentía enfermo y débil, tenía pesadillas muy a menudo, me despertaba de noche creyendo escuchar las alegres voces de mis hermanas y me daba cuenta que estaba sólo con unos santos y con mucho frío. No había más remedio que volver al campo, donde mi abuela y tíos, donde mis perros, mis conejos y todo lo de antes, donde yo me consideraba útil y “experto”. Y así fue; volví a ser feliz y dueño del mundo que había dejado meses antes. ¡La escuela podía esperar!

La familia vuelve a casa

En diciembre de 1948, mi madre nos dijo que mi padre había quedado en libertad, después que mi abuela paterna, doña Rosario, fuera hasta el mismo Palacio de La Moneda a implorar por su liberación, llorando desconsoladamente. Mientras gritaba sin control: -¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!-. funcionarios del Palacio Presidencial la calmaron con un vaso de agua, tomaron nota de su inquietud y le prometieron pronta respuesta. Mi madre siempre se preguntaba si esa acción de mi abuela fue decisiva o no para el fin de Pisagua. Sea como sea, mi padre por fin regresaba a casa y también, después de mucho tiempo, supe de regalos navideños. Y lo principal, la familia se reunía de nuevo en una casa sobre un establo de la calle Antofagasta de Santiago, muy cerca de la escuela de mis hermanas y a pocas cuadras de la *Escuela Arauco N° 279* donde en agosto de 1949 ingresaba definitivamente al primero básico, con casi nueve años de edad y aún sin saber leer, soportando por ello las burlas de mis compañeros, los retos de la profesora Olga y, en casa, el enojo y desaliento de mi madre, que, como que veía en mí un caso perdido desde el punto de vista escolar.

Ese mismo año nació la menor de mis tres hermanas, que parecía en los brazos de todos como una hermosa muñeca; y yo, antes de fin de año, ya leía correctamente, el curso me elegía *Mejor Compañero*, la Srta. Olga me distinguía como maestro de ceremonia en los actos de la escuela y terminaba el año con el segundo lugar del curso. De ahí en adelante, mis padres ya respiraron tranquilos y no ocultaban su orgullo por el más “negrito”, más “debilucho y flacuchento” de sus cinco hijos.

Y desde entonces, nunca más dejaría de estudiar, de leer y de escuchar, tratando de conocer y entender el mundo que me había tocado vivir, aunque hoy no podría afirmar con certeza si esto fue para bien o para mal. Pero eso corresponde a otras etapas muy distintas de mi existencia, a otras historias de vida que contar y... evaluar como individuo y como ser social el mundo que hemos hecho y que estamos haciendo en el tiempo-espacio de la sociedad humana.





Primer Lugar
Región de Los Ríos



Confieso que he vivido

Autora:

Mariluz del Carmen Negrón Vera (70)

Comuna:

Valdivia

Yo, valdiviana, nacida en 1945, confieso que he vivido plenamente en esta bella tierra de la Región de Los Ríos. Recuerdo mi niñez teniendo de centro el río Calle-Calle y un mundo como de dos kilómetros de diámetro. También el río Cau-Cau formaba mi fortaleza. Atravesaba en bote desde el balseo *Infodema*, hasta Valdivia a la calle García Reyes para ir a la Escuela N° 5 que se ubicaba donde ahora está el Supermercado Unimarc. A veces la travesía era fría, con neblina, temporales, pero en fin, siempre supe que la educación era obligatoria así que el mal tiempo no podía ser excusa.

Al llegar a García Reyes, recuerdo que siempre iba corriendo con la cabeza bien adelante y un poco agachadita, y cuando descubría una poza de agua con escarcha era un hallazgo espectacular que hacía que olvidara el frío, y con mi zapatito trizaba ese tesoro y ahí jugaba un poquito frente al hospital "San Juan de Dios", sin soltar mi Silabario Hispanoamericano que nunca olvidaba -de color azul y un niño en la tapa-...las lecturas del niño desobediente, de escribir cama y camita, del niño Renato, de las cabritas ¡Que silabario más bueno!

Confieso que he vivido

Y luego, ya de vuelta en casa almorzaba en silencio, pensando en la escarcha trizada, que había trizado, porque quise. Iba pasando el tiempo, jugando en el río, escuchando historias de los viejos de la casa, siempre protegida por mi madre, mis tías y mis primeros cuatro hermanos, asimilando el ejemplo de los mayores para ser personas de bien.

En 1958 ingresé al *Instituto Comercial*, pues anhelaba trabajar rápido y, en medio del quehacer estudiantil, yo era muy feliz. Tenía otras amistades y mi hábitat superaba los 2 kilómetros...estaba conociendo la ciudad completa que es de una gran belleza.

Conocí excelentes profesores, muy humanos, que nos hacían creer en este mundo como en una promesa de superación conjunta.

-*¡Todo bien, todo bien!...*- Llegó el 22 de mayo de 1960. Como a las 14:30 horas en Valdivia, cuando me estaba mirando en el agua cristalina de un pozo a los pies del puente *Calle-Calle*, donde se reflejaba un día lleno de luz, algunas nubes, el cielo y mi rostro de niña. De pronto vi que esta imagen se movía. Era un temblor no muy suave. Corrí a mi casa. Más que miedo estaba preocupada. No podía temerle a algo que no conocía.

En mi patio había dos casas: en cada una vivíamos nueve niños. Obedeciendo a un instinto primario, uno de los padres dijo: -*Comamos algo por lo que pueda suceder*-. Todos nos pusimos a comer harina tostada como en un picnic.

A las 15:10 horas empieza a moverse todo. Yo estaba en la otra casa que era la mía. Corrí a desenchufar el radio, que era grande con parlantes de género. Lo bajé y nos fuimos reuniendo todos los hermanos cerca del dintel de la puerta. Le preguntábamos a nuestra madre: -*¿Qué es esto?*-, y nos decía: -*¡Es un terremoto!*- -*¿Y que es un terremoto?*- -*¡Esto!*-, exclamaba ella. La casa se sacudía de un lado a otro, de norte a sur, y todo se revolvió y caía adentro. Mi madre nos cantó, pero -*¡Faltaba uno!*-. Mandó al mayor, de 14 años, a buscar a Verónica de cinco años. Mi hermano planeaba como un avión averiado, según el lado que le tocaba, se afirmaba con la punta de los dedos en la tierra.

Mientras esto sucedía en el interior de la casa, unos ruidos espantosos venían del puente *Calle-Calle* que se estaba destruyendo y levantaba mucha tierra.

Confieso que he vivido

Yo no tenía miedo porque este fenómeno era desconocido para mí y estábamos agarrados de las manos, o del vestido de nuestra madre. En el patio, una mujer estaba bajo un árbol. El árbol la azotaba con sus ramas y ella gritaba: -*¡No me castigues, Señor!*-.

Mi hermano corrió hacia el puente a ver que sucedía y, en una de sus partes, el puente se había hundido y en otras se había quebrado. Allí, en vez de encontrar a nuestra hermanita, encontró a una prima muy pequeña que era de la otra casa.

Al fin pasó el terremoto grado 9,5, el más grande del mundo. Después encontramos a nuestra hermana Verónica en una casa de dos pisos. Ella contó que los niños que estaban allí se acostaron en el suelo, y ella hizo lo mismo.

Más tarde, entre todos arreglamos la casa. Aproximadamente una hora después nos avisaron que venía un maremoto y que teníamos que arrancar a los cerros. Mi madre decía que era difícil sobrevivir, pues, si nos librábamos del *Calle-Calle*, toparíamos con el río *San Pedro* y si eso fuera poco, nos agarraría el *Estero Santa Rosa*. Como fuera, nosotros nos dispusimos a partir, lo mismo los vecinos. Yo me hice cargo de la guagua de la casa, busqué su plumón, su mamadera y mi vestido más bonito y partí con mi preciada carga al puente *Calle-Calle* y me senté en una de sus partes buenas. Allí ya estaban los militares con sus capotes y sus cascos de guerra, habilitando la pasada con algunos tablones. Por ahí pasaban los enfermos del hospital que venían arrancando con unas pintorescas camisas que tenían descubierta la parte de atrás...creo que nadie me vio. El río *Calle-Calle* subía a una velocidad increíble. El agua parecía hervir y a su paso desarmaba todos los castillos de madera de las barracas que había en el lado de *Las Ánimas*. Vi pasar casas flotando, con gente y todo, gritando, pero no había como salvarlos. Las lanchas llamadas *faluchos* y otras de madera, corrían de un lado a otro, como si un niño jugara con barquitos de papel en una tina de baño.

Desde el puente vi como los caballos de la *Seam Corfo* se le aprisionaban sus patas a la orilla del río, y lo peor fue cuando vi a mi madre en medio de las aguas agitadas luchando por salvar su bote. La gente le gritaba: -*Señora, déjelo, déjelo*-. Nunca más supimos del bote.

Como a las cinco de la tarde apareció mi padre después de ganarle a la muerte, pues andaba en una embarcación por Miraflores y no podía desembarcar porque la tierra se abría o el agua arremolinada se lo impedía. También se demoró porque

Confieso que he vivido

había pasado a ver a su anciana madre. Cuando me vio me dijo: *-Volvamos a casa. El maremoto ya pasó. Colocaremos una estaca pintada a la orilla del río y nos turnaremos para ver si sube la corriente y si estamos en peligro-*.

A esa hora ya estaban listas las caravanas para partir a los cerros, lo que no se concretó. En la esquina había una anciana que decía: *-Yo no me iré, porque si el Señor me quiere llevar, que me lleve no más-*, y lo repetía una y otra vez, pero al final dijo: *-Bueno, si hay un lugarcito para mi me voy con ustedes-*.

¡Lo sufrimos todo! Valdivia estaba destruida: nuestros colegios en el suelo, la costanera era barro con escombros, ramas, había agua donde no debía estar. Los negocios, las boticas, los emporios y ferreterías cubrían de bruces las calles. Había destrucción por todas partes y, llegó la lluvia, el frío, la escasez de alimentos y ... ¡las vacunas!

Por suerte teníamos aún la casa en pie sobre los chocos de madera que la sostenían, y toda la familia reunida. Tristes, pero vivos.

Me impresionó cuando mi padre -que trabajaba en la naviera *Haverbeck & Skalweit-*, nos contó que cuando estaba en el trabajo al día siguiente del terremoto un hombre pasó en una lancha tipo canoa por las turbulentas aguas gritando que a la altura de Cutipay había un barco semihundido con toda su tripulación, que por favor fueran en su ayuda. Se trataba del mercante *El Canelo*, cuyos vestigios todavía permanecen allí. El jefe de la naviera les dijo: *-¡Lo dejo a su consideración, si se atreven o no a remontar estas aguas!-*. Al unísono dijeron: *-¡Vamos inmediatamente!-*. Y allí estaban los marinos en el barco, quienes con la ayuda de los remolcadores salieron de su cautiverio sanos y a salvos. En muchas partes hay fotos de *El Canelo* tumbado y los remolcadores. Pienso: *-¡Ahí estaba mi padre!-*.

Pasaron como 18 días entre el frío y la lluvia, y empezó la evacuación de todos los escolares por avión o barcos.

Mis cinco hermanos más grandes -entre 14 y seis años- (y entre ellos yo), nos fuimos a Valparaíso en un barco de guerra: *El Destructor O'Higgins*. Le preguntábamos a la mamá: *-¿Por qué nos teníamos que ir?-*. Con su entereza que la caracterizaba, nos dijo: *-Puede empezar el hambre, las pestes y hasta la muerte-*.

Dos mil niños llegamos ese día a la costanera de Valdivia y un militar con lista en mano nos iba nombrando para subir a la barcaza que nos llevaría hasta Corral. El

Confieso que he vivido

barco de guerra no podía entrar a la bahía, así que nos esperaba en alta mar. Íbamos todos sentaditos en el suelo, unos pegaditos a los otros, y la lluvia nos pinchaba la cara. Cuando llegamos al gran buque fue emocionante, porque la dotación de los marinos eran muy elegantes a lo largo de su eslora. Ahí, fragata y barco no se juntaban. Cuando bajaba uno, el otro subía por la embravecida mar. Los marinos tiraron como cien escaleras de gata y los niños subían velozmente, y los marinos los tomaban casi en el aire dejándolos en el piso del barco.

Nos llevaron a un gran comedor calefaccionado y de pisos brillantes y nos dieron pan con dulce de frambuesa. Ese pan todavía está en mi mente. Fui a dormir a un camarote con cuatro niñas más (lo que estaba planificado), porque después siempre anduvimos las cinco niñas juntas, tanto en el colegio que nos tocó estudiar como en los traslados, y hasta en las vacaciones en Farellones. El colegio se llamaba *Instituto Comercial Blest Gana*. Teníamos bellos uniformes y nos trataban como a todas las estudiantes. El día sábado nos enseñaban a bailar *Rock and Roll*. También salíamos a comprar las cosas necesarias para el instituto con la monja apoderada, quien nos compraba lo que nosotros queríamos...nos trataba como hijas y, a la vez, íbamos conociendo Santiago, especialmente el centro.

Mis hermanos fueron distribuidos a distintos lugares: el mayor a La Serena y los pequeños de seis, ocho y diez años, a San José de Maipo.

Fueron buenas experiencias para todos. El 25 de diciembre de 1960, en un inmenso tren, volvimos todos los niños (que eran miles y miles). Nos llevaron al regimiento Caupolicán, y con lista en mano (como al principio), un militar entregaba a cada madre sus hijos.

Ese pequeño mundo que yo tenía de dos kilómetros creció inmensamente, y nos volvimos a reunir los hermanos...corriendo y jugando por los sitios donde ahora está el Centro de Atención de Salud (CAST).

Llegamos a casa, que había soportado el riñihuaso que tanto nos acogió cuando andábamos en Santiago, y los diarios decían: *-Valdivia con el Credo en la Boca-*.

Confieso esta vivencia terrible y a la vez enriquecedora que nos hizo más fuertes, equilibrados y pacientes. Mis hermanos -compañeros de mi vida-: Jorge, Luis, Roberto, Francisco, Verónica, Gladys, Juan e Hilda





Primer Lugar
Región de Los Lagos



Confieso que he vivido

Autora:

Amelia Gómez Aguayo (62)

Comuna:

Puerto Montt

Ahora sé que huía de mi infancia y adolescencia en un continuo claroscuro: los claros aportados por mi padre y los oscuros con el patrocinio inmaduro de mi madre. Tenía un arma en la mano: era profesional. No había sido fácil, pero ahora podía soñar bajo mi responsabilidad... y lo hice. Era el 10 de junio de 1978 y estaba tratando de bajar de una lancha en un puerto de piedras y cubierto de musgo. Hacía frío. Tenía dos opciones: o me cargaba en brazos el piloto de la lancha o entraba al agua sin zapatos. Elegí lo segundo, y con los calcetines de lana chilota mojados terminé ese día de trabajo en la Isla Cailón, en el sector de Huelpún, tiritando de frío.

Así iniciaba mi vida independiente en un lugar a mil kilómetros de la ciudad que conocía, con otro lenguaje, casi otro idioma; donde las palabras se reían de mí y las personas me miraban con esa mirada transparente y tranquila que aún ahora extraño.

Confieso que he vivido

Acompañenme a Cocauque allí llegué en un botecito a vela conducido por un adolescente, al final de la jornada esas maravillosas mujeres a la orilla de un fogón freían pescado para nosotros. Me ofrecieron un plato con tres pejerreyes crujientes hermosos y deliciosos, con hambre y frío me lancé sobre ellos y ese glorioso almuerzo terminó con una taza de té de menta. Luego vino la señora a retirar los platos, el de mi compañero con restos de colas y cabezas de pejerrey, el mío...pués...sin rastro de espinas o cabezas. La señora me miró, me miraron y todo fue coronado por una sonata de carcajadas desdentadas y francas que recuerdo con amor. Me había comido todo...¡TODO!...también había hecho evidente mi ignorancia.

El cielo desde San Juan de la Costa en verano era claro y limpio, con más estrellas de las que podía imaginar. Allí, acostada de espaldas en la playa de piedras, podía recordar sus ojos negros, sus primeras palabras y sus no palabras del último día. Habría sido esperable llorar, pero ese paisaje y la forma como había llegado a ese lugar era un privilegio y una bomba de optimismo, las endorfinas inundaban mi alma y mis ojos se entrecerraban debajo de la brisa fresca y del satélite que descubrí asombrada. No había espacio para la tristeza, nunca más lo hubo.

Llegué a San Juan a caballo. Nunca había montado. Lo hice en Auchac donde un anciano me enseñó en una clase express a dominar el caballo. *-Si quiere que vaya a la derecha tire la rienda derecha, si desea lo contrario tire de la izquierda, si quiere que se detenga tire de ambas riendas al mismo tiempo y si quiere que corra golpéelo suavemente con los talones-*, y así partí. En invierno lo haría después con una manta de castilla que se llenaría de granizos junto con la tusa del caballo, pero era verano, el cielo estaba azul y yo galopaba a caballo por la orilla de la playa sintiendo que la vida era mía.

En ese lugar no había televisión ni radios FM. Con esfuerzo escuchaba una radio de Aysén que hablaba de Puerto Guadal y Caleta Tortel. En las noches en silencio y sola, escuchaba Radio Moscú...las noticias eran aterradoras, inexplicables, incoherentes. Regresé a Santiago, quería saber que pasaba. El invierno en la isla era muy frío y sentía que no podía más. Mi alma adolescente se aferraba a mis caprichos, pero la realidad laboral me golpeó en el suelo. En Santiago había una cesantía horrible, lo único a lo que podía optar era a un reemplazo maternal en

Confieso que he vivido

Melipilla. Regresé en medio de las risas y burlas de mis compañeros de trabajo. Ahora estaba más grande, había elegido en base a la realidad; entraba al mundo adulto y quería aprender, viajar, tener un hombre e hijos.

Ya soñaba menos, pero las situaciones de ensoñación aparecían en medio del quehacer diario, en medio de la tragedia que agobiaba a los demás (a los chilenos en general), a mis pacientes en particular, y yo comenzaba a tener aciertos y también errores, muchos errores. Los que recuerdo y me agujonean el alma son aquellos en que ofendí a otros por mi impaciencia, y los peores por tener un ego gigantesco. Trataba de hacerlo bien. A veces era exitosa y el premio era una maravillosa sonrisa y una mirada pura, transparente, entonces los ángeles cenaban conmigo. En cambio cuando mi ego triunfaba, las tinieblas presidían mis sueños, era horrible...pero crecer no es fácil.

Llegó la tele, ¡Viva! En algunos lugares sí, en otros no. Aparecieron televisores y en lugares muy, pero muy aislados, el paisaje recibió las antenas de TV. Pudimos ver a don Francisco, la Teletón y, los 60 minutos. Los chilotes no notaban cómo se alineaban a una realidad lejana y falsa, en realidad tampoco yo lo sabía. Luego los niños ya no vestirían huiñas de lana de oveja, sino flamantes chambas de Dunova de colores chillones que no protegían de la lluvia. También aparecieron las promotoras de AFP, hermosas señoritas de taco en un pueblo ripiado sin pavimento, con faldita y colores pastel, pero ¡qué primorosas! Los funcionarios creyeron en eso falso. Algunos, supongo, que aceptaron su Bono de Reconocimiento y bajo la promesa de tener un descuento menor fueron como moscas a la miel. Después vendría la **OBLIGACIÓN** de cambiarse...el resto es historia conocida.

Un pequeño relato conmovedor: doña Licha, asmática eterna, fumadora por convicción. La recibíamos en malas condiciones, casi desfalleciente, pero después de unas cuantas bocanadas de oxígeno la sonrisa volvía a su enflaquecido y amarillento rostro. Un día nos dice: *-quiero morir aquí, porque aquí uno se muere tranquila y acompañada, en cambio en mi casa todos gritan, lloran y corren para todos lados-*. Se cumplió su deseo... falleció en el Hospital, pero no me fue dado acompañarla.

Y apareció el compañero de mi vida, sin que yo lo buscara, sin saber coquetear, ni bailar ni nada de lo que hacían las jóvenes en los 80, pero yo era lo suficientemente

Confieso que he vivido

libre y rebelde para tomar mis propias decisiones sin preguntar a otros. De hecho, estuve en la primera plana del imaginario diario del pueblo durante un par de semanas, ¿por qué? Simple, en las mañanas salíamos juntos de mi casa, ya no tenía frío en esas interminables noches de invierno, cuando el viento ululaba sus aventuras que lo traían del polo, cuando la lluvia hacía crecer el *Río Flojo* que corría orgulloso debajo del palafito en que vivía, mejor dicho... vivíamos.

Con tantas noticias de último minuto recibimos la visita de mi noble padre, quien necesitaba conocer que había hecho con su vida esta loca e irreverente hija suya. Se fue contento...tal vez resignado, pero al menos tranquilo y volvió otras veces con su figura esbelta, sus cabellos blancos y una sonrisa amplia que lo acompañó para tocar la puerta del cielo en 1985. Mi padre y yo nos amábamos, aunque probablemente no cumplí las expectativas que él tenía de mí. Había sacrificado una buena parte de su vida para cuidarme, enseñarme, y lo más difícil, guiarme. Fue un hombre maravilloso, construyó una familia para mí y, como la señora Licha, él falleció en un Hospital...no estuve ahí y eso ensombrece mis recuerdos.

El tiempo había pasado, decidimos crecer a tres en el hogar, junto con eso botamos al mar una embarcación con características de yate, nos lo construyó un alemán inteligente, hábil y laborioso que vivía en el pueblo. La bautizamos "Pichidalca", pequeña embarcación que tenía seis metros, cocina, dos camarotes, velas celestes que yo cosí y un gran mástil que unos meses más tarde tocó la superficie del agua con mi marido a bordo. Cargamos la Pichidalca con manzanas, papas, longaniza, agua, combustible y nos largamos navegando los dos solos hacia el *Canal San Pedro*, yo era la marinera... aprendí velas a estribor, a babor, bajar el foque, llevar la caña; en mis oídos se quedó el silbido profundo del viento en los canales, en la piel el frío que puso de moda bufanda, gorro y toda la ropa de abrigo que llevaba a bordo, y en el alma la conmovedora belleza de esos parajes vírgenes que me mostraron Chile de una forma que no conocía. Estaba sobrepasada de asombro. Pescamos, ya que hicimos una improvisada trampa de jaivas que luego las almorzamos. Las cocí en agua fría por lo que ellas lucharon por su vida... eso fue aprender con dolor. Dormíamos a bordo o en una choza de pescadores en Puerto Ballena hasta que apareció un ratón que agujereó violentamente mi valentía y espíritu aventurero. Regresamos y al llegar a puerto sabía tirar el cabo para poder acercarnos al muelle, eso era motivo de alegría, además de aprender cosas nuevas me pasaban cosas

Confieso que he vivido

nuevas y esperadas: estaba embarazada. Inhalaba y exhalaba amor, me sentía enamorada y feliz, estaba sobre mi treintena. Continué saliendo a terreno a las comunidades rurales, esas bellas mujeres me regalonearon como ellas saben hacerlo: milcaos, pan con chicharrones, pescado y toda la gastronomía chilota en mi plato y, luego, con mi hijo ya nacido, acogieron a esta afuerina con una dulzura desconocida e inolvidable para mí...ahora estaba agradecida. En esas caminatas por suelo chilote en hermosos lugares que llamamos rurales, mantuve mis más luminosas conversaciones con Dios y con mi hijo.

Y llegó mi hijo. Era un regalo, perfecto, maravilloso, éramos tres; sus abuelos felices y nosotros dos aprendiendo lo difícil, a ser padres, a ser familia. Yo queriendo un segundo hijo... no quería hijos únicos. Otra vez la vida tenía mi melodía, el punto de inflexión fue la partida de mi padre...en realidad él nunca se fue, nunca se ha ido.

Llegó mi segundo hijo, un año y nueve meses menor que el primero; éramos una familia completa. Mis hijos eran perfectos y nosotros nos amábamos, la vida estaba sentada a la orilla del camino para reírse estrepitosamente de mí. La familia no se había completado y mis hijos no eran perfectos. Lo único cierto e inasible era nuestro amor. Esa verdad -que me noqueó- tuvo consecuencias en el desarrollo de mis queridos hijos. Fui una madre cariñosa, pero muy exigente... perdí muchas sonrisas, muchos dulces momentos porque la rigidez de mi raciocinio antepuso lo urgente a lo importante. Probablemente eso fue el resultado de mi propia infancia y de mi formación profesional. Tener una mamá enfermera no es fácil para los hijos.

En 1990 cuando mi hijo mayor cumplió cinco años salimos de la bella isla y nos fuimos a la capital de la Región. La vida no era fácil, pero nos teníamos el uno al otro, los niños eran sanos y nos habíamos atrevido a votar ¡NO! El futuro estaba al alcance de la mano y creí que podía volver al Chile de mi infancia, pero el tiempo no se devuelve. Chile había cambiado. Estábamos infectados de consumismo, individualismo y otros ismos...lo peor era (y es aún), la desconfianza. El día del plebiscito estaba de turno y los niños estaban con su padre. Los sacamos de la ventana que daba a la calle y los entretuvimos durante ese día en el dormitorio, yo tenía miedo, y esa noche me acosté a la medianoche antes de que dieran los resultados del proceso electoral...mi corazón rogaba por tener resultados genuinos,

Confieso que he vivido

¡cualquiera fueran ellos! Al otro día la sonrisa se dibujó en paz, pero en silencio. No es igual vivir en pueblos pequeños que vivir en ciudades grandes...el miedo y la desconfianza estaban allí.

La vida escolar significó un gran desafío. Fui a todas y cada una de las reuniones de Padres y Apoderados del colegio propiamente tal, de la *Escuela de Cultura* y, más tarde, a Remo. Aprendí muchísimo...el déficit atencional era la guinda de la torta... ni sé cómo era el día a día. Era una agenda completa que yo creía imposible de cumplir, me sentía sola, con una mochila gigante que cargaba día a día con poca ayuda ¡un trabajo desafiante y demandante, y dos niños diferentes entre sí, con necesidades diversas y una madre con cansancio perpetuo... si hubiera podido habría tomado mis hijos y me habría ido, pero eso no era posible. Necesitábamos trabajar para vivir, educar, proteger, desarrollar, y mi marido tenía demasiados sueños a los que destinaba tiempo y dinero, yo ponía resistencia pasiva y de la otra, hasta que decidimos que yo administraría los sueldos. Los niños aún lo recuerdan como un hito: *-se notó la mano de la mamá-* dicen.

Habían pasado siete años desde el nacimiento de Cristóbal, nuestro segundo hijo. Teníamos cuarenta años. Mi marido en una búsqueda religiosa y, yo estaba embarazada otra vez. No había querido usar métodos anticonceptivos y me sentía perdida, estaba vieja, agotada y, lo peor, con la estadística encima, a los cuarenta años aumentan los riesgos obstétricos y los riesgos de malformación para el niño. Pero en fin, éramos una familia sana y, tal vez, venía una niña. Continuamos saliendo de paseo a lugares hermosos, a sectores prístinos del lago, a los bosques, a encumbrar volantines y...llegó el gran día. Llegó un niño sano, grande, con belleza propia, no era niña, era un niño que me mantuvo joven más allá de lo que hubiera imaginado, la familia creció y se desarrolló de un modo que se escapó de mis limitados planes, lo cual vino a enseñarme que la vida hay que vivirla con agradecimiento y alegría, cada paso precede a otro, que llevará los pies a un lugar nuevo. Uno de esos lugares fue recibir la visita de mi madre al nacimiento de Francisco. Cuidó a los niños y me acompañó en el trance obstétrico de una mujer de cuarenta años. Se lo agradecemos de todo corazón. También había encontrado un nicho profesional que no me reportó más sueldo, pero sí una gran felicidad y muchísimo aprendizaje. Había ganado un concurso para ir a enseñar en el Curso de Formación de Paramédicos en el Servicio de

Confieso que he vivido

Salud. Allí serví siete años y fui intensamente feliz...todavía hoy los alumnos me premian en la calle con su saludo cariñoso que deja mi espíritu arrugado de gratitud y humildad.

Estábamos todos sentados frente a una ventana religiosa que mostraba un paisaje distinto. Mi marido abrazó la Fe Baháí después de dos años de estudio. Yo no soy una persona religiosa, mi padre me había enseñado a rezar el Padrenuestro y con eso había vivido algo más de cuarenta años, pero había un detalle atractivo: las mujeres de esa comunidad me acogían con sencillez y respeto, sin la crítica a la que estaba acostumbrada. Nunca fui una mujer tipo, nunca supe cocinar, ni bordar, ni coser, ni tejer. Tampoco me maquillé y, rara vez, anduve a la moda. Era un bicho raro, ¡rarísimo! Sólo los que se dieron el trabajo de conocerme pudieron valorarme, pero esos siempre fueron la minoría. Un día fuimos a una actividad cuyo nombre es Escuela de Verano, fuimos todos, ¡los cinco! Me vi inserta en un grupo con personas de distintas nacionalidades, distintos idiomas. Mis hijos lo vivieron intensamente, jugaron e hicieron amigos, fueron cuatro activos días. De regreso, y conversando con mi hijo mayor, tuvimos el siguiente diálogo que transcribiré textual, porque ese diálogo cambió mi vida: *-¿Cómo lo pasó hijo?-. -Bien mamá. -¿Jugaste mucho, igual que en el colegio?-. -No mamá, no fue igual que en el colegio-. -¿Por qué?-. -Porque en el colegio tú tienes que jugar lo que quieren los demás-. -Pero eso no puede ser. Si tu no quieres, no tienes que jugar-. -No pues mamá, si tu no quieres te pegan, te molestan, te dicen cosas-. -Y aquí, ¿cómo era?-. -Ah! Bueno, (sonrisas)...aquí jugábamos todo lo que quería la mayoría y, después, jugábamos todo lo que querían las minorías-.*

La emoción de ese momento aún me conmueve, eso era una epifanía, decidí estudiar ese maravilloso secreto del comportamiento de niños, de culturas diversas que habían obsequiado paz para el corazón de mis queridos niños. Empecé a estudiar la Fe Baháí...demoré un poco y, al fin con el fruto de mi fe ya madura, abracé con toda mi alma las enseñanzas de la Fe Baháí. Ahí entendí que no soy culpable, que voy en un sendero de desarrollo junto con otros, que mi desarrollo espiritual es mi responsabilidad, que mis necesidades espirituales no se satisfacen con ritos o con palabras de un clero, cualquiera sea su lenguaje. Aprendí que murmurar impide el desarrollo espiritual y descubrí el secreto de esas mujeres que aceptaban cariñosamente a esta mujer atípica.

Confieso que he vivido

Llegó la adolescencia ¡Uf! Tenía miedo, los cuentos de terror de mis congéneres, y peor aún, mi propia adolescencia me asustaba muchísimo, pero no pasó nada. Los duros días de la niñez habían pasado y seguía en reuniones de Padres, aún más que antes. Tenía otro hijo que iba al Jardín, al colegio, a los Scouts, a la Escuela de Cultura...eso no cambió. Mis hijos mayores eran unos hermosos jóvenes comunicativos, confiables y soñadores, hacían deporte. Sus incursiones en las bebidas alcohólicas fueron en un contexto controlado que no tuvo un lamentable después. La conversación acerca del sexo la habíamos iniciado tiempo atrás, tal como enseñó la profesora en cuarto año básico. Ella dijo: -Si quieren enseñar acerca del sexo, comiencen ahora. Después no serán escuchados-, y yo empecé. Mis conceptos anclas fueron dos: si no está dispuesto a dar la vida por un hijo, entonces no tenga hijos, y el segundo concepto fue: hay demasiados niños solos en el mundo, no necesitamos otro.

Junto con eso enseñé sobre métodos anticonceptivos, la responsabilidad en su uso y la importancia de asumir sus propios actos y no descansar sobre el otro.

Dios me ayudó, porque no tuvimos embarazo adolescente. Recién ahora cuando mis hijos mayores están en su treintena seré abuela de una niña. Mi hijo está feliz, casi en estado de gracia y nosotros también. Ese es el hoy.

Confieso que he vivido y que seguiré viviendo. La infancia y adolescencia precoz me las vivieron, la rebeldía y casi agresividad se apoderó de mi juventud. Ha pasado el tiempo para una mujer que creció y ha madurado en una sociedad patriarcal y, a veces, francamente machista. Me he revelado a eso cada vez que mi corazón lo ha dictado y, continuaré haciéndolo.







Primer Lugar
Región de Aysén del General
Carlos Ibáñez del Campo



Extraña verdad

Autora:

Corina Oyarzo Vidal (81)

Comuna:

Chile Chico

En la desembocadura del Lago General Carrera, de la Patagonia Chilena, hay una hermosa Villa de nombre *Lago Beltrán*, en donde se pasea Eulalia, una jovencita huérfana que su madre le dejó la profesión de modista o costurera, y quien cosía bonitos vestidos a jovencitas y damas de esos parajes.

Eulalia, en sus ratos de ocio, regaba su pequeño jardín de malvas, crisantemos, dalias; en su portón dos grandes rosales de rosas naranjas se entrelazaban; en una glorieta de entrada una aromática madre selva. Junto a su perrito Bobby hacían su dicha paseando por la playa.

Un día que jugueteaba con Bobby por la playa ve acercándose a una dama galopando un regio alazán. La dama se detiene y conversando con Eulalia le pregunta por anécdotas de la región. Eulalia era buena conversadora ya que su madre -entre las buenas y sencillas costumbres-, le dejó la de ser conversadora... de la nada hacía largas charlas.

Confieso que he vivido

Sin conocerse charlaron largo rato. Delfina, el nombre de la dama, era maciza, alta, de pelo castaño, de unos cincuenta años, muy sociable dentro de un dejo de tristeza; y le dice: *-Eulalia, necesito que me ayudes a buscar o comprar ropa de mi porte, pues yo venía por pocos días y me ha gustado muchísimo estos parajes, espero quedarme un mes. Es más, quiero adquirir un campito de un par de hectáreas para, posteriormente, vivir un tiempo aquí-*.

Eulalia muy dicharachera, le dice: *-Yo le confecciono un lindo vestido, pero necesito telas-* A lo que Delfina, responde: *-¿Verdad? -Pues, voy adquirirlas-*.

Y se fueron al almacén donde vendían de todo, desde agujas hasta cocinas a leña. Mientras, el caballo quedaba al cuidado de Bobby en el patio de la casa de Eulalia.

Regresan las dos. Ya eran amigas, y con huincha en mano Eulalia dice: *-Debo tomarte las medidas-* *-Listo nomas-*, dice Delfina.

Y continuaban las visitas...ya tomaban mate juntas. Cuando los vestidos estuvieron listos, los estrenó Delfina muy feliz.

-¡Hola Eulalia! El día esta precioso, ¿vamos a matear a la playa y caminar por ella?- *-Listo-*, dice Eulalia, quien preparo un cocaví, incluido el mate y con pan fresco recién cocinado.

Y partieron a la playa, entre mate y mate delfina comenta: *-Debo viajar mañana a mis tierras-*. Eulalia, con voz angustiada dice: *-Poco me duro esta preciosa amistad-*. *-No Eulalia, vuelvo lo antes posible. Venderé o distribuiré a mis hijos lo que me queda para volver a comprar e instalarme aquí-*.

-¡Gracias a Dios! Ojalá sea pronto, estaré esperando-. *-A mi regreso prometo contarte una historia de fantasía, es la historia de mi vida de hace por lo menos 25 años-*, dice Delfina.

-Quiero escucharla... *-No seas impaciente, a mi regreso será pues el relato dará para un día completo. Ahora caminemos por la arena... ¡Te corro hasta esa puntilla!-*.

Más tarde se despidieron. Eulalia siguió con su habitual que hacer que era coser y coser con su antigua máquina de pie, cortar, idear moldes. Se había hecho muy conocida por su buen trabajo y trato amable. Extrañando a Delfina, a quien ya la quería de verdad, se decía: *-es mi madre que ha vuelto-*. El ladrido de Bobby la volvió a la realidad. Eran sus vecinas que llegaban a buscar sus costuras. Los días transcurrían lentamente.

Confieso que he vivido

Llovía silenciosamente y Eulalia preparaba unos mates, freía sopaipillas...había traído unos leños para temperar su casita. Cerca de la puerta Bobby batía la cola y movía las orejas, atento a cada movimiento de Eulalia, quien de pronto escucha: *-¡Hola Eulalia! ¿Cómo están los mates?-*. Unos brazos extendidos la recibieron en un cálido y estrecho abrazo.

-¡Delfina, que alegría llena mi corazón!, ¿Cómo ha sido tú viaje?-. *-Con ansias de volver. Más segura de quedarme por estos lugares...mis hijos negativos. Los he invitado a venir y les he contado de ti, mi nueva hija, has estado en mi corazón constantemente--* *Gracias Delfina, te quiero mucho--*. *-He traído varias telas, tanto para mí como para ti, también para que diseñes y fabriques vestidos, pantalones y otras vestimentas--*. *-¡Listo no más! ligerito vamos a empezar, pero antes debo terminar los trabajos pendientes--*.

Salieron a caminar como acostumbraban, alegres. Eulalia, que de habitual era conversadora, pero nada de alegre, ahora parecía otra persona, irradiaba felicidad.

Se despidieron al atardecer...*-Está pendiente la historia Delfina...-*. *-Será mañana, chaooo-*.

Al día siguiente, una mañana de sol un poco helada y con una ligera brisa, ellas se reúnen felices. Delfina luego de saludar a Eulalia, le dice: *-Hijita te traigo una propuesta-*. *-De antemano la acepto-*, dice Eulalia. *-Y, ¿la Historia, dónde está?-*. *-Ya va a llegar el momento, tenemos días o meses. Quiero proponerte hacer arreglar tú casa, agregar un par de piezas para vivir conmigo mientras me compro un campo--*. *-¿Eso sería para mí?-* mientras lagrimas silenciosas corrían por sus mejillas... *-y te cuento el susto que he pasado algunas veces, unos muchachos que al emborracharse me amenazan desde la vereda-*.

Delfina la abrazó con ternura. Hicieron proyectos, trabajaron codo a codo, contrataron albañiles para el arreglo de la casa. Delfina adquirió un caballo más para pasear y recorrer juntas los contornos del lugar. En pleno mes de junio, nevaba calmadamente, con un silencio en el que se escuchaba el ladrar de los perros, el cantar de gallos, sin gorjeo de pajarillos...las flores mustias y los crisantemos del jardín estaban cubiertos de nieve. La casa ya estaba preparada para vivir cómodamente juntas, donde disfrutarían por las mañanas un desayuno de mate dulce con pan amasado, junto a una rica conversación.

-Ahora-, dice Delfina, *-te contaré mi historia o la gran fantasía de mi marido. Hasta hoy no sé cómo clasificarla, tú Eulalia sólo escucha que yo medito y voy hablando en voz alta. Al final me ayudas a definirla-*.

Confieso que he vivido

-Era también invierno, pero en Calbuco, donde llueve y llueve todo el día. Teníamos con mi marido, quien se llamaba Diego Martínez, una buena casa, tres hermosos hijos, un buen campo, en definitiva, teníamos buen vivir. Una tarde despejada de nubes salió mi marido a caballo a correr el campo. Ya atardecía, y como no volvía, fui a la casa del cuidador para que saliera a buscarlo...a encontrar a su patrón. Rápidamente ensilló y montó su caballo y seguido por sus dos perros, partió a galope. La espera siguió, haciéndose saber que el caballo del patrón estaba amarrado al cerco adyacente al bosque que quedaba como a tres kilómetros de casa; lo llamó, lo buscó por si hubiera caído, pero no dio con él, dejó el caballo en el lugar donde estaba, para que su patrón lo encontrara al regresar.

Pasé toda la noche imaginándolo de mil maneras; que se habría extraviado, que podría haber llegado a campos vecinos, en fin... esa idea me hacía conformarme, pero era extraño porque él era oriundo de esos lugares. Desde niño había recorrido campos, cerros, bosques... lo que me parecía peor era haber dejado su caballo; en el campo jinete y caballo son uno. Nunca salía de farra. Bueno, al día siguiente, al amanecer con la espera puesta en la puerta, oídos de alerta a cualquier ruido, ojos oteando el horizonte... llegó el peón, Don Pancho. -¿Regresó el patrón, doña?- -Nooo, no Don Pancho, vaya por favor donde todos los vecinos y pida que lo ayuden a buscarlo-. También monté a caballo y partí dejando a mis niños con la esposa de Don Pancho. Fue un andar, gritar, llamar, volver a casa con la esperanza que hubiera llegado... y volver a partir con la angustia de no poder dar con él. ¡Pasaron tres días! ¡Cuántos amigos, vecinos, amigos de familiares quienes se sumaron a la búsqueda! Llegó un lugareño y como se dice a mata caballo, me comenta: -Señora Delfina avisaron de Carabineros que en la playa de Calbuco encontraron un hombre desnudo y con la mente extraviada, no lo conocen, y él no sabe cómo se llama, podría ser su esposo-. Partí con la angustia en el alma, la esperanza en el corazón...Sí, era él. Lo traje a casa, vino el médico y otros profesionales a examinarlo... nada. Nada que pudiera dar una pista de lo que le había sucedido. No estaba golpeado; estaba sin ropa, no tenía hambre, a las preguntas nada contestaba, parecía no entender, o que se alejaba sin comprender lo que sucedía. Fueron pasando los días, comía poco o nada...hablaba poco o casi no hablaba. Al pasar más días se fue orientando, comprendiendo quién era, dónde estaba, pero sin ánimo. Ya no podía montar a caballo; no lo alentaban ni los niños que querían entretenerse con el papá.

Confieso que he vivido

-Habían pasado dos meses, ya no se levantaba. Una tarde gris que yo tejía a su lado me dijo: -Delfina te voy a contar lo que me sucedió, vas a creer que estoy loco, por esta razón he callado, porque me van a creer demente. Te juro esposa mía, por lo más sagrado, mis hijos, que lo que te relataré es lo que me sucedió-. -La tarde en que salí a recorrer el campo me encontré de pronto extrañamente con un portón muy bien labrado, cerca del cerro montañoso, junto a mi cerco. Me bajé del caballo y abrí el portón y me interné por un callejón entornado de vegetación. Bueno, supuse que antes no lo había visto porque estaba tapado por el pasto, los arbustos y las enredaderas. El portón era lo que me llamó la atención, y como ya decía, a medida que me internaba se aclaraba el camino, cosa extraña, porque la maraña de vegetación aumentaba. De pronto escuché un -¡Hola!- Una voz rara. Era una muchacha de estilo amazona en un precioso caballo tostado que se dirigía hacia mí. Sus rasgos, tipo alemán, me hicieron acordar de mis antepasados y me invitó a seguir caminando y hablando mucho de la zona entre un castellano medio como de pueblos indígenas, pero comprensible, y así caminando y caminando llegamos a una población de casas bajas, blancas, con contornos brillantes como si fueran de plata. No existían los cercos, las callejas eran de un empedrado plano; trajinaba gente extraña vestida de túnica y chamal; los perros eran de diversas razas, habían muchas aves... era como estar en un parque. La mujer me hizo entrar en una casa con un jardín de flores exóticas, muebles bajos con cojines y colchonetas por el piso, hasta que me resistí a seguir avanzando por ese extraño mundo... Me dijo la dama que se llamaba Bery y me explico así, lisa y llanamente, que yo sería su pareja. Empecé a dar miles de explicaciones: que era casado, que tenía familia, que era padre de tres hijos. No, nada la hacía cambiar. Me ofreció una bebida de color anaranjado la que tuve miedo de beberla, tenía temor de todo. Seguía insistiendo que debía hacer el amor con ella. Mi negativa era cada vez mayor, y así pasamos horas... Llegaron otros personajes. Parecía ser ella la jefa o líder. Entre ellos conversaban... ¿guaraní? ¿portugués?, sólo sé que quise salir a la fuerza, salir huyendo, pero dos mocetones me sujetaron en la puerta y me obligaron a tomar un líquido verdoso el que me fue adormeciendo o mis fuerzas se acabaron... Siguió diciéndome: -y aquí estoy Delfina, sin ánimo de seguir viviendo, ¿sería acaso una maldición o esa bebida acabó con mi voluntad...?

Hubo un largo silencio... ambas amigas con cabeza baja, lloraban tristemente. Delfina agregó: *-Mi esposo falleció un mes después de ese relato-*. Eulalia, a modo de consuelo y abrazando a Delfina, le dice: *-Ahora yo te contaré una hermosa historia de estos parajes... Un tiempcito más...-*.





Primer Lugar

Región de Magallanes y la Antártica Chilena



Cómo matar al ave de Fénix

Autor:

Francisco Burgos Romero (71)

Comuna:

Punta Arenas

Escribo estos rasgos auto-biográficos en tercera persona, ya que desde lo emocional me beneficia pues juego con el truco de olvidar recordando y recordar olvidando. Sin apartarme de la idea madre, que olvidar es renunciar a la experiencia y que recordar debe ser una lección para aprender de los años anteriores. Y que en todo caso, y en cualquier circunstancia, es el presente sin atormentarse por el pasado y el futuro, el esencial e indispensable. Afirmo que redacto estas líneas, no para crear una pequeña obra literaria, sino para creer en mi fe y en el Dios de los creyentes. Y creer un tanto así, pese a todo, en los humanos que aún aman y se dejan amar en este planeta.

CAPÍTULO UNO: DEL POLVO DE LAS DERROTAS

Tres añitos y algo más, con pompa y frescura, trepa Pancho la cerca para ganar la punta en la carrera pactada a Clotildo, su primo de seis años y que no era precisamente el más simpático, pero sí el preferido por sus parientes.

Esfuerzo notable para sus cortas piernas el escalar esa cerca. El vientre entonces, saturado de frutas frescas y agua de manantial, le juega una mala pasada y se defeca de lleno y sin pudores en esos precarios pañales confeccionados a veces de sábanas desechadas, que madres y abuelas de antaño de pocos recursos económicos, destinaban para envolver a sus pequeños. O en el caso de Ángela, su madrastra arpía, que optó por hacer los pañales de bolsas de harina: *¡para que duren más, porque eran rígidas, baratas y bastante impermeables!* Según vociferaba ella, sin importar de manera alguna, el roce áspero sobre la piel del imberbe. Más de alguna vez Pancho se revisaba los glúteos y el abdomen, por el temor que las letras de molde del molino harinero quedaran impresas en sus carnes.

Su rostro tostado se torna pálido al instante, sabiendo que la mano dura de su madrastra le daría un golpe rápido si se enteraba de su desliz sobre los pañales, y caería sobre su pequeño cuerpo como una pedrada que derriba, que humilla. El primo advierte de inmediato la húmeda contingencia de Pancho y no duda que le sacaría partido a tal hecho para despuntar su perfil de ventajero.

Pancho debía jugar su carta ahí y ahora: comprar el silencio de Clotildo. Le ofrece todas sus bolitas de vidrio, que eran varias y de todos colores. El primo acepta, y al instante declara querer un poco más. El niño húmedo le da su volantín gigante y su pelota de trapo. Acto seguido, exige algún extra. Nuestro héroe transido en sus paños íntimos, como último recurso, resigna los postres de una semana y en ese punto, pareció conformarse el diminuto granujilla. Pancho, al oído, le confía el escondite de sus botines, de sus tesoros. Después de esta confesión cambiaría de escondrijo. Clotildo se aleja con una curiosa sonrisa del lugar.

Emerge la luna, despojándose de velos y penumbras. Era de esas que palpitaba una luz pálida...la luna de las lunas. Camina bajo la luz cómplice rumbo al breve arroyo que cruzaba ese costado de las arboledas. Lavaría la prenda sucia, la pondría a

Confieso que he vivido

secar bajo el vientecillo nocturno y de madrugada la rescataría y, mientras tanto nadie podría notar que su pantaloncillo cubriría su humanidad despojada de los vendajes de los precarios “pañales” de bolsas de harina. Está a pocos metros de las aguas, percibe su rumor y sus manos buscan desprender el pantalón corto, breve como sus extremidades. El vozarrón tan temido lo detiene en seco entre la sorpresa, el estupor y la casi insoportable soledad del que no puede defenderse. Clotildo lo había vendido como a un necio y sucio enemigo. Ella, la madrastra, le había advertido que la siguiente vez que volcara sus heces fecales en los pañales recibiría un castigo “ejemplar”.

Las campanas de la iglesia del lugar redoblaron sus pechos de bronce. Pancho pensó en los ángeles que revoloteaban en torno al campanario bajo esos sonos tan dulces en el instante preciso en que era derribado de cabeza en el pasto húmedo. La mano izquierda de la mujer lo sujeta de los cabellos y el cuello, clavándolo contra los yuyos. La mano derecha envuelta en un guante, fue veloz y exacta al introducirse por la parte posterior del pantaloncillo, entre los glúteos y los pañales de bolsas de harina. Todo en uno, en fracción de segundos, extrae la manaza un puñado de estiércol, que bajo la luna ve el pequeño con notable claridad. Pudo esa mano sucia refregarse contra su pecho, su cabeza o su cara. Ella quiso ir más lejos y su mano izquierda suelta el pelo y el cuello, para posarse con violencia sobre el tabique nasal el que oprimió con furia. El niño entonces, en la búsqueda de aire urgente abre desmesuradamente la boca, gesto esperado por la iracunda mujerzuela para deslizar maquinalmente las heces fecales en el interior de la boca, boca que hasta el momento sólo habían pronunciado las palabras básicas para un chico de su edad. No sabía pensar, no atinaba a hablar correctamente, y ya su boca de tres años y meses estaba llena de estiércol.

La mano crispada en garra y surcada de grietas de la mujer que no había aprendido a amar, une con fuerza la pequeña mandíbula inferior con la superior y la voz encendida en matices de odio se escucha en la espesura del bosque, en las aguas que lamen las rocas carcomidas, en las flores que semi dormidas cierran sus pétalos, en los pájaros que fingen vigilar cuando ya dormitan. *-Guacho de mie... cómete, trágate tu propia mie... aprende bastardo del diablo... no lavaré tus porquerías... guacho maldito.*

Un poeta desbordado habría asegurado que la luna incrédula detuvo su paso llena de asombro, herida por un instante, y un borrachín exclamaría que esa bruja necesitaba un buen trago para apaciguar el espíritu salpicado de odio.

Se aleja la anti mujer con zancadas, mitad ira mitad blasfemia. Para ella, el río, el bosque, el niño, la montaña, la justicia, quedaban atrás.

CAPITULO DOS: POR LOS SENDEROS DE LA ESPERANZA

Pancho recuerda las campanas de la iglesia y no logra ver a los ángeles que volaban por los alrededores y menos los ve acudir en su ayuda. Cierra los ojos y siente que los ángeles estaban ahí, aun cuando no los vieran sus ojos. Este rasgo de fe y de asombrosa conciencia de salir indemne de todo, le acompañaría en las buenas y en las malas, en todos los rescucios de su vida.

Hundido en pavor, en rabia, en luna, en estiércol, tiene por delante suyo al río, al bosque, a sí mismo y a la montaña; y de la justicia humana ya sospechaba que no le sería una acompañante fiel en sus días en la tierra. Entre las nebulosas de su aún cerebritito y que, nunca fue domesticado, presentía que su vida no sería ni fácil ni afable. Ante sus ojos escuálidos de orfandad, sus brazos vacíos, su boca ávida de besos, no había figura de padre y no se observaba semblanza de madre. Sus labios sucios y malolientes, pronunciaban y desfiguraban algunas palabras... menos papá y mamá. Ella, su madre biológica, por razones o sin razones que sólo ella supo, entregó al niño en adopción a Ángela, sacerdotisa de la crueldad. Lo curioso es que su madre dio a luz en los años siguientes a trece vástagos. A todos los crio.

Escupe durante todos los minutos y horas que le fueron necesarios. Vomita hasta que los músculos del estómago se tornaron duros como una roca naciente. Vierte agua de sus ojos hasta hacerlos más límpidos para distinguir la luna, el cielo y las estrellas. Escupe, vomita y llora casi en igual medida hasta casi quedar sin saliva, sin flujos en el intestino y sin lágrimas en los ojos café, semi oscuros, semi claros. Después de todo, sólo podría sobrevenir algo mejor. Y así sería, sin importar los meses y los años que insumirían tal proeza. Él lo sabía.

Confieso que he vivido

Aturdido por la infamia, por la violencia y por su propio olor nauseabundo, se yergue bajo el resplandor que irradia desde lo alto un rostro resplandeciente que no ignoraba en modo alguno las penurias, fatigas y desventuras que padece el género humano. Pero que a no dudar, si la opción era elegir ser un integrante de la raza humana o una estrella, una luna o una constelación, se habrían inclinado por persistir en ser estrellas, lunas o constelaciones. Vaya a saber por qué. Muchos años más tarde, Pancho analizaría estos versátiles aspectos, incluido aquel que parecería una bagatela atrayente, pero que tal vez tenga su propio peso y rigor... ese que asegura que los humanos somos polvo de estrellas.

Se arroja de bruces sobre la orilla del río. Hunde su boca, su cara y su cabeza en las aguas presurosas y reconfortantes. Experimenta alivio e introduce un manojo de pasto entre sus dientes que mastica sin prisa para arrojarlo luego, operación que repite más de una docena de veces hasta sentir su lengua, sus dientes y la cavidad bucal libre de cualquier sustancia extraña. Se quita los zapatos de suela desgastada, se libera del pantaloncillo de ordinaria tela y lo deja a un costado. Entra en el río y algo del río penetra en él. Se lava todo el cuerpo con prolija suavidad. Se siente reconfortado, limpio, travieso y, otra vez, un niño. El estiércol queda atrás. De igual manera haría a los quince, a los veinte, a los treinta, cincuenta, setenta años. Siempre, siempre el estiércol quedaría atrás.

Emerge del agua con una sonrisa. Lava los rústicos pañales artesanales. Revisa el pantalón menudo y observa que permanece sin manchas y olores. Se lo pone entonces y calza sus zapatos que evidentemente son más grandes que sus pies. De seguro los calzó antes uno de sus primos-hermanastros mayores. De algo podría estar confiado viviendo con Ángela: ninguna prenda de vestir le apretaría jamás, todas le quedarían holgadas. Cuelga sobre las ramas sus prendas interiores.

Bajo la noche cálida se tiende boca arriba de cara al cielo. Los astros, la luna y el límpido cielo azul le provocan un mareo exquisito y envidia sanamente a las aves que cruzan ahora por los aires, interrumpiendo por segundos los rayos lunares. A temprana edad caía en esos segundos de inmersión en la nada y en el todo del mundo circundante. Se perdía en los imperceptibles vericuetos de los senderos del bosque. Se perdía y se encontraba en las aguas del río, ensombrecidas o chispeantes bajo las sombras de la noche o temblorosas bajo las luces astrales.

Confieso que he vivido

Sus leves nacientes laberintos interiores le conducían por mundos de fantasía, retos y aventuras, plenas de carcajadas y gozos. Y de algún lugar del corazón y del cerebro, -o tal vez de sus mismos infortunios- surgió en algún instante el pedernal que nunca habría de abandonarle, traducido en un sano sentido de buen humor, quien es su mejor consejero y sólido acompañante...y en contradictorio claroscuro, a veces su mal humor que pronto se disipaba con un chiste.

La brisa tibia le adormece, y los párpados cerrados le permiten ver a sus amigos predilectos. Así vislumbra a *Condorito*, revista de páginas multicolores y que al cruzar por el ante jardín de la casa de *Yayita*, su novia, arranca flores ajenas que luego deposita en las manos de su guapa prometida. Ella sonrío con dulzura por el "regalo" de este pajarraco insolente sin prejuicios que derrocha simpatía e ingenio y que, en el frente y en el fondo, es todo corazón. También ve a *Tarzán* que viaja presto por los aires, asiéndose de lianas para arrojar de lleno, unos segundos más tarde y de cabeza, a un gran estanque que alimentaba sus aguas de una vibrante catarata. Viaja con rapidez para salvar la vida de un orangután que se precipitó al estanque. Ya hundido en las aguas se trenza en un combate cuerpo a cuerpo con un cocodrilo al que parte en dos con su cuchillo de filos largos e imperdonables. Divisa a *El Zorro* que montado en un colosal caballo lucha armado de su espada y su látigo en favor de los humildes y oprimidos.

Ya adolescente, Pancho leería con fruición entre el hechizo y la pasión admirativa, a ese otro caballero, el de la triste figura, que lanza en ristre recorría los caminos de España liberando cautivas, luchando contra los gigantes despiadados y sembrando justicia y respeto por el honor. Su caballo antes era un rocín. De ahí que le bautizara "rocinante". *Don Quijote*, el héroe de lo justo: desde su idealismo alucinado sería para Pancho un hombre con todas sus letras en medio de todas sus afiebradas quijotadas. Y ese Quijote no sería nada sin su *Sancho Panza*, o ancho de panza... achicó sus ojos y pudo ver a *Jesús*, un hombre bueno y fuerte que ayudaba a los que sufrían, que curaba a los leprosos, hacía ver a los ciegos, andar a los paralíticos y resucitaba a los muertos. No recordaba quién le habló de *Jesús* ni quien le enseñó a rezar. Pero le gustaba elevar una oración aun cuando no entendiera del todo de qué se trataba.

TERCER CAPÍTULO: LOS OJOS DE UN CIEGO PUEDEN VER HASTA SIEMPRE

Ahí está de cara al cielo, solo y desamparado como el huérfano que es, apresado por un terror lacerante y debilitado por el susto, la humedad y el amargo regreso "a casa". Ignora cuantas horas transcurrieron desde el instante que le abrieron la boca y le hicieron comer mie...Duerme a intervalos y se despierta sacudido por el miedo iluminado por esa noche que todo lo baña de luz, como una invitación a los humanos a ser más transparentes, confiables y sencillos.

Vuelve a despertar y abre sus ojos plenos de ansiedad teñidos de angustia. Necesita un aliado y mira escudriñando a izquierda y derecha. No está *Condorito*, ni *Tarzán*, ni *El Zorro*, ni *El Quijote de la Mancha* para "enderezar sus entuertos". El rostro y la imagen de *Jesús* no aparecen antes sus ojos nublados por el llanto. No redoblan las campanas de bronce de la añeja iglesia ni los ángeles baten sus alas en su auxilio...pero sabe que está vivo y que esa es la condición primera. El resto es luchar y aguantar hasta que las cosas y "las casas", cambien a su favor. En su cerebro y corazón primitivo de poco más tres añitos, entre gasas de sensaciones inciertas pero visibles, la esperanza, esa semilla que yace en los genes de los que no se dan por vencidos jamás, comenzaba a tener su tono, su color, su ritmo y su propio compás de ruta.

Se durmió una docena de veces y, una vez despierto del todo, resuelve vestirse para retomar el camino a esa casa que detesta desde todos los fondos de su ser. En Rancagua, la destruida y amplia casona esquina, diez habitaciones en un terreno de 725 metros cuadrados, en calle Cachapoal 8, le pertenece. La casa fue comprada a su nombre (y por escritura), cuando tenía cuatro años de vida. El dinero provino de la herencia compuesta de tierras arenosas, pinos, casas de barro y paja, y algunos animales de crianza, que le dejó su padre al morir en un accidente bajo las ruedas de un tranvía, cuando Pancho tenía tan sólo dos años y cinco meses de vida. El resto de la herencia lo integró Ángela a su propio patrimonio personal, por eso lo "adoptó".

Esa casona tenía algo muy bueno: Pancho sabía que algo o alguien lo rescataría de allí en corto tiempo. ¿Cómo lo supo?

Soportó las burlas de sus primos hermanastros, adoptados como él por Ángela. Le llamaron “*come mie...*” La primera en llamarlo así fue su madrastra y luego toda su prole por los mote: “*guacho...bastardo*”, y otros insultos que supo sortear con la mejor sonrisa cínica para evitar golpes y lastimaduras posteriores.

Debía limpiar lo que sus hermanastros ensuciaban y debía ordenar lo que ellos ponían patas para arriba. Era el “*mozo todo servicio*” de esa casa con olor a infamia y color de nostalgia. Con frecuencia le daban bofetadas en la cara y golpes de puño en las costillas, tanto la mujer como los diablillos que eran sangre de la mujer que no pudo ser madre. Su padrastro, hermano de su padre muerto, para no lucir “débil”, se unía al escarnio y a las golpizas.

CUARTO CAPÍTULO: LAS MANOS LIMPIAS AUNQUE LAS DESPELLEJE

En otoño e invierno la piel de las manos del niño se abría en docenas de surcos debilitadas por alguna extraña afección. Ángela afirmaba que todo se debía a pura mugre y en una palangana de agua fría, a la intemperie con el viento frío soplando en las orejas, la mujer esgrimía un cepillo duro de lavar ropa y le restregaba las pequeñas manos hasta hacerlas sangrar. -*¡Así te curarás!*-, le vociferaba con voz tan aguda que los vecinos más cercanos oían sus gritos exasperantes. Con la rama de un árbol, que daba generosos membrillos, previo despojarla de su corteza, la mujer que se olvidó de ser mujer y que postergó ser una amante esposa, propinaba una paliza en el cuerpo desvalido de un menor que desconocía la mayoría de las veces por qué lo golpeaban. Bajo ese techo y dentro de esas paredes que le eran propias por derecho, se sentía un extraño, un paria, apenas un allegado del cual apreciaban más su ausencia que su presencia.

QUINTO CAPÍTULO: ROSA ES LA DAMA, Y ESA DAMA ES UNA FLOR

Una tarde hizo su aparición una dama de ropas elegantes y modales educados, la que mantuvo una conversación con Ángela. Ésta se prolongó durante unos días. Hablaban de él...Pancho temblaba. A veces, la madrastra se impacientaba y subía el tono de voz y hacía gestos amenazantes con sus manos, pero se dulcificaba

a continuación por el dinero que recibiría de la elegante visitante. Para ella era muy doloroso y extremadamente duro separarse, desprenderse de la angelical criatura... del huérfano, porque ella sin medida le amaba, cuidaba y guiaba como si lo hubiera parido. La dama mantenía la calma y no perdía la paciencia. Ella, la maestra de brujas, no perdía la codicia y mantenía la expectativa de obtener más efectivo, lo que efectivamente obtuvo. Al cabo de cinco, seis o siete días casi interminables, las dos mujeres arribaron a un acuerdo. La indigna mujer no tenía valor, pero sí un precio. Resuelta, con la mirada magnánima, la madrastra se encaminó ahora al pequeño.

-Panchito, esta señora te cuidará a partir de ahora. Sabemos que te dará tanto cariño como el que nosotros te dimos. La señora Rosa fue muy amiga de tu padre...-

Los ojos del niño y la mirada de la dama se encontraron por primera vez y nació entre ellos -al instante-, una ráfaga de aire cálido, de mutua complacencia que se fue haciendo como en un tejido humano cada vez más sólido, variado y gozoso. Aprendieron a disfrutar el estar juntos al poco tiempo y fueron esos años -hasta que Pancho tuvo doce-, espacios ricos en comprensión y abrazos maternos. Por fin tenía el infante frente a sí a una persona que de alma vivía para su dicha y crecimiento. Siendo tan joven había rozado uno de los velos que envuelve la fuente de la alegría, junto a una dama que conoció a su padre. Pero más de alguien se incomoda si algún humano tiende a ser alegre por mucho tiempo, y tal estado de ánimo debe ser arrebatado. La muerte agazapada que no permite la dicha humana, asíó su hoz resplandeciente y afilada. Y de un solo tajo tronchó esa existencia rica y generosa.

SEXTO CAPÍTULO: DE NUEVO EN LA JETA DEL DIABLO

Aconteció que Pancho -en el umbral de sus ochos años-, una sórdida enfermedad que daría tregua a ratos, debilitó el cuerpo combatiente de Mamá Rosa, y no existiendo en el cercano horizonte, ningún familiar del chico que diera señales de vida para auxiliarlo, éste debía hacer su valija y marchar por un tiempo a la casa de las torturas en Rancagua. Debía armarse de valor como *El Quijote*, de optimismo como *Condorito*, de audacia como *Tarzán*, y de agilidad para correr si era necesario como *El Zorro*. ¿No sería mucho pedir a un rapazuelo de ocho añitos?

Confieso que he vivido

A los pocos días recibió su primera paliza que le dejó una costilla semi aplastada que le impedía respirar a tórax expandido. Luchó entonces con guapeza astuta para sortear todas las dificultades y las trampas que le tendían sus “primitos”. No obstante, siempre la picardía mal sana encontraría un pretexto para arrancarle la cabeza. Y así terminaba él, magullado por los golpes y deseando con todos sus bríos que Mamá Rosa se sanase. Jamás vio a su madrastra golpear a sus sobrinos-hijos.

Pancho ponía en la balanza lo desventurado y lo positivo... y pesaba más lo último por la presencia angelical pero tiernamente terrestre de Soledad, una vecinita de unos nueve años cuya familia carecía de agua potable y que se abastecía de la canilla ubicada en el patio de la casona del pequeño, quien rehuendo ser un ventajero, se fue ganando poco a poco el corazón inocente de la dulce niña que sonreía con encanto y devolvía los besitos cada vez más acalorados del aspirante a novio. Con ella, en su diminuta existencia, todas las desventuras fueron más soportables. Hasta le dijo que utilizaran más agua en su familia así la vería con más frecuencia. Su abundante cabello rubio se perdía entre los dedos morochos del niño poseedor del agua. En cierta ocasión ella le preguntó si era cierto que a los tres años le hicieron comer mie... Él sonrió con fuerzas respondiendo: *-Sí, porque sabía que estarías en mi vida.- ¿Qué tiene que ver?,* respondió la chica. A las carcajadas y al oído le susurró: *-A esa edad por ti yo ya me hacía caquita...ja-*. La nena se sentó en el suelo desparramada en risas. Un día, resuelta en su embriagadora belleza, con la nariz respingada apuntando hacia el cielo como ignorando lo que decía, le espetó a Pancho: *-Mi familia se fue hoy al campo por todo el día. Yo me quedé.-* Y segundos más tarde se alejó con sus baldes de agua. Apenas veinte minutos más tarde, el chico la tenía en sus brazos en el living, en el comedor, la cocina y finalmente en el dormitorio de la casa de su amada. Con lentitud respetuosa, entre la timidez de los cortos años y el terror de irse a los infiernos, se desvistieron con mutua complacencia, quedando tan sólo con la ropa interior. La desnudez parcial de sus cuerpos estaba a la vista y el rubor y el gozo de estar juntos y semi desnudos les encendía la piel en una brisa cálida que les hacía fundirse en sucesivos abrazos y besos. Las caricias llovían y él no atreviéndose a poner sus manos en ninguna zona íntima de la tenue niña, al oído le suplicó algo. Ella sonriente asintió. Acto seguido se inclinó él y con delicadeza de niño le besó apenas rozando con sus labios un pecho, cubierto por una banda de tela azul que aún no amenazaba con formarse y crecer. Hasta ahí llegaba su audacia. Estremecida, rompió a llorar con dulzura. Se vistieron temblando. Y estuvieron a punto de hacer sus mochilas para enfrentar la condenación de sus almas por toda la eternidad. Se separaron besándose, y besándose se juraron no separarse nunca.

Confieso que he vivido

Ella dio el último beso y preguntó: *-¿nunca me abandonarás?* Él con energía gritó: *-¡No!*-. A los tres meses del encuentro íntimo el chico se fue a Santiago. Era la primera vez que rompía un juramento ante una mujer, porque todo hombre *-más temprano que tarde-*, rompe algún juramento ante ellas.

Aquella media tarde, estaba el intrépido novio lavando la vajilla del denso contingente. Hacía tres días que Soledad no asomaba la nariz por el lugar y el pequeño se impacientaba desconcentrándose de sus labores. Enjabonada una taza voló de sus manos. *-Ayer rompiste un plato y no le diste de comer a las gallinas, rompiste unos huevos y hoy destrozas una taza-*, bramó la mujerona a la vez que le atrapaba de las orejas, queriendo hacer dos orejas de una. Pancho intentó defenderse sujetando la mano de la mujer: *-no quiero más golpes, ¡basta!* *-Así que ahora me enfrentas y me levantas el tono de voz...yo te voy a enseñar lo que es bueno-*. Primero de rodillas recibió los primeros golpes, y una vez tendido en el piso continuó la paliza. Apareció el marido de la arpía que enterado de la "falta de respeto" del muchacho, le propinó dos o tres coscorrónes. *-Usted tampoco me golpee que no es mi padre-*. Enfurecido el hombretón se abalanzó sobre el cuerpo del niño y, tal vez sin desearlo, calzado con su bototo de carabinero pisó el tórax menudo. Otro grito de dolor y, a punto de desvanecerse, suplicó: *-no me odien, no me golpeen más-*. Ella gritó: *-Este guacho grita como si lo estuvieran matando. Tráeme una varilla del membrillo-*, ordenándole a Clotildo quien voló y trajo al instante el pedido. La varita fue despojada de su cáscara, y piernas y muslos supieron de su castigo. Quedó tendido en el piso, quizás desmayado.

Al siguiente día no pudo abandonar la cama y las cobijas le pesaban como ladrillos, y parecía no tener músculos, tendones, ni huesos. Al ir al baño miró con asombro los surcos profundos causados por la vara. Aún había heridas sangrantes y las sábanas estaban enrojecidas y húmedas...faltaba recibir otra golpiza por "ensuciar" esas telas. No iría a clases hasta que las heridas cicatrizaran. No soportaría las burlas de sus compañeros y se trenzaría a los puñetazos con los más hirientes. Por su ausencia escolar, y la advertencia de vecinos que escucharon los gritos de auxilio del niño, al quinto día de no acudir a la escuela se presentó una funcionaria del establecimiento. *-Soy la inspectora general y debo ver a Francisco-*. Ángela se resistió y dijo que estaba indispuesta y que no podía atenderla. La Inspectora mostró un papel y dijo con voz firme: *-Tengo una autorización para llevarme en el acto al menor. De Santiago viene una señora para llevárselo. Ella tiene un acuerdo con ustedes que fuera ratificado*

Confieso que he vivido

por un Juez. Están ustedes acusados de maltrato grave y reiterado. No se opongan porque se hará entonces una causa judicial- -No sé nada-, dijo la falsa mujer.- Tal vez se cayó jugando por ahí.- La voz aún más férrea de la funcionaria respondió:- Hay tres vecinos dispuestos a declarar ante un Juez. Me lo llevo. No agraven su situación. Voy a ingresar a su dormitorio y de ser necesario utilizaré la fuerza pública...hay un carabinero afuera... no me presionen...-

Por orgullo, Pancho se levantó del lecho maloliente de sangre coagulada y no permitió que lo alcen dos vecinos para introducirlo en un vehículo oficial. Desde el coche el muchacho clavó la mirada en las ventanas, en la puerta, en el jardín, en la casa de Soledad, buscando la pequeña figura esbelta, su cabello amarillo al viento, el susurro de su sonrisa y giró la cabeza -tal vez- en el intento de percibir su vocecita delgada como un trino. Nada vio o escuchó. Al alejarse pudo ver una vez más la fachada derruida de su casona con olor a nostalgia, color de melancolía y de seguro que si mordiera un trozo de revoque, advertiría un sabor a miseria. Sonrió y mirando a la funcionaria le dijo: *-Gracias, muchas gracias-*. Ella, con un par de lágrimas suspendidas, le dio un beso en la frente. Pancho se negó a llorar. Ahora era el tiempo de reír. El estiércol quedaba atrás, y sólo fue soportable por la presencia bienhechora y mágica de un ser que no tenía precio, pero sí valor: Soledad.

Fue conducido ante un médico que le examinó de pies a cabeza durante casi una hora. *-Gracias doctor por toda la atención.- -Te lo mereces, y nada tienes que agradecer. Toma mi tarjeta. Te atendí de casualidad pues el médico de turno atendió una urgencia. Yo soy cirujano cardiólogo-*. El médico se llamaba Guillermo Chandía.

SÉPTIMO CAPÍTULO: LA PAZ DEL AMOR

En vida y en fraternal convivencia con Mamá Rosa, Pancho debió reconocer que aún se podía confiar en este planeta y que todavía circulaban por ahí personas de buena voluntad, intención y acción. Cursó toda su secundaria en el Liceo Manuel Arriarán Barros de la Cisterna. Egresado, en tanto discurría si estudiaba periodismo, abogacía o actuación, comenzó a trabajar en una oficina de Santiago. En esta instancia aceptó una oferta del Intendente de Chiloé para trabajar en la Junta Provincial de Auxilio Escolar y Becas. En junio de 1967 emigró hacia Ancud. No volvió a Santiago hasta el año 2006, pero sólo de visita.

Confieso que he vivido

Narrar todas las peripecias a partir de los 18 años llevaría páginas y páginas...y de hecho, estoy escribiendo la novela correspondiente.

El muchacho quiso conocer la otra cara de la vida: la dura, la de los trabajadores de pico y pala, y se hizo minero del carbón en El Turbio y supo luego de ocho horas sudorosas, sacarle al vientre de la montaña la piedra negra, esquivando el peligro y la muerte...el gas grisú, el sofocante calor, la falta de agua y el vacío de con-sideración y respeto de los capataces. Con una sonrisa y sólo los dientes, el blanco de los ojos no ennegrecidos, y ya en superficie, volvía a hacerle un guiño al sol, al viento o a la nieve. Súmele a la misma carretilla la deficiente comida, los bajos sueldos y los reducidos dormitorios donde convivían hacinados y deshumanizados los tristes mineros del carbón. Ésta fue una buena escuela para disciplinar su espíritu. Y todas las experiencias oscuras se tornaron más claras porque ahí nació, en 1968, una amistad limpia y clara como la nieve. Con Raúl, algo así como un pequeño genio de la amistad y el sentido del honor, Pancho fue también enganchador en los equipos de terminación en la actividad del petróleo. Fue albañil, capataz, perito contable. Trabajó en los puertos, en las descargas y cargas. Hizo cursos de periodismo, de locución. Hoy por hoy estudia Ciencias Políticas en la universidad.

Un mes antes de viajar a Ancud recibió un llamado telefónico. Provenía de Rancagua. Era el doctor Guillermo Chandía. *-Hola francisco, me costó un tanto ubicarte. Sé que tu madrastra te hizo sufrir una vida detestable pero eso debe quedar atrás. Sé que eres voluntarioso y estas saliendo adelante. Quería comentarte que debí operar de urgencia a tu madrastra hace tres semanas. Padecía una enfermedad cardíaca muy grave. Hemos puesto un par de tubitos que por ahora están funcionando muy bien y sabemos que su evolución es buena y que dentro de poco estará en sus actividades en forma normal. Pancho se dijo: - En ella nada es normal-. Me alegro doctor que esté bien, pero le hago una pregunta: ¿Usted la operó del corazón?- -Sí-, respondió el galeno, y Pancho riéndose dijo: -Entonces, y pese a todo, tenía ella un corazón-. Por lo menos tengo ahora una duda menos: mi madrastra tenía y tiene corazón...ambos rieron.*

Esa noche, y desde la ventana, pudo Pancho admirar el disco plateado, con el vientre surcado de hilos oscuros envueltos en plata y lustre de una luna que se imponía con brío y generosidad, más allá de cualquier egoísmo y destemplanza humanas.



MENCIONES HONROSAS



Región de Arica y Parinacota

Elena Bahamondes Puga (76)
Comuna: Arica

Nelly Stecher Ruiz (66)
Comuna: Arica

Región de Coquimbo

Maria Eugenia Guzman Barbe (76)
Comuna: La Serena

Rebeca González Navarro (79)
Comuna: Coquimbo

Región del Maule

Mario Escobar Cuevas
Comuna: Maule

Lidia Filomena Díaz Concha (93)
Comuna: Curicó

Los Lagos

Ana Faúndez Cifuentes (76)
Comuna: Calbuco

Hipólito Vásquez Turra (76)
Comuna: Osorno

Región de Antofagasta

Nombre: Silvana Rocco Rocco (92)
Comuna: Antofagasta

Nombre: María Graciela Guerra Cortes (69)
Comuna: Calama

Región del Libertador General Bernardo O´Higgins

Elba Sarmiento Ahumada
Comuna: San Francisco de Mostazal

Fabricio Canales Inostroza (68)
Comuna: Rancagua

Región de la Araucanía

Mirta Troncoso Navarrete (73)
Comuna: Traiguén

Marcos Soto Mella (72)
Comuna: Temuco

Región de Magallanes y Antártica Chilena

Abel Alfredo Ruiz Pacheco (70)
Comuna: Punta Arenas

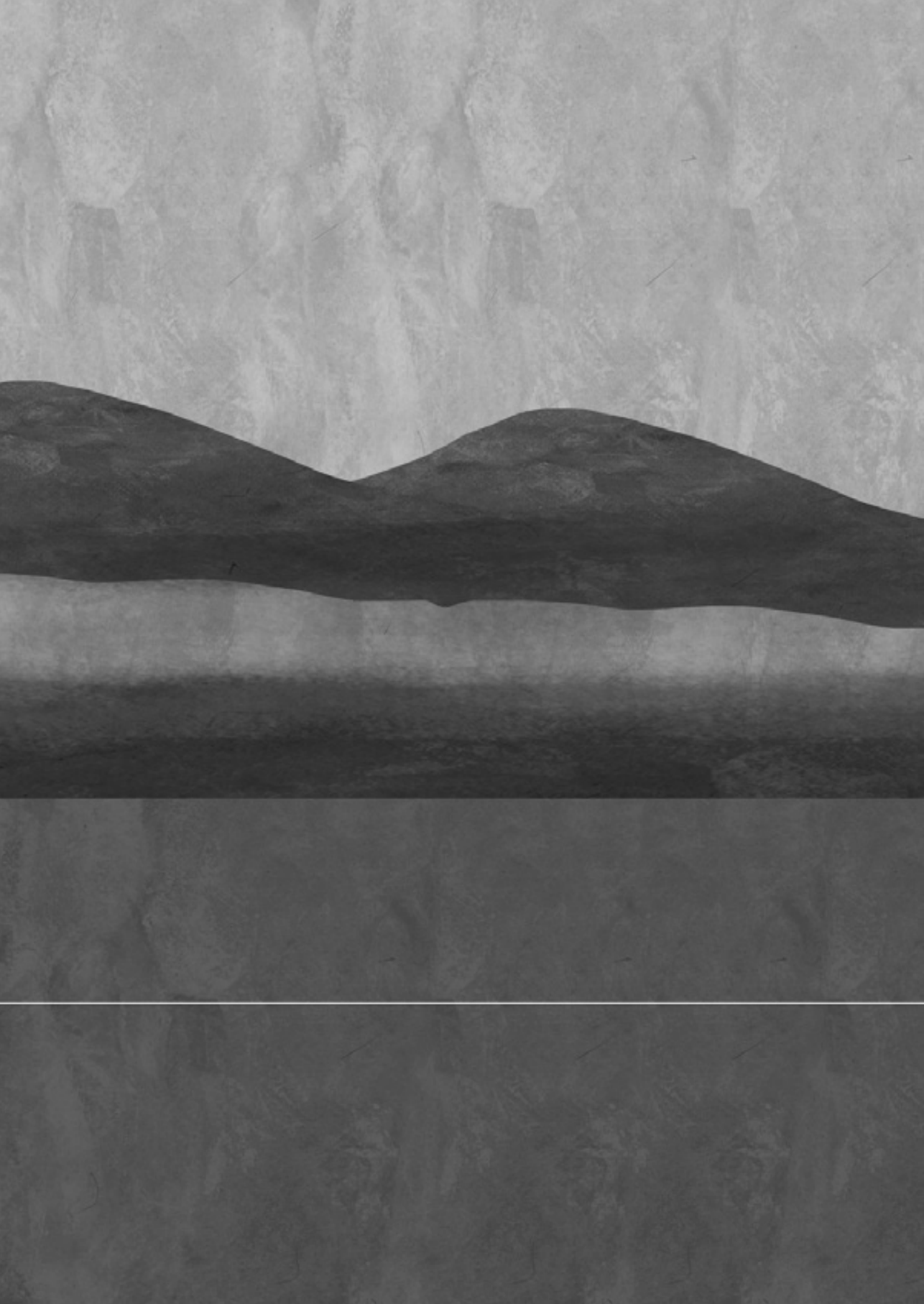
Cesar Saldivia (67)
Comuna: Punta Arenas



MENCIONES HONROSAS







Confieso que he vivido

Segunda Edición

En todo el país las Coordinaciones Regionales del Servicio Nacional del Adulto Mayor, SENAMA, recibieron cientos de relatos autobiográficos de mujeres y hombres adultos mayores, de las más diversas comunas del territorio nacional.

Todas estas obras literarias, dan paso al libro “Confieso que he vivido”, Segunda Edición, el que compila relatos de vida de una generación de chilenas y chilenos que presenciaron y fueron parte diversos acontecimientos de la historia y desarrollo del país; algunos “tatuados” en la memoria colectiva, y otros, atesorados como la más grande riqueza.

Dicha publicación cuenta con aquellos relatos que obtuvieron el Primer Lugar, en total 15. Asimismo, fueron citadas las dos “Menciones Honrosas” que fueron seleccionadas por los jurados compuestos por diversos actores que participan del Plan Nacional de la Lectura: La División de Bibliotecas, Archivos y Museos, Dibam, Ministerio de Educación, Mineduc, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA), entre otros.